
HARLEQUIN
Bianca
Susan Meier
Para conquistar un corazón

Para conquistar un corazón

Abby Conway había pasado los últimos siete años en Brewster County esperando a que su primer amor, Hunter Wyman, volviera a la ciudad. En sus fantasías, se lo había imaginado como un caballero montado en un caballo blanco, cuando, en realidad, se había convertido en un civilizado hombre de negocios.

De cualquier forma, Abby sabía que, cuando descubriera su secreto, trataría de reclamar lo que era suyo...

Capítulo 1

ABBY Conway había pensado siempre que Hunter Wyman volvería a Brewster County a buscarla.

Pero en sus sueños, aparecía como un caballero armado que galopaba en un caballo blanco. Agarrándola firmemente de la muñeca, la alzaba a lomos de su jaco, colocándola entre su cuerpo y las riendas del animal.

Jamás se lo habría imaginado allí de pie, en el porche trasero de su hostal protegiéndose de aquella intensa lluvia de abril y cubriéndose con un paraguas negro. Sí, había evocado sus hermosos ojos grises y su rostro graciosamente cincelado, pero su abrigo caro de paño y su traje negro de diseño eran una sorpresa.

Y jamás en sus sueños, se había visto a sí misma de pie en la cocina, con el pelo revuelto, anárquicamente sujeto en un moño alto, unos vaqueros viejos y gastados y la nariz manchada de harina.

—Hunter —le dijo, con un hilo de voz tenue, pues eso fue todo lo que pudo pronunciar.

Él sonrió.

—Abby —aunque habían pasado siete años y demasiado dolor se interponía entre ellos, sus ojos la miraron cálidamente y sonrió—. ¡Cómo me alegro de verte!

A Abby se le empañaron los ojos.

—Yo también me alegro mucho de verte —respondió emocionada y con un nudo en la garganta.

—¿Puedo pasar?

No había razón para que le negara la entrada pero, a pesar de todo, miró de un lado a otro de la cocina, inquieta. Era la costumbre.

—Sí, claro.

Abrió la puerta de red metálica y lo invitó a entrar. Comedido y cortés, entró en la cocina verde y amarilla. Sujetó la puerta y dejó el paraguas apoyado en la pared del porche, luego se volvió y le sonrió de nuevo.

—No puedo creerme que esté aquí.

—Yo tampoco —respondió ella sinceramente. Su mente

trabajaba a toda velocidad, tratando de sustituir sus fantasías por lo que estaba sucediendo en la realidad. Si la hubiera querido, habría regresado años atrás. Pero, puesto que no lo había hecho, tenía que asumir que había ido solo a ver a su hijo.

Una parte de ella la instaba a maldecirlo, si lo que pretendía era reclamar al pequeño después de haberla dejado sola con él. Pero la otra parte estaba cansada de luchar. En los últimos años, la fortuna familiar había sido consumida por los gastos médicos. Sus padres habían muerto y ella estaba sola y arruinada, y necesitaba ayuda. Pero lo más importante era que empezaba a darse cuenta de que Tyler, su hijo, echaba de menos una figura paterna. Por supuesto que podía educarlo sola, pero eso le daría a Tyler una unívoca perspectiva de lo que era luchar por la vida.

Si Hunter Wyman quería que su hijo pasara a formar parte de su vida, Abby estaba dispuesta a reconocer que lo necesitaba junto a ella. Su sentido pragmático de las cosas, y la precaria situación económica en la que se hallaba la obliga a admitir que más valía tarde que nunca.

—Creo saber por qué estás aquí —dijo ella.

Hunter suspiró.

—¡Cómo me alivia oírte decir eso! No estaba seguro de por dónde empezar —volvió a sonreír—. Debería habérmelo imaginado.

La ternura de su expresión le llegó a Abby directamente al corazón. No obstante, a pesar de sus ilusiones, sabía que aquella actitud no iba directamente dirigida a ella. No era más que la cortesía necesaria para establecer una buena relación en beneficio de Tyler.

—Tyler está en el colegio ahora mismo, pero llegará a casa a eso de las tres…

Hunter frunció el ceño y la miró fijamente.

—¿Quién?

Ella se aclaró la garganta.

—Tyler, nuestro hijo, está en el colegio, pero regresará a las tres…

Hunter la agarró de la muñeca, interrumpiendo su frase.

—¿Tyler? ¿Nuestro hijo? —dijo totalmente demudado—. ¿Tenemos un hijo?

Ella se quedó boquiabierta. «No puede tener la cara de

negármelo», pensó.

—Tú sabías muy bien que yo estaba embarazada, cuando te marchaste.

—Abby, tus padres me dijeron que el bebé había muerto.

Se quedó completamente lívida.

—¿Qué?

Hunter le soltó la muñeca y se pasó la mano por los ojos.

—Tus padres me dijeron que habías tenido un aborto, Abby. Que no querías verme porque me culpabas de lo que te había sucedido, que asegurabas que yo te había hecho daño y por eso habías perdido el bebé... Por eso me marché —se pasó los dedos por los ojos otra vez—. ¡Cielo santo!

«Sí. ¡Cielo santo!», pensó Abby, y se dejó caer en una de las sillas de la cocina. Como si la impresión de ver a Hunter después de tantos años no hubiera sido suficiente, acababa de descubrir hasta qué punto sus padres habían sido crueles. Nunca les había gustado Hunter, pero jamás pensó que lo odiaran tanto como para arruinar su vida y dejar a Tyler sin padre.

Se humedeció los labios.

—Hunter...

—Abby, ¿de verdad piensas que te habría abandonado? —se volvió a mirarla—. ¿Qué habría dejado así a un niño, a mi hijo?

A los dieciocho años, sola, atemorizada y embarazada, había creído las explicaciones de sus padres que, ella pensaba, la amaban, y les había encontrado sentido. A los veinticinco, y mirando a aquellos cándidos ojos y a aquel convincente rostro, Abby supo la verdad. Y le dolía tanto, que las manos le empezaron a temblar.

Hunter respiró profundamente.

—De acuerdo, no nos dejemos llevar por el pánico —dijo—. El propósito de mi visita era pedirte disculpas por haberme machado sin decir adiós. Necesitaba tu perdón para que ambos pudiéramos olvidar el pasado. Los planes han cambiado un poco, pero eso no significa que no podamos solucionar las cosas de algún modo.

La primera parte de lo que acababa de decirle la había tranquilizado. Pero, sin embargo, en la segunda no reconocía a Hunter. Confusa, miró subrepticiamente su abrigo de paño, su traje negro y sus caros zapatos, que probablemente le habían costado más que todo el guardarropa de Tyler. De pronto, se dio cuenta de

que habían pasado siete años. Siete inviernos, primaveras, veranos y otoños. Siete navidades y siete días de acción de gracias.

A pesar de que sus sueños de que Hunter Wyman llegaría un día a lomos de su caballo para liberarla de todos sus problemas, la realidad era que realmente no conocía a aquel hombre.

Lo peor era que le acababa de pedirle su perdón para poder, así, olvidar el pasado... lo que significaba, olvidarla a ella.

—¿Por qué no me contaste nada sobre Tyler? —le preguntó Hunter a su mejor amigo y socio, Grant Brewster, mientras paseaba de un lado a otro de su estudio.

Grant, alto, musculoso, con el pelo negro, estaba recostado sobre el respaldo de su gran sillón de cuero, detrás del inmenso escritorio de caoba que había pertenecido a su padre. Aunque Norm Brewster había fallecido años atrás, el familiar despacho seguía siendo el lugar desde el que se gestionaba la fortuna de los Brewster y aquel viejo asiento, el trono del que ostentaba el poder.

Grant se cruzó de brazos.

—¿Cómo iba a imaginarme que no lo sabías?

—¿Cómo iba a saberlo?

—Te marchaste de la ciudad cuando corría el rumor de que Abby estaba embarazada. Toda la ciudad sabía que iba a tener un hijo tuyo. Supuse que tenías tus razones para marcharte y que, si querías que las supiera, me las habrías contado.

Hunter suspiró.

—Sus padres me dijeron que había tenido un aborto.

Grant asintió, admitiendo su explicación.

Hunter expiró con fuerza.

—Debería haberme imaginado que me estaban mintiendo.

—Pero no te lo imaginaste —dijo Grant, con una solemnidad y sabiduría que lo asemejaban a su padre—. Puede que tuvieras veinticuatro años, pero eras realmente inmaduro. Ahora, lo mejor sería que te perdonaras a ti mismo y siguieras adelante.

—Eso es más o menos lo que le dije a Abby que debíamos hacer —Hunter se detuvo un segundo y volvió a iniciar su inquieto paseo—. Esta tarde voy a conocer a Tyler. No queremos retrasar las cosas. Queremos que sepa la verdad.

—Eso está muy bien.

Pasaron unos segundos sin que Hunter hiciera comentario alguno, así que Grant lo instó a continuar.

—Pero...

—Pero tengo miedo —dijo Hunter.

—No lo tengas. Tyler es un niño estupendo, porque Abby ha sido una madre fabulosa, a pesar de haberlo pasado muy mal —Grant se removió en la silla—. Si te digo la verdad, has regresado en el momento oportuno. Necesita ayuda.

Hunter se volvió hacia él.

—¿Qué tipo de ayuda?

—Toda la que puedas darle. Está trabajando como camarera, porque lo que obtiene con el hostal no es suficiente. La enfermedad de sus padres acabó con toda la herencia familiar. Está agotada e infravalorada.

Hunter se sentó delante del escritorio.

—¿Así que necesita dinero? Yo puedo pasarle una pensión para el niño... ¡No es que pueda, es que quiero pasarle una pensión para el niño!

Grant lo miró directamente a los ojos.

—Le debes mucho más que una pensión. Si quieres salir airoso en tu regreso a nuestra comunidad, la gente querrá muestras de tu integridad. No vale, sencillamente, con que digas que eres íntegro, ni con que sueltes unos cuantos billetes.

—¿Me estás diciendo que, si quiero traspasar la compañía de Savannah a Brewster County, tengo que enmendar mi pasado?

Grant se encogió de hombros.

—Solo digo que tendrás que hacerlo, si quieres que la gente confíe en ti y te respete.

Hunter se rio, consciente de que Grant, intencionadamente, le había dado en un punto débil.

—Eres un perro.

—Soy un perro honesto y justo, porque así es como mi padre me enseñó a ser —miró los papeles que tenía extendidos por la mesa—. Y ahora, vete, que tengo muchas cosas que hacer.

—Pasa, Hunter —dijo Abby con una sonrisa, mientras abría la

puerta de rejilla—. Tyler no ha llegado del colegio aún, pero es normal cuando llueve. Seguramente, estará con sus amigos metiéndose en todos los charcos. Hunter se rio nerviosamente, entró en la cocina y se quitó el abrigo. Aunque siempre había considerado como un insulto que la familia de Abby no lo dejara acceder al resto de la casa, en aquel momento el espacio de la cocina le resultaba reconfortante. Se sentía como en casa de nuevo.

Tenía la sensación de pertenecer a aquel lugar.

El recuerdo del amor y las risas que habían compartido en el pasado lo asaltó, pero Hunter luchó por disiparlo.

Recapacitando sobre la charla que había tenido con Grant, había llegado a la conclusión que, para los habitantes de Brewster County, hacer lo correcto significaba casarse con Abby. Y lo cierto era que, si hubieran podido obviar los siete años transcurridos, y hubieran podido seguir desde el punto en que lo dejaron, habrían podido ser las dos personas más felices del mundo. La idea era tan atractiva que casi se deja seducir por ella.

Pero también sabía que la vida y las relaciones no eran tan sencillas. No había nada seguro. Sabía que Abby lo había amado profundamente y que admitía su explicación de que la había abandonado porque sus padres le habían mentido. Pero todo aquello había sucedido cuando ella tenía solo dieciocho años. Sus sentimientos por él podrían haber cambiado, pues había pasado por siete años de odio que solo Dios sabía cómo le habrían afectado. Y solo Dios sabía, también, como habrían influido en el modo en que había educado a su hijo.

Por eso no esperaba nada de aquel encuentro con Abby y con Tyler. Dejaría que le dieran lo que ellos le quisieran dar, y aceptaría las cosas tal y como llegaran.

Si no esperaba nada, nada podría decepcionarlo. Era una buena regla en la vida.

Sin embargo, en el momento en que Abby se volvió hacia él y le sonrió, a Hunter se le contrajo el corazón y, una vez más, sintió el urgente deseo de pedirle que se casara con él. De ese modo, ambos estarían en una situación en la que habrían de reavivar su viejo amor. Todavía recordaba el fuego y la pasión de sus encuentros amorosos. La memoria de aquellos momentos que creía olvidados lo abrasaba. Le dolía pensar en el compromiso que podrían haber

establecido siete años atrás.

Sin embargo, si las circunstancias se interpusieron y les impidieron casarse entonces, en su madurez eran la inteligencia y la madurez las que excluían esa posibilidad. Hunter sabía mucho más sobre el amor y el matrimonio que a los veinticuatro años, y se negaba a poner en peligro su relación con Tyler porque todavía se mantuviera ciertas ilusiones respecto a su madre.

Tenía que admitir que era hermosa. Lo había olvidado. De algún modo, tiempo atrás, se había llegado a convencer de que aquella niña rica, pelirroja y con pecas, tenía dinero pero no un buen físico, y que se había juntado con el hijo de un granjero porque los dos estaban marginados.

Pero al ver su pelo rojo, brillando como fuego bajo el sol de la tarde, sus relucientes ojos verdes y su rostro de alabastro, recordó las cosas tal y como realmente eran. Quizás no había sido popular en el instituto, pero no porque no fuera atractiva. Cuanto más lo pensaba, más se daba cuenta deque ella misma se había marginado. Siempre había querido más y, para Abby, él había sido mucho más.

Su fé en él le había dado el empujón que necesitaba en un momento crítico de su vida. Su confianza en él había hecho que se convirtiera en el hombre que había llegado a ser. Y, aunque no podía arriesgarse a darle un final de cuento de hadas, si podía ofrecerle honestidad, justicia y dinero. Para resolver el problema que tenían entre manos, tenían que enfrentarse a él, huir de la fantasía y ver con claridad la realidad.

Miró de un lado a otro de la confortable cocina. Seguramente, por eso seguían allí, pues esa era la habitación a la que él se había acostumbrado. Aquella era la realidad. No podía olvidarse de ello y sí de soñar despierto. Era demasiado listo como para abrigar falsas esperanzas. Ya había dejado de hacerlo años atrás y no podía volver a caer en aquella mala costumbre. Tenía que ser práctico, como era Abby.

En aquel momento, Abby no estaba pensando en ser práctica o razonable, ni siquiera en utilizar su sentido común. Estaba demasiado nerviosa para ser capaz de analizar con detenimiento lo que conllevaba el encuentro de Tyler con su padre. Y lo que más le

desconcertaba era la sensación de que aquel hombre que estaba de pie en su cocina era un completo extraño para ella.

Había amado a Hunter Wyman durante toda su vida adulta, pero al volver a verlo después de siete largos años no podía sino preguntarse qué le había ocurrido. Seguía siendo muy guapo, puede que incluso más que en el pasado. Pero aquel porte tranquilo de hombre de negocios no se correspondía con el recuerdo que ella tenía. No podía encajar la imagen del muchacho apasionado por la vida que había conocido con la de aquel hombre calmado.

—Has cambiado mucho —dijo ella, esperando que la mirara, para poder ver sus ojos. Pero, cuando lo hizo, a Abby le dio un vuelco al corazón. Incluso su actitud amigable de aquella mañana había desaparecido.

—He tenido que cambiar. Quería una vida mejor.

Ella sabía eso. Parte de lo que le atraía de él era aquel deseo de mejorar y el coraje que lo guiaba y que, seguro, habría de llevarlo a donde se propusiera llegar.

—Al parecer has conseguido todo lo que querías.

—Una parte, al menos —afirmó él, y se sentó al recibir la invitación que Abby le hizo con un gesto de la mano.

—¿Quieres un té?

El sonrió.

—¿Te acuerdas?

Ella asintió.

—Me acuerdo de muchas cosas.

—Yo también —dijo él, mirando de un lado a otro de la cocina.

Ella esperó a que apareciera al menos una remota sombra de rabia en su gesto, pues siempre había odiado que sus padres lo relegaran a la cocina. Pero esperó en vano, pues ni el más leve atisbo de ira asomó en sus ojos. Se dijo a sí misma que se alegraba de que hubiera crecido y hubiera superado su pasado, pero eso no la libraba del vacío que parecía adueñarse de la habitación cuando tomaba consciencia de que aquel era un hombre diferente. Sí, sin duda había superado muchas cosas, tal y como había querido ella que lo hiciera. Pero, de pronto, algo le hacía preguntarse si no había sido un error.

Al haberse apartado de su pasado, también se había apartado de ella. Al crecer dejando atrás sus raíces, había llegado a comportarse

como si careciera de ellas.

Le dio una taza de té.

—Aquí lo tienes —le dijo, más como una camarera que como una amiga. ¿Dónde estaba aquel hombre feliz al que había amado? ¿Dónde estaba aquella sonrisa que le daba la vida?

—¿Así es que eres socio de Grant Brewster ahora?

El asintió.

—Grant ha salvado mi empresa de construcciones. Estaba teniendo ciertos problemas económicos, cuando él apareció por Savannah buscando algo en lo que invertir dinero. Así es que resultamos ser la pareja perfecta.

Abby notó la emoción que imprimía a su palabras y se sorprendió, pues era la primera muestra que daba desde su llegada allí aquella mañana. Amaba su empresa, pero ella no pudo evitar recordar un tiempo en el que él pensaba que eran precisamente ellos dos la «pareja perfecta». El nuevo Hunter usaba ese tipo de expresiones para referirse a su negocio.

—Interesante… —dijo ella y, acto seguido, hizo una mueca, pues realmente acababa de decir lo contrario de lo que pensaba.

Hunter se rio.

—Lo cierto es que no creo que sea muy interesante. Me he convertido en un triunfador, más o menos, pero ya no soy salvaje, ni rebelde. Mi temperamento se ha suavizado y no pierdo la calma. Sencillamente, resuelvo las cosas.

—Eso está bien —dijo Abby sin poder evitar sentirse decepcionada. No porque hubiera querido que perdiera los nervios, y, menos aún, delante de Tyler, sino porque no entendía cómo aquel extraño podía disfrutar de la prosperidad que, tiempo atrás, había sido tan importante para él.

Se hizo un silencio tenso, y Abby lo miró furtivamente. El solo acto de fijar sus ojos en él la dejó sin respiración. Su pelo negro acentuaba los rasgos angulosos de su rostro. Podría haber sido modelo. Seguía siendo muy guapo y muy sexy y le resultaba imposible no pensar en él como el muchacho al que había amado tiempo atrás.

De pronto, tomó conciencia de que aquel era Hunter Wyman y estaba realmente en su cocina. Sintió un cosquilleo a lo largo de la columna vertebral, que rápidamente reprimió. Aquel podía ser el

muchacho que había querido darle el mundo envuelto con papel de regalo, pero el hombre en el que se había convertido creía en otras cosas...

Antes de poder completar su pensamiento, Tyler entró como un torbellino en la cocina.

—Hola, mamá —dijo y se dirigió directamente a buscar una galleta.

El momento de la verdad había llegado y Abby se quedó paralizada. Miró a Hunter y se dio cuenta de que a él le había sucedido lo mismo. Reservado, manteniendo la compostura, permaneció sentado e inmóvil, esperando a que ella hiciera lo que había que hacer.

Abby se aclaró la garganta. Miró a su hijo, moreno, de ojos gris verdoso, que era el vivo retrato de su padre cuando estaba en el colegio, y sintió miedo. Para Tyler era bueno conocer a su padre. Pero de pronto deseó haber postergado aquel encuentro un poco más. Al menos, podría haber preparado al pequeño para lo que iba a ocurrir.

Ya era muy tarde para detener la rueda del destino, demasiado tarde para pensar en un modo de hacer que aquello fuera más fácil. Hunter estaba en su cocina y Tyler lo miraba con curiosidad. La pelota estaba en su terreno

Se arrodilló junto a su hijo, para ponerse a su nivel y le colocó las manos sobre los hombros. El niño la miró.

—Cariño, este es Hunter Wyman.

Como en cámara lenta, el niño miró a Hunter. Pero, en lugar de ver la explosión de alegría que ella esperaba, Abby se encontró con unos ojos llenos de fuego.

—Hunter es tu padre —añadió ella.

Tyler apretó los labios y alzó la barbilla. Abby conocía a su hijo muy bien y pudo reconocer los sentimientos que se ocultaban tras ese gesto.

Condena.

—Lo sé. Ya me habías dicho que Hunter Wyman era mi padre.

—Bien, pues es este —dijo Abby con entusiasmo—. Vendrá a vivir a Brewster County porque ahora es socio de Grant Brewster. Así es que, realmente, va a ejercer de padre tuyo.

Aunque hablaba con su madre, no dejaba de mirar a Hunter.

—¿Es que no ha querido ser mi padre hasta ahora?

—Estaba fuera… —comenzó a decir Abby, pero Hunter la interrumpió.

Se arrodillo junto al pequeño para captar su atención, tal y como había hecho su madre antes.

—Yo no sabía que existías. Lo siento, lo siento mucho —dijo con toda sinceridad—. A veces los adultos hacemos cosas que no tienen sentido y gente inocente termina sufriendo las consecuencias.

Hizo una pausa para darle tiempo a Tyler a digerir cuanto acababa de decirle.

—No debería haberme marchado de la ciudad sin haberme asegurado de que tu madre y tú estabais bien —miró a Abby para enfatizar su afirmación—. Pero no lo hice y no tuvimos la oportunidad de conocernos. Es culpa mía, pero quiero reparar el mal causado.

—¿Cómo? —preguntó Tyler simplemente.

«Sí, ¿cómo?», pensó Abby.

Con toda la calma, Hunter respondió.

—No lo sé aún. Pero si vamos poco a poco, todo irá bien. Por ahora me basta con haber tenido la oportunidad de conocerte —dijo él y volvió a la mesa—. Si te quieres ir a tu habitación o a jugar con tus amigos, lo entenderé. Puedes hacer lo que quieras.

Hunter sonrió.

Tyler miró a su madre.

—¿Puedo ir fuera?

—Será mejor que te cambies de ropa antes —dijo Abby, sintiéndose ridícula por tan fatuo comentario, cuando acababa de presentarle a su padre por primera vez.

Tyler asintió y corrió hacia su habitación. Abby se volvió hacia Hunter.

—Bien, ese ha sido un cálido encuentro.

—Somos hombres, Abby, no muchachitas.

—¡Ni siquiera te ha dado un abrazo!

—No quería hacerlo —respondió Hunter—. No quería ni tocarme.

Por el tono tembloroso de su voz, Abby podría haber interpretado que realmente le importaba, pero acto seguido sus palabras dieron muestra de su indiferencia. Abby pensó que su

emoción era algo que ella había imaginado.

—Es como si alguien le hubiera contado cosas sobre mí que le hubieran provocado cierto temor.

Abby lo miró incrédula.

¿Qué?

El la miró de frente.

—¿Me odiabas tanto que tuviste que predisponerlo en mi contra?

Abby podría haber tomado en cuenta su acusación si la hubiera formulado con algún tipo de sentimiento. Pero la dijo con una inquebrantable compostura que hizo que no lo creyera.

—Primero, yo nunca te he odiado —respondió ella con idéntica calma, tan confusa que no se atrevía ni a perder los nervios, temerosa de mal interpretar algo y complicar aún más la situación —. Segundo, no le he dicho más que cosas buenas de ti.

—Pues no es eso lo que me ha parecido. No encuentro otra explicación para que me odie sin ni siquiera conocerme...

Antes de que Hunter pudiera decir nada más, Tyler entró en la cocina de nuevo.

—Le hiciste daño a mi madre —dijo simplemente y alzó la barbilla, desafiante.

—No fue mi intención hacerle daño —respondió Hunter rápidamente. Pero Tyler no lo escuchó. Agarró una galleta y salió a toda prisa.

—¿Todavía esperas que me crea que no le contaste nada malo de mí?

Abby miraba a Hunter. Ella sabía que esa forma que tenía Tyler de entrar y salir de las habitaciones era su manera de enfrentarse a la rabia, un comportamiento típico de un niño de seis años.

Pero no podía explicarle algo así a Hunter, cuya insinuación era indignante y la agredía personalmente. Durante todos aquellos años de sacrificio y lucha, jamás habíaa dicho nada malo contra Hunter. No podía permitir que la acusara de aquel modo, como si tuviera algún derecho, después de que los había abandonado.

—¿De verdad me crees capaz de inculcarle a mi hijo odio por ti? ¿Por qué habría de hacer algo así? —le preguntó ella—. ¿Con qué propósito?

—Tus padres se libraron de mí hace siete años utilizando

mentiras. ¿Qué motivo tenían para hacer algo así? —preguntó él. Agitó la cabeza como para acabar con aquella discusión—. De acuerdo, vamos a calmarnos.

Una vez más, estaba controlando su rabia. Abby habría preferido tener la oportunidad de discutir todo aquello, pero, convencida de que era mejor evitar un enfrentamiento, controló su furia tal y como acababa de hacer él. Sin embargo, una parte de ella, la que se sentía herida y triste, la que se sentía abandonada, sabía que no podría resolver nada de aquello sin sacar los problemas a la luz, por que los dos tenían profundos resentimientos a los que debían enfrentarse. Aunque Hunter comenzaba conduciendo las conversaciones hacia una discusión honesta y clara, nunca dejaba que concluyeran. Siete años atrás, no solo le habría dejado hablar, sino que la hubiera instado a que lo hiciera.

Y él también habría dicho lo que pensaba.

—A lo que quiero llegar es a que necesito tener una relación con mi hijo —dijo Hunter, mientras agarraba el abrigo del respaldo de la silla—. Si no puedo tener una relación adecuada con él mientras esté bajo tu custodia, pelearé porque me den la custodia a mí.

Sin decir nada más, salió de la cocina, dejando a Abby completamente boquiabierta y anonadada, mirando a la puerta que se acababa de cerrar. ¿A que había venido todo aquello? Después del esfuerzo que había hecho para no discutir, no tenía sentido que la amenazara con quitarle la custodia.

Durante un momento, consideró que, quizás, no había querido decir nada ni oír nada, pues había ido allí sabiendo de antemano a dónde quería llegar. Pero no había visto signo alguno de una actitud tan irracional en ninguna de sus conversaciones. La verdad era que no le había parecido que quisiera nada parecido hasta ese arrebato final.

No sabía qué pensar. No tenía ni idea de quién era aquel hombre ni de cómo había de tratar con él. No sabía cómo mantener la paz, cómo resolver el pasado o cómo llegar a un acuerdo, porque, cada vez que una emoción entraba en escena, él la frustraba.

Solo una cosa estaba muy clara: había cambiado. Realmente había cambiado.

Y ella quería que el hombre de sus sueños regresara.

Capítulo 2

AQUELLA noche y al día siguiente, de camino a la escuela, Abby no le dijo apenas nada a Tyler sobre Hunter. Se limitó a insistir en que era un tipo estupendo que no había podido compartir parte de sus vidas. Le dijo que estaba convencida de que habría estado a su lado de haber sabido que Tyler existía. En ningún momento culpó a sus padres. No podía. No quería que Tyler odiara a la única familia que había conocido por culpa de un error.

Y, por su propia salud mental, también ella prefería pensar que había sido un error. Tenía que comprender que sus padres jamás habrían echado a Hunter de la ciudad si hubieran sido conscientes de cómo lo amaba y de cómo él la amaba a ella.

Ya de camino a la cafetería, Abby sonrió al pensar cuánto la había querido Hunter. Había sido un muchacho maravilloso, divertido, efervescente, guapo, y apasionado, ¡increíblemente apasionado! Alguien que amaba la vida y se negaba a dejarse corroer por una niñez horrible. Siempre había tenido planes para llegar a ser alguien. Y le había prometido llevarla con él. Él le contaba sus sueños, mientras permanecían desnudos en el asiento trasero del coche, abrazados después de haber hecho el amor, y la sola resonancia de su voz era suficiente para convencerla de que tenía razón. Lo conseguiría. Lo conseguirían todo... juntos.

Pero apenas si podía emparentar a aquel reservado extraño con el hombre que había amado tanto la vida, que había sido capaz de ver el futuro como algo hermoso, luminoso, a pesar de su humillante y desalentador principio, y que estaba siempre ansioso por tenerla entre sus brazos.

Una vez en la cafetería, mientras servía desayunos a los habitantes de Brewster County, Abby no podía dejar de pensar en el modo en que Hunter le había hecho el amor tiempo atrás. Los recuerdos, llenos de sensaciones y sentimientos, la asaltaban impíamente. Aquellas imágenes aparecían tan vívidas y con tanto detalle, que agradeció la distracción de las tres esposas de los hermanos Brewster que acababan de entrar en la cafetería con los trillizos.

Las dos niñas, Taylor y Annie, llevaban vestidos de color rosa y

Cody llevaba un mono azul oscuro que parecía un traje de marinero. A los pequeños, que tenían ya un año, les llenó los vasos de plástico que traían y las mujeres pidieron una tostada.

Aunque querían aparentar que estaban allí solo porque habían decidido darles a los niños un paseo por la ciudad, Abby sabía que habían ido para oír la historia de su encuentro con Hunter. La mujer de Evan, Claire, una impresionante morena, era la única de las tres a la que Abby conocía desde su infancia. Pero Kristen, la mujer de Grant, y Lily, la mujer de Chas, hacía poco que se habían hecho amigas de Abby. Cuando los hermanos Brewster se convirtieron en los guardianes de los trillizos de su padre, Eva conoció a Claire y se casó con ella. A Lily la contrataron como niñera de los pequeños y Chas se enamoró de ella y se casaron. Luego, cuando Kristen, la tía de los trillizos llegó a Pennsylvania para pedir la custodia de sus sobrinos, Grant también se enamoró. Así que todos los Brewster estaban ya casados, cada uno se había responsabilizado de uno de los trillizos y Abby tenía tres amigas, a las que no pensaba dar detalles de la visita de Hunter. Claro que la verdad siempre acababa por salir a la luz.

—¿Que te dijo qué? —preguntó Lily, con sus grandes ojos azules muy abiertos y con una expresión de confusión. Era una guapísima rubia con una mente muy despierta para captar los detalles, y la más sensible de las tres.

—Me amenazó con tratar de conseguir la custodia.

Aunque Abby no quería que aquello se convirtiera en una batalla entre mujeres y maridos, se alegraba de que la tres Brewster estuvieran de su parte. No sabía cómo manejar a Hunter y le resultaba reconfortante poder hablar de ello con la gente que estaba con ella. Ya que no podía hacer que él escuchara sus razones, al menos lo intentaría con las Brewster.

Pero al mirar a Claire, a Lily y a Kristen se preguntó si era justo que las utilizara. Al final, decidió que no lo iba a hacer.

—No debería estar hablando de esto con vosotras —miró directamente a Kristen, una rubia de ojos verdes que era, además la tía de los trillizos. Los niños habían estado bajo la custodia de los hermanos Brewster desde la muerte de su padre y de la hermana de Kristen, la madre de los pequeños—. Especialmente a ti. Después de todo tu marido es el socio de Hunter. No me gustaría decir nada que

pudiera causar problemas o resentimientos.

—Puede que Hunter sea el socio de Grant, pero tú eres mi amiga —dijo con un característico acento texano—. En el lugar del que procedo, los amigos siempre ayudan a los amigos.

—Gracias, pero dudo que nadie me pueda ayudar en esto.

Claire frunció el ceño.

—Sinceramente, yo no veo ningún problema. Durante siete años has estado esperando a que Hunter volviera y te sacara de todo esto —dijo, señalando la cafetería. Cody, el trillizo que estaba bajo su cargo, le daba pequeños golpecitos en la mejilla mientras ella hablaba—. Si me pides mi opinión te diré que estoy convencida de que todo irá bien de aquí a unas semanas, cuando los dos volváis a reencontraros de verdad.

Abby agitó la cabeza. «Reencontrarse» no era, precisamente, lo que parecía que iba a suceder. Mientras que Abby recordaba a alguien alegre y maravilloso, el Hunter Wyman que había regresado era alguien taciturno y callado. Y dominante. Ni siquiera habían podido mantener una discusión razonable acerca de Tyler. Sinceramente, un «reencuentro» estaba totalmente fuera de la realidad.

—Dudo mucho que suceda algo así —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Claire—. ¿Es que se ha transformado en un monstruo con dos narices?

—No —dijo Abby, sintiendo un calor sofocante al recordar la imagen de Hunter. Su apariencia no era un problema. En todo caso, la edad lo había hecho aún más guapo—. No ha perdido nada de su atractivo.

—¡Pero mírate! —dijo Lily con una carcajada—. Te has ruborizado.

—Siempre ha adorado a Hunter Wyman —le dijo Claire a Lily, como si le estuviera haciendo una confidencia, pero no se molestó en bajar la voz—. Era el muchacho mayor, el rebelde.

Tanto Lily como Kristen suspiraron complacidas, pero Abby frunció el ceño al oír la observación de su amiga.

—Quizás sea eso.

—¿Qué?

—Quizás ya no me gusta porque no es un rebelde. Claire la miró confusa.

—¿No te gusta porque no se ha convertido en un criminal?

—No, no es exactamente eso —Abby se mordió el labio inferior mientras trataba de aclarar sus ideas—. Creo que lo que pasa es que no sé cómo manejarlo porque ya no es un rebelde. Siete años atrás, si Hunter hubiera decidido que quería a Tyler, seguramente lo habría secuestrado.

Las tres mujeres boquearon sorprendidas y Abby agitó la cabeza enérgicamente. —¡No habría permitido que eso sucediera! —insistió ella—. Pero la cuestión es que, entonces, sabía cómo llevarlo. Lo conocía tan bien que podía evitar que cometiera locuras. Pero ya no sé el modo en que hay que tratar al hombre que es ahora.

—Yo sigo diciendo que te estás preocupando por nada. Esta es tu oportunidad de volver a unirte a tu verdadero amor —dijo Claire en tono soñador—. De acuerdo, las cosas no están yendo exactamente como tú las habías planificado. Pero si le das una oportunidad, todo saldrá bien.

—Mi verdadero amor era alguien apasionado y maravilloso —dijo Abby—. Este hombre no lo es. Puede que sea guapo y sexy, pero la pasión ha desaparecido. A veces se comporta como si pensara que la pasión es algo malo. Como si la creyera culpable de su desfavorecida situación cuando vivía en Brewster County.

—0, como Grant es el apasionado, quizás él piense que es el que tiene que mantener el control. A lo mejor, solo necesita un poco de tiempo o un ligero empujón para dejarse llevar.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —le preguntó Lily.

—No tengo más opción que permitirle a Hunter que vea a Tyler —dijo Abby—. Va a venir esta noche a cenar.

—Quizás deberías probar con un poco de seducción para refrescarle la memoria —sugirió Claire levantando las cejas.

Abby se ruborizó.

—¡Ni hablar! —podría haberlo hecho en otras circunstancias, pero en aquel momento temía estropearlo todo. Por lo que había visto hasta entonces, aquel nuevo Hunter podía despreciarla si coqueteaba con él.

—¿Qué era lo que realmente te gustaba de ese hombre? —le preguntó Kristen.

Cualquiera que hubiera podido leerle el pensamiento en aquel momento habría respondido que el modo en que le hacía el amor.

Pero Abby sabía que no había sido solo eso.

—Era honesto —admitió ella, porque en su vida no había habido suficiente sinceridad. Hunter había sido pobre, y había tenido una vida solitaria. No obstante, a pesar de todo, había sido siempre honesto y sencillo. Estar con él, amarlo, había sido para Abby lo más fácil del mundo—. También era directo y sincero.

—De acuerdo —dijo Claire, al parecer aliviada por lo que acababa de escuchar—. Todo eso sigue estando en él. Si hubieras dicho su físico, habría sido complicado, pues la apariencia cambia. Pero la honestidad y el sentido de la justicia permanecen. Sigue siendo el mismo, Abby. Lo único que tienes que hacer es sacar lo mejor de él.

La idea de que Hunter pudiera ser el mismo hizo que sintiera un cariño inesperado, un anhelo, no solo sexual, sino también emocional. En ese instante se dio cuenta de cuánto lo había echado de menos, y de que jamás había dejado de amarlo. Si había alguna posibilidad, por pequeña que fuera, de poder hacer que aflorara al hombre sencillo y honesto que llevaba dentro, tenía que intentarlo.

Aquella noche, se vistió después de darle la cena a Tyler. No podía creerse la conclusión que había sacado de que Hunter había cambiado radicalmente, solo después de dos encuentros fugaces. Habían pasado siete años. Por supuesto que no podía actuar como su mejor amigo la primera vez que la veía después de una larga separación, y menos aún, como un amante.

El timbre de la puerta sonó, y ella se dirigió a recibirlo con confianza y firmeza. Aunque no se había arreglado en exceso, sí había sustituido sus familiares vaqueros por una falda corta de vuelo y una camiseta verde menta sin mangas. No le gustaban los tacones altos, pero se había puesto unas sandalias con un poco de tacón que combinaban más o menos bien con el conjunto.

Sus amigas tenían razón, no debía juzgar a Hunter con demasiada dureza ni demasiado deprisa. Preparó su mejor sonrisa y abrió la puerta.

Al verlo se quedó boquiabierta.

Se había puesto unos pantalones de color gris oscuro y un jersey negro de cuello alto, que le daban un aspecto rico y sofisticado. Hacía que se sintiera totalmente inapropiada con aquella falda corta y las sandalias. Se sentía pobre y humilde, más como una burla de

heroína, que como la princesa de la torre de marfil que solía ser.

—Hola, Hunter —dijo con aparente alegría, aunque por dentro se sentía mal—. Me temo que voy un poco retrasada. Todavía no me ha dado tiempo a vestirme —mintió ella, porque se negaba a estar, una vez más en una posición inferior a la de él. Seguro que tendría algo adecuado en el armario que combinara con su elegante atuendo—. Me voy a la habitación a cambiarme.

El la agarró de la mano y le impidió marcharse.

—Estás bien así —dijo él, conteniendo un gemido. ¿Bien? ¡Estaba fabulosa, alegre, sexy, increíblemente sexy!—. No hace falta que te cambies por mí.

—Lo sé —dijo ella y retiró la mano—. Pero tú estás tan elegante...

Hunter se rio.

—Para mí, ahora, esta es ropa cómoda —dijo, y pasó al recibidor, con la esperanza de que ella se relajara y lo siguiera. Odiaba ponerla nerviosa. Cuanto más nerviosa se ponía, más quería él consolarla y eso era muy peligroso.

Grant le había dicho que Abby jamás había hablado mal de él y también sabía que la mujer que él había amado no era capaz de ser vengativa, lo que significaba que no había hecho sino decirle cosas buenas de él a Tyler. En solo un día, toda sospecha que hubiera podido tener respecto a ella se había mitigado o alguien había ayudado a que desapareciera por completo. Continuaba teniendo aquellos arrebatadores deseos de pedirle que se casara con él.

Aparte de su desgraciada experiencia con el matrimonio, no se le ocurría ningún otro motivo por el que no debiera hacerlo. Eso era lo único que lo salvaba de cometer una locura. Si no mataba todos los impulsivos instintos que trataban de controlarlo, acabaría por hacer una propuesta de matrimonio. No podía dejar que eso sucediera, especialmente si había decidido que trasladarse al hostal sería la mejor forma de llegar a conocer a su hijo y de tener la oportunidad de solucionar las diferencias que había entre Abby y él. Si iban a vivir bajo el mismo techo, tendría que controlarse.

—Pues a mí no me parece nada cómodo eso que llevas —insistió ella y lo miró de arriba abajo.

Hunter sintió una instintiva reacción que lo abrumó. Daba igual que su cabeza tratara de controlarlo y ayudarlo a mantenerse frío,

sus instintos gritaban que aquella mujer era suya. No necesitaba calmarse o enfriarse. Era suya.

La miró tal y como ella lo había mirado y sintió un arrebato de celos al pensar que se vestiría así de sexy para sus huéspedes. Si lo hacía, ¿cuál era el motivo? Y, si no, ¿por qué lo había hecho aquella noche?

—¿Dónde esta Tyler? —preguntó él y dejó la maleta en el suelo. Apartó la vista de ella, para que su curiosidad y sus celos no acabaran por hacer que cometiera alguna estupidez.

Ella se encogió de hombros y miró de un lado a otro.

—No lo sé —respondió, realmente confusa.

Estaba totalmente adorable, allí, de pie en mitad del recibidor. Su pelo limpio resplandecía y sus piernas maravillosas lucían imponentes con aquella falda corta. Estaba nerviosa, aturdida e irresistible, y antes de que Hunter pudiera contener la conclusión que estaba a punto de sacar, la sacó. Si a su evidente nerviosismo se añadía la ropa que se había puesto, estaba claro que todavía sentía algo por él.

Si se había vestido así para él, era porque lo encontraba tan atractivo como él la encontraba a ella. Quizás había algo más que atracción entre ellos. ¿Serían sentimientos más complejos?

Inmediatamente, se dio cuenta de que él sí sentía algo más complejo: atracción, deseo y la necesidad de compartir la paternidad con ella. Había tenido con aquella mujer una relación que había culminado con el nacimiento de un niño y él quería criar a ese hijo con ella. Porque era buena, amable, sincera y sabía que sus personalidades se complementaban. No iba a ser tan necio como para creer que todavía la amaba, después de siete años de separación. Un horrible divorcio le había hecho dejar de creer que el amor romántico, poético, existía. Pero si iba a volver a intentarlo con alguna mujer, Abby era la adecuada. Era dulce, sexy y la madre de su hijo.

Cuando todos aquellos pensamientos llegaron a su conclusión final y Hunter reconoció que no era solo atracción sexual lo que sentía por Abby, se preguntó si ese impulso al que había llamado «instinto» no era en realidad algo bueno.

—¿Sabes qué, Abby? —dijo él de pronto, rompiendo el incómodo silencio—. Todo esto empieza a tener sentido para mí.

—¿Esto? —preguntó ella con la respiración entrecortada, lo que confirmaba lo que él estaba pensando. Definitivamente, lo encontraba atractivo.

—Bueno —dijo él lentamente, mientras las conclusiones lógicas lo animaban a seguir. Se negaba a dejarse llevar por impulsos incontrolables, pero lo que la razón dictaba no podía ser negado. Porque eran conclusiones sensatas y tenían que ser ciertas—. No quiero pecar de pretencioso, pero me da la sensación de que te has vestido así por mí.

Ella emitió un pequeño grito sofocado de sorpresa, pero él alzó la mano para que no dijera nada.

—Y me pareces la mujer más sexy que hay sobre la faz de la tierra. A nuestra atracción se añade que tenemos un hijo, lo que implica que lo más adecuado sería que nos casáramos y lo criáramos juntos.

Abby se quedó sin habla y se sintió avergonzada, principalmente porque se había dado cuenta de que se había vestido así para atraerlo. Por un momento pensó que quizás estuviera bromeando, o que realmente ella no entendía bien lo que le decía, pues lo estaba haciendo de un modo absolutamente calmado y eficiente. Pero entonces reparó, por primera vez, en la maleta que llevaba.

—¿Qué es eso?

—He decido que la forma más rápida de llegar a conocer a Tyler es quedándome en el hostal —hizo una pausa y buscó sus ojos.

Sus miradas se encontraron, y Abby tragó saliva con dificultad mientras un millón de posibilidades la asaltaban por sorpresa. Hunter Wyman iba a quedarse en su casa. El hombre al que adoraba. El hombre al que no había sido capaz de resistirse desde los dieciocho años. El hombre por el que había estado suspirando durante siete años. El hombre que acababa de pedirle que se casara con él.

—No tengo intención de quedarme aquí gratis —aclaró él pragmáticamente—. Voy a pagar.

Aquel modo directo y tajante de tratar el asunto la dejó aún más desconcertada que su propuesta de matrimonio. Abby lo miró fijamente. ¿Dónde estaba la sensibilidad que aquel hombre maravilloso solía tener? No solo estaba entrando en su vida como una apisonadora, sino que su propuesta era como un barquillo sin

helado. Llevaba implícito un gran potencial, pero no había amor. Ella quería poder tener la esperanza de que algún día llegaría a amarla. Sin embargo, lo único que sentía era vacío.

Le daba la sensación de no ser para él más que la propietaria de un hotel quien, además, estaba criando a su hijo.

¿Dónde estaba su Hunter?

Completamente perdida y sin saber qué decir, Abby se decidió por la única opción disponible. No podía permitirse el rechazar a un huésped, y tenerlo en el hostal era una opción mejor que la de pelear por la custodia del niño. Así que lo inscribió en el libro de registros, le dio la llave y se marchó de la habitación. Tyler no había bajado aún para recibir a su padre, pero en algún momento lo haría y, puesto que Hunter parecía ser tan hábil resolviendo situaciones, ya se las arreglaría con Tyler cuando apareciera.

Hunter estaba desconcertado también. Si solo había dicho algo que era absolutamente obvio, no podía entender por qué ella se había enfadado. No tenía sentido que se hubiera marchado tan furiosa.

Sintiéndose totalmente confundido, se sentó en el sofá a esperar a Tyler pero, casi antes de que su espalda tocara el respaldo, una voz lo sobresaltó.

—A mi madre le gustan las flores.

Asustado, miró detrás de él y vio a Tyler, acurrucado entre el sofá y las gruesas cortinas que lo ocultaban entre las sombras.

—Sal de ahí —dijo Hunter bruscamente, y agarró a Tylcr de la mano, obligándolo a moverse hacia la luz, para poder ver algo más que la luminosidad de sus ojos claros—. ¿Qué demonios estás haciendo ahí?

El pequeño salió a gatas de detrás del sofá. Una vez delante de Hunter alzó la cara.

—Estaba escondido.

—¿Todo este tiempo? —preguntó Hunter con curiosidad.

Tyler asintió.

Lu absurdo de la situación le provocó a Hunter una carcajada. Mientras que él y Abby se preguntaban dónde se había metido Tyler, resulta que estaba allí mismo.

—Escondido, ¿eh?

—Sí, ya sabes —añadió y pasó de estar de rodillas á sentarse en

el suelo, aunque a Hunter le pareció que lo había hecho más para llamar su atención que para sentirse cómodo—. A otras chicas les regalan flores —dijo, con la atención fija en una pelota a la que se agarraba con fuerza—. A Lily le mandaron flores una vez que estuvo aquí, en el hostal. Chas se las trajo. Pero mi madre nunca recibe flores. Le dijo a Lily que le gustaría recibir flores también.

De un modo muy peculiar, Hunter sabía exactamente lo que Tyler trataba de decirle. Había entrado en la vida de Abby sin anunciarlo y le había dado la vuelta a su mundo de arriba abajo. No era de extrañar que se comportara de un modo tan irracional.

—¿Sabes, Tyler? —le dijo, levantándose del sofá—. Yo creo que tienes toda la razón.

Seguir el consejo de Tyler sería un buen modo de establecer un vínculo entre ellos, pero, además, le ayudaría en su relación con Abby. Porque habían intentado dominar un montón de impulsos instintivos presentándolos de un modo *lógico y racional. Le había pedido que se casara con él, pero lo había dicho de tal forma que parecía más un acuerdo de negocios que una propuesta de matrimonio.

El niño tenía razón.

Abby se merecía unas flores.

—Vamos —le dijo y lo llevó consigo hacia la puerta. Pero al recordar el estado de ánimo que Abby tenía cuando se marchó, pensó que era mejor avisarla de su partida—. Ve y dile a tu madre que te vienes conmigo.

Tyler pensó que el niño iría hasta la cocina, pero lo sorprendió gritando desde la puerta.

—¡Mamá! ¡Hunter y yo nos vamos a dar una vuelta!

Hunter consideró que ese no era el modo apropiado de dar la información. Pero Abby respondió desde arriba.

—¡De acuerdo! —dijo, como si quisiera librase de ellos. Hunter frunció el ceño. Nada en aquel lugar funcionaba como debía.

Una vez en el porche, se volvió hacia el niño.

—¿Estás seguro de que esto está bien?

Tyler asintió.

—La has puesto furiosa. Seguramente, estará en la cocina haciendo algún pastel.

—¿Haciendo algún pastel?

Tyler se encogió de hombros.

—Probablemente, un bizcocho para tomar con café, y vamos a tener que comérnoslo para desayunar o se pondrá frenética.

Hunter se rio ante semejante observación. De pronto, se dio cuenta de que estaba teniendo con su hijo una honesta y cotidiana conversación. Acerca de Abby. la lazo que los unía. Aunque su modo de pedirla en matrimonio hubiera sido inadecuado y ella se hubiera enfadado, seguía pensando que era el camino adecuado.

Y Abby acabaría llegando a la misma conclusión.

Brewster County no había cambiado mucho en siete años, por lo que a Hunter no le extrañó que los Peterson siguieran siendo los dueños de la floristería. Aún le sorprendió menos encontrarlos en el porche trasero disfrutando de los últimos rayos de sol.

—Buenas tardes —le dijo a la anciana pareja que se mecía en un columpio que colgaba del techo—. Hace una noche estupenda.

—Sí, estupenda —dijo el hombre—. ¿Es usted nuevo por aquí?

Hunter negó con la cabeza.

—No. Soy Hunter Wyman. Mi padre vive en la vieja casa que está junto a la carretera de la iglesia. Ahora soy el socio de Grant Brewster.

—¡Madre mía! —dijo Matilde Peterson y dejó de hacer punto—. Hunter Wyman. Los milagros existen.

—Sí, señora —dijo Hunter, aunque no estaba seguro de lo que la mujer había querido decir con aquella expresión. No sabía si el milagro era que hubiera podido salir adelante por sí mismo, o que estuviera de vuelta en la ciudad—. Seguro que conocen a mi hijo Tyler —añadió por dos motivos. Primero, para incluir al niño en la conversación, y, segundo, para evitar ningún tipo de especulación a su costa.

Brewster County era una ciudad lo suficientemente pequeña como para que todo el mundo supiera del hijo de Abby. Pero, además, Hunter no quería que hubiera dudas sobre sus planes. No solo porque era importante que sus intenciones quedaran claras cara a la gente, sino porque necesitaba que Tyler entendiera que no había sido abandonado... ni Abby tampoco.

—He venido porque necesito unas flores. ¿Sería un inconveniente que abriera un momento la tienda para poder hacer un encargo para mañana? Quiero enviarle a Abby unas flores a la

cafetería.

—No necesito abrir la tienda —dijo el viejo Peterson—. Mi cabeza sigue estando tan clara como siempre —dijo señalándose la sien—. Dígame lo que quiere mandar:

Hunter miró a Tyler.

—¿Tienes alguna idea de lo que le gusta a tu madre?

Feliz al ver que le consultaba, Tyler sonrió.

—Chas le compró rosas a Lily.

La señora Peterson intervino.

—Sí, le llenó por completo una habitación —dijo con un suspiro apreciativa—. Los Brewster saben cómo tratar a una mujer.

—No me cabe duda —dijo Hunter, sabedor de que a sus amigos les gustaba ese tipo de gestos extravagantes que ponían a las mujeres a sus pies. Por desgracia, Hunter ya le había dado demasiadas sorpresas a Abby, solo contando su petición de matrimonio, así que consideraba más adecuado no excederse.

—Creo que yo me limitaré a una docena.

—¿Rojas? —preguntó la señora Peterson.

Hunter se pensó la respuesta. Sabía que el color de las flores significaba algo. Y, por la mirada de anticipación de la mujer, el rojo debía de ser algo realmente bueno.

—Sí, que sean rojas —decidió Hunter—. Mañana por la tarde pasaré a pagárselas. Lo que sí quiero es asegurarme de que las tendrá a primera hora de la mañana en la cafetería.

—Así será —respondió el señor Peterson.

Hunter agarró a Tyler de la mano para marcharse. Pero Tyler tiró dos veces de él para que se detuviera.

—A mi madre le van a gustar las flores —dijo con autoridad, y Hunter sintió un orgullo que jamás antes había sentido. No sabía si lo que le provocaba aquel sentimiento era el haber satisfecho los deseos de su hijo o saber que a Abby le iba a agradar aquello, pero algo hacía que se sintiera bien, muy bien. Seguramente, era la combinación de ambas cosas.

—Tienes toda la razón —le dijo Hunter a Tyler. De pronto, se dio cuenta de algo, se puso de cuclillas y miró a su hijo. Por primera vez, había notado que los ojos de su niño eran idénticos a los suyos. También lo era la nariz. Sus labios tenían, además, esa extraña línea ascendente que aparecía en la comisura y que era una

marca única de los hombres Wyman.

Hunter sintió de pronto un deseo casi incontrolable de abrazar a su hijo, de tomarlo en sus brazos, de sentir al pequeño que él había creado, de demostrarle su amor, todo su amor. La fuerza de aquella emoción era tan fuerte que apenas si podía respirar.

Pero no era adecuado hacer algo así. Apenas conocía al niño y Tyler tampoco lo conocía a él. No quería asustarlo.

Se limitó a ponerle la mano sobre el hombro.

—Una de las cosas más importantes acerca de las flores —dijo, mientras observaba los ojos de su hijo, y controlaba los sentimientos que amenazaban con dominarlo—. Es que tienen que ser una sorpresa.

—¿Una sorpresa?

—Si. A las mujeres les gustan las sorpresas.

Tyler abrió los ojos cómicamente.

—¡A mi madre le encantará que sea una sorpresa!

—De acuerdo —dijo Hunter, una vez más poseído de un inmenso amor hacia ese niño que adoraba a su madre—. Será nuestro secreto.

—¡Nuestro secreto! —afirmó Tyler, claramente emocionado de poder formar parte de algo que había que ocultar.

Se quedaron en silencio, mirándose el uno al otro. Hunter esperó pacientemente mientras el niño lo analizaba. Al cabo de un rato, el pequeño comenzó a parpadear rápidamente, como si estuviera incómodo.

Hunter se levantó y, con la mano en el hombro de su hijo, emprendió de nuevo el camino hacia casa.

Tyler, sin embargo, agarró la mano de Hunter y se la quitó. Hunter esperaba que lo soltara, pero, en lugar de eso, acomodó sus pequeños dedos entre los de él y, tomados de la mano, caminaron hasta el hostal.

La emoción se apoderaba de Hunter una vez más, pero no dijo nada. Apenas podía respirar. De pronto, se dio cuenta de que el modo de ganarse el corazón del pequeño era ganándose el de su madre. Y, aunque estaba convencido de que había sido dueño de aquel corazón en algún momento, las reglas de juego habían cambiado y el campo también.

Antes de subir las escaleras del porche, Hunter detuvo a Tyler

una vez más.

—Recuerda —le susurró—. Las flores son nuestro pequeño secreto.

Tyler sonrió travieso.

—Sí, lo recordaré.

Tyler rogó porque, realmente, lo de las flores funcionara. Temía que el mismo gesto con el que podía ganarse el corazón de su hijo, le hiciera que perdiera el de Abby, si esta lo consideraba como algo demasiado personal o fuera de lugar. Había de tener en cuenta que, a aquella misma hora, al día siguiente, toda la ciudad sabría que Hunter habría regresado a Brewster County y le había enviado flores a Abby.

Rosas rojas.

Una docena de rosas rojas… «¡Qué significan pasión!», recordó él repentinamente. «¡Dios santo, va a matarme!»

Si una propuesta de matrimonio en privado como la que le había hecho podía enfurecerla tanto como para que se marchara de la habitación, un ramo de rosas rojas que toda la ciudad iba a ver, acabarían por convertirla en una bomba nuclear.

Tenía el presentimiento de que iba a desayunar bizcocho con el café durante muchos días.

Capítulo 3

TAL y como Tyler había predicho, un bizcocho para tomar con café, ligeramente quemado, los esperaba en el centro de la mesa a la mañana siguiente.

—Generalmente traigo bollos de la cafetería para el desayuno de los huéspedes —dijo Abby, mientras le servía a Hunter un trozo—. Pero estuve pensando sobre ello anoche y llegué a la conclusión de que sería mejor para Tyler que no te tratáramos como a un huésped, sino como a un miembro más de la familia.

Lo miró a los ojos.

Al ver el gesto de arrepentimiento de aquellos maravillosos ojos verdes, Hunter no supo si reír o llorar. Estaba de acuerdo con ella. Era mejor que lo tratara como a un miembro de la familia.

Pero sentía que necesitaba algo más, algo que la ayudara a levantar el ánimo y que le hiciera sentir que aceptaba su decisión.

—Es una estupenda idea —dijo Hunter con entusiasmo—. Esto tiene un aspecto... delicioso.

Le dio un mordisco al bizcocho y masticó el pedazo, con la esperanza de encontrarse con sabor a azúcar o a canela, o sencillamente a harina, para poder darle la enhorabuena. Por desgracia, ninguno de esos sabores apareció, y, por más que masticaba, no se sentía capaz de tragarse aquello. Finalmente, totalmente desesperado, bebió café.

—Está seco, ¿verdad?

—Es un bizcocho para tomar con café, Abby —dijo él—. Se supone que se dan sorbos de café mientras lo comes.

—Ya, claro —dijo ella—. No había pensado en eso.

—Bien —dijo él. Nunca antes había visto la cara tímida e insegura de Abby y le pareció extraña, pero también entrañable. Durante el tiempo que habían pasado juntos, había sido su confianza la que lo había estimulado. Al parecer, el destino le estaba dando la oportunidad de devolverle el favor. Sin dudarlo, le dio otro mordisco al bizcocho.

—Buenos días, mamá —dijo Tyler al entrar en la cocina—. Hola, Hunter —añadió, sentándose en la silla que estaba a su lado. Entonces vio el bizcocho—. ¡Oh, no, mami!

—Vamos, Tyler, no puede estar tan malo —dijo Abby, partiéndole un trozo a su hijo—. Mira, Hunter se lo está comiendo.

Hunter habría intercambiado con su hijo una sonrisa de complicidad, pero prefirió mantenerse aparentemente al margen para no herir a Abby, aunque estaba decidido a rescatar a su hijo.

—Yo llevaré a Tyler al colegio hoy.

—No hace falta —dijo Abby y giró hacia la encimera de la cocina, dándoles la espalda—. La escuela está de camino a la cafetería.

—Pero es que quiere llegar un poco antes hoy —dijo Hunter y miró a su hijo indicándole que le siguiera el juego—. Además, le dije que yo lo llevaría. No va a tener tiempo de comerse el bizcocho.

Abby suspiró.

—De acuerdo. Se lo envolveré en un papel para que se lo lleve.

—Buena idea —dijo Hunter y, cuando Abby volvió a darse la vuelta, le guiñó un ojo a su hijo—. ¿A qué hora entras a trabajar?

—A las nueve o así. No tengo que llegar hasta el segundo turno de desayunos.

—Muy bien —dijo Hunter, mientras le explicaba por señas a Tyler que comprarían algo para desayunar de camino a la escuela. Con una sonrisa, Tyler asintió.

Cuando Abby se volvió para darle a Tyler el pastel, los dos hombres de su vida estaban callados como ratones de iglesia, pero Abby no pudo evitar tener la sensación de que había algo anormal. Primero, Tyler jamás estaba tan callado y, segundo, de repente parecía adorar al hombre al que casi odiaba el día anterior.

Sí, sin duda, algo había sucedido.

Consideró las diversas posibilidades, mientras recogía la cocina y se vestía con el uniforme. Continuó pensando sobre ello mientras se dirigía a la cafetería, y seguía dándole vueltas cuando las Brewster entraron con los trillizos.

—Se ha comido mi bizcocho —les dijo sin ningun tipo de preámbulo a las tres mujeres que acababan de sentarse y a las que estaba sirviendo café.

—Te dije que todavía te quería —comentó Claire, apartando a Cody de la taza de líquido caliente.

—No. Yo creo que es algo que tiene que ver con Tyler.

—¿Tyler? —repitió Kristen con curiosidad—. ¿Qué demonios tiene que ver que Tyler se coma tu horroroso pastel?

—No estoy segura —dijo Abby, tan consciente de lo mala cocinera que era, que ni se ofendió por el comentario—. Pero esta mañana, cuando Tyler entró en la cocina dijo: «Buenos días, mamá. Hola, Hunter».

Kristen, Claire y Lily se limitaron a mirarla fijamente.

—No dijo solo «hola». Utilizó ese tono amigable en que los hombres se saludan entre sí —les explicó, mirando a las tres mujeres como si fueran un poco lentas por no entenderlo a la primera.

—¿Y qué tiene eso de malo? —preguntó Lily.

—Que ayer Tyler odiaba a Hunter. Casi lo despreciaba. Pensé que jamás lograría que llegara a comportarse con él de un modo civilizado. Pero Hunter se lo llevó a dar una vuelta anoche y ahora Tyler actúa como si fuera su mejor amigo.

—Pero Abby, eso es estupendo —dijo Claire.

—Lo sé —respondió ella en un tono frustrado—. Pero me gustaría saber qué ha motivado el cambio.

En aquel preciso instante, Thadd Peterson, el nieto de los dueños de la floristería, entró en la cafetería con una caja blanca bajo el brazo: El muchacho miró la tarjeta y la leyó varias veces.

—Creo que aquí pone «Abby Witness» —le dijo el muchacho a Abby, y le dio la tarjeta para que lo ayudara a descifrar el contenido —. Yo no conozco a ninguna Abby Witness.

Lily le quitó la tarjeta de las manos antes de que Abby pudiera leerla.

—Dice: «Abby, camarera». Y la siguiente línea: «En la cafetería».

—Ah —dijo el muchacho y le dio la caja a Abby—. Es para ti.

Abby se quedó perpleja, mirando la caja. Claire sacó un dólar del bolso y se lo dio al muchacho.

—Gracias por todo —le dijo, indicándole que se fuera.

El muchacho sonrió y se marchó. Claire se volvió hacia Abby.

—¡Ábrela!

—Me da miedo.

—A mí no —dijo Kristen, y agarró la caja, le quitó el lazo y abrió la tapa.

Claire retiró el papel blanco.

—¡Oh! —exclamaron las tres al unísono.

Abby miró el contenido de la caja. Eran rosas. Rosas rojas.

—¡Oh! —dijo ella también.

—La tarjeta —dijo Lily y le tendió un pequeño sobre blanco.

—Estoy demasiado nerviosa —dijo Abby y retrocedió..

—Lo siento, pero no me parece adecuado que ninguna de nosotras la lea —dijo Kristen, pero Claire le quitó a Lily el sobre de las manos.

—Soy su mejor amiga desde el colegio, así que estoy en mi derecho de leer cualquier cosa suya —dijo, y rasgó el diminuto sobre—. Tal y como esperaba, es de Hunter.

—¿Dice la tarjeta: «Te quiero. Hunter»? —preguntó Kristen.

Claire negó con la cabeza.

—No. Solo «Hunter». Pero tampoco dice: «Tu amigo. Hunter», o «Espero que podamos solucionar las cosas». Dice solo «Hunter», porque espera que lo entiendas. ¿Lo veis? Le mostró la tarjeta a todo el mundo y, finalmente, se la entregó a Abby—. Te dije que todavía te quería.

Demasiado confusa y sorprendida como para decir nada, se limitó a mirar el papel que tenía en la mano. Lo primero que le vino a la cabeza fue pensar que todavía la amaba y que, realmente, su propuesta de matrimonio había sido sincera. Pero luego recordó lo que había dicho y cómo lo había dicho, y ese pensamiento hizo que el encantamiento se rompiera.

—Bueno, me parece un gesto encantador —dijo Kristen, mirando el interior de la caja.

—A mí me parece una indicación, una señal —dijo Lily, mientras acariciaba el suave pétalo de una de las rosas.

—¿Te refieres a una señal de que todavía siente algo por mí? —preguntó Abby en un tono cínico.

—No —dijo Lily con una risa—. Una señal de que el alma de ese hombre aún está llena de pasión y romance.

—Estoy de acuerdo —dijo Claire.

—Yo también —añadió Kristen. Luego apoyó el codo en la mesa y suspiró soñadora—. ¿Cuándo volverás a verlo?

—Esta noche —respondió Abby en tono ausente. No podía entender lo de las rosas. Después de la fría, rápida y lógica propuesta de matrimonio que le había hecho la noche anterior,

estaba segura de que no se enfrentaba a un corazón apasionada y romántica naturaleza.

—¡Esta noche! —dijo Lily.

Abby agitó la mano en un gesto despreciativo.

—¡No hagas una montaña de un grano de arena! —dijo, y agarró un jarrón que había sobre el mostrador—. Está viviendo en el hostal.

—¡Está viviendo contigo! —dijo Kristen eufórica.

—Está viviendo en el hostal —repitió Abby, pero las tres mujeres se rieron llenas de júbilo.

—¡Eso es maravilloso! —dijo Claire.

—¿Por qué? —preguntó Abby, y se metió detrás del mostrador, para llenar el jarrón de agua—. Se ha venido porque quiere tener la oportunidad de conocer mejor a Tyler.

—¡Estupendo! —dijo Lily con una carcajada.

Abby fue metiendo las rosas en el jarrón.

—Estáis sacando conclusiones precipitadas de todo esto —insistió ella, dando gracias de que, su obsesión porque Hunter se había comido su horrible pastel había evitado que les hablara de su propuesta de matrimonio. Por la forma en que había sugerido que se casaran y por la ausencia de comentario alguno sobre el tema aquella mañana, estaba segura de que solo quería que acabaran juntos por el bien de Tyler. De hecho, si miraba aquellas flores desde el mismo punto de vista puramente lógico que él tenía, aquel regalo podría ser un modo de pedirle disculpas por haberla puesto en una situación tan embarazosa.

Lily, Claire y Kristen no dijeron nada más. Se levantaron y se fueron de la cafetería como si estuvieran contentas con la situación y pudieran marcharse ya.

—Sigue con el programa —dijo Claire, mientras pagaba la cuenta—. Este hombre siente algo por ti. Y si no empiezas a demostrarle que tú también estás interesada, lo vas a perder.

Abby quería creerla. Y al mirar el gesto lleno de confianza de Claire, casi cede a la tentación de hacerlo. No importaba lo calmada, fría y firme que pareciera estar, realmente quería creer que Hunter le había enviado las flores porque seguía locamente enamorado de ella. Era algo que el joven Hunter habría hecho. Pero solo tenía que recordar su tono de voz mientras le pedía que se

casara con ella y la leve esperanza que empezaba a surgir dentro de ella se desvanecía.

Cuando Hunter volvió a casa aquella noche, se alegró de no haberse dejado llevar por el optimismo de las mujeres Brewster. Estaba cansado y malhumorado y no tenía el aspecto de un hombre apasionado, feliz de estar con ella de nuevo, y ansioso por ver cómo había reaccionado ella al recibir las flores. Su actitud distaba tanto de la de un hombre que le hubiera mandado una docena de rosas, que Abby empezó a dudar si Thadd Peterson no habría cometido un error.

—¿Has tenido un mal día? —preguntó ella, cuando Hunter dejó el maletín en el sofá y se dejó caer sobre los cojines.

—Penoso —respondió él, y cerró los ojos como si sentarse fuera éxtasis puro.

Al mirar a su exhausto ex amante, Abby tuvo que contener las ganas de tocarlo. Habría querido poder acariciar las marcas que sobre su rostro había dejado aquel difícil día de trabajo, y rejuvenecerlo. Quería darle las gracias por las flores con un beso. Pero más bien se comportaba como alguien que había olvidado por completo de que le había enviado rosas.

—Hay cerdo asado —dijo ella, en lugar de lo que habría deseado.

Él abrió los ojos.

—¿Qué ha pasado con el resto del bizcocho?

Ella hizo una mueca.

—Está en la basura. Creo que mi horno está mal —le dijo y se encaminó hacia la cocina. Hunter la siguió. A menos que admitiera que le había enviado las rosas, su gesto de tirar el bizcocho sería lo único cercano a un agradecimiento que pensaba ofrecerle—. Todo lo que cocino en él acaba quemado y seco. Así que lo tiro a la basura.

A pesar del cansancio, Hunter se ofreció para ayudarla a preparar la cena. Abby que dudaba cada vez más de que él le hubiera enviado las flores, se centró en planificar una venganza contra Thadd Peterson, y no reparó en lo bien que trabajaban juntos Hunter y ella. Pero una vez que logró dar con la adecuada tortura para Thadd, sí notó que su compañero era un excelente cocinero. Aderezaba todo por instinto, y, aunque eso mismo era lo que ella

hacía, los aromas que emanaban de sus cazuelas eran mucho más tentadores que ningún guiso que ella hubiera hecho jamás.

Cuando Tyler apareció por la cocina, media hora más tarde, la comida casi estaba hecha. Esperaba que su hijo se pusiera muy contento al enterarse de que no iban a tener que comer su comida esa noche, pero el niño no dijo nada. Se limitó a lanzarle a Hunter una serie de extrañas miradas. Abby se sintió muy confusa y empezó a pensar, una vez más, que algo no andaba bien. Le dijo que se lavara las manos para cenar y salió de la cocina a toda prisa como solía hacer. Pero al ver que durante la cena seguía callado, Abby concluyó que realmente ocurría algo.

Cuando el niño volvió de la cocina con el pastel de chocolate que Abby había comprado para postre, ella aprovechó para acariciarle la cabeza e interrogarlo.

—¿Te ocurre algo?

—¿Estás bien? —le preguntó Hunter, mientras agarraba el trozo de pastel que le ofrecía Abby.

Tyler miró a Hunter de un modo extraño, luego miró a Abby y volvió a mirar a Hunter. Abby se dio cuenta de que Hunter agitaba ligeramente la cabeza como si tratara de avisar a Tyler de algo, pero, como no dijeron nada, ella no pudo adivinar de qué iba todo aquello.

Abby sintió, con desesperación, que Tyler volvía a tener problemas con su padre y trató de encontrar algo que decir. Pero el niño ya le había contado lo acontecido en el colegio y no sabía qué más preguntarle.

Por fin, Hunter se aclaró la garganta y habló.

—Y, ¿qué nos cuentas tú, Abby? ¿Qué tal tu día?

Hacía tanto tiempo que nadie le preguntaba sinceramente que tal le había ido el día que, durante un momento, no supo qué responder. De pronto, recordó las flores. Sus mejillas se ruborizaron. Había llegado el momento de la verdad. Si realmente se las había enviado, aquella era la ocasión para sacar el tema a la luz. Si no era así, los dos iban a sentirse realmente avergonzados.

—La verdad, es que hoy ha ocurrido algo inesperado. He recibido una docena de maravillosas rosas —hizo una pausa y se pasó la lengua por los labios, que se le habían quedado secos—. De Hunter.

Hunter no tuvo oportunidad de reaccionar, pues Tyler se le adelantó.

—¿Te han gustado? —preguntó emocionado.

Al ver a su hijo tan contento, ella olvidó su vergüenza. El corazón se le derritió. Ella sabía que Tyler era consciente de que su madre no recibía regalos ni ninguna atención especial, también sabía que eso preocupaba a su pequeño de seis años.

—Me han encantado —dijo ella, tragándose el nudo que se le había puesto en la garganta, sintiendo, por primera vez, el verdadero efecto que estaba ejerciendo Hunter Wyman en sus vidas. Hunter podía darle cosas a Tyler, hacer cosas por él que ella no podía hacer. Y eso incluía ser agradable con su madre. Porque Tyler se daba cuenta de que la vida de Abby era difícil, que no tenía nada, y Hunter podía paliar eso haciendo cosas que le resultaran agradables.

—Ya he terminado —dijo Tyler y se levantó de la silla. Se acercó a su madre y le dio un abrazo—. Me voy fuera a jugar con Billy.

Se encaminó hacia la puerta, pero Abby trató de retenerlo.

—¡Que no se te olvide que tienes que hacer deberes! —le dijo, mientras él abría la puerta de rejilla.

—Volveré a tiempo para hacerlos —le dijo, y se marchó, dejando solos a Hunter y a Abby en mitad de un silencio que rompió él.

—¿De verdad te han gustado las flores? —le preguntó en tono reposado.

Ella asintió.

—Sí, mucho —respondió, centrando su atención en el pastel que tenía delante, porque saber que realmente había sido él quien las había enviado, volvía a provocarle unos irresistibles deseos de besarlo. Y tenía miedo de hacerlo. Una parte de ella temía que si lo besaba una vez, ya no fuera capaz de parar. Otra parte de ella se amedrentaba ante la posibilidad de que eso le recordara que aquel era un hombre muy diferente al que había amado siete años atrás.

Y no necesitaba un recordatorio de eso. No tenía más que ver la ropa que usaba, el modo en que se comportaba y encontraba en todo ello una prueba explícita de que no era el mismo hombre con el que había concebido a su hijo.

Como una prueba más de eso y de la teoría de Abby de que un

ramo de rosas no tenía demasiado significado para Hunter, este olvidó inmediatamente el tema de las flores. Se terminaron el postre mientras charlaban de nimiedades, y Abby le mostró un estudio en el que podía realizar el trabajo que se había traído a casa. No salió de allí hasta las nueve de la noche y se encontró a Abby y a Tyler terminando los deberes de matemáticas.

—Lo siento. Debería baberos ayudado —dijo él, y se pasó la mano por la nuca.

—Solo hace falta uno de los padres para hacer los deberes —le aseguró Abby.

—Puedes ayudarme mañana —sugirió Tyler, mientras guardaba los cuadernos y el libro.

—De acuerdo, me parece un buen trato —dijo Hunter feliz con la idea—. Te ayudaré una noche sí y otra no.

Abby reconoció, de inmediato, otro beneficio del regreso de Hunter. Podría colaborar con ella, lo que le concedería un poco de tiempo para sí misma. Pero, aunque eso fuera algo positivo, la curiosidad respecto a la repentina amistad entre Hunter y Tyler volvió a surgir.

Si no fuera porque aquel súbito cariño de Tyler por Hunter había sido anterior a las flores, habría sospechalo que esas rosas tenían algo que ver. Tenía constancia de que Hunter no había podido chantajearlo con un helado o una película la noche anterior, pues no habían estado fuera el tiempo suficiente.

Completamente perdida, pensó que, tal vez, estaba haciendo una montaña de un grano de arena, pero no podía evitar pensar que era muy extraño que Tyler cambiara de un modo tan radical sus sentimientos por alguien, especialmente de un día para otro.

—¿Quieres subir conmigo y ayudarme a meterme en la cama? —le dijo Tyler a Hunter, y Abby se quedó boquiabierta. Sus sospechas acababan de multiplicarse por tres.

—Sí —dijo Hunter con una sonrisa—. Es una idea estupenda.

Tyler y él se marcharon de la cocina sin decir nada más.

Cuando Hunter regresó y le dijo que Tyler estaba en la cama y que ya le había leído un cuento, ella trató de disimular la extrañeza que le provocaba aquella nueva relación y subió a darle las buenas noches a su hijo.

Lo tapó cuidadosamente.

—Al parecer, ahora te gusta Hunter mucho más que antes.

Él asintió.

—En lo que a padres se refiere —dijo ella, buscando algo que le pudiera ayudar a obtener alguna información de su hijo, pero sin llegar a encontrar nada realmente inspirado—. Te podría haber tocado algo mucho peor.

—Hunter está bien.

—¿Hay alguna cosa que quieras contarme? —se aventuró a preguntarle—. ¿Algo que yo debiera saber? ¿Te preocupa alguna cosa?

El niño negó con la cabeza.

—No.

—Bueno, si en algún momento recuerdas algo que te esté fastidiando, o algo que no comprendes o no te gusta, me lo puedes decir, ¿de acuerdo?

Él asintió de nuevo, con una ligera sonrisa.

Ella lo miró con sospecha. No era normal que Tyler se adaptara tan bien a un extraño. Si no encontraba una explicación para aquel comportamiento, iba a empezar a preocuparse por si el niño se estaba volviendo demasiado confiado.

Dejó al pequeño en su habitación, consciente de que no podía seguir interrogándolo, y bajó a buscar a Hunter. Se lo encontró en el porche, sentado en el columpio.

—Hola —dijo él—. Ven a sentarte.

Con precaución, ella hizo lo que él le pidió y se obligó a sí misma a relajarse, porque no quería quedar como una idiota, si los sentimientos que habían surgido entre Tyler y Hunter eran genuinos. Después de todo, era su padre y era bueno para el pequeño que la adaptación fuera tan rápida. Abby llevaba tiempo sabiendo que el niño estaba ansioso por tener la influencia de un hombre en su vida.

Todo lo que estaba ocurriendo era bueno.

Abby respiró profundamente y se dio cuenta de qué era lo que realmente le estaba perturbando. Todo lo que estaba ocurriendo era tan bueno, que lo que temía era que algo lo estropeara. Porque, desde la marcha de Hunter habían sucedido demasiadas cosas malas, y le resultaba difícil dejarse llevar y aceptar algo bueno. Como el hecho de que él estuviera allí. Hunter Wyman, el hombre

al que siempre había amado, estaba allí. Le había enviado flores, quería a su hijo y, en aquel momento, estaban allí a solas.

¿Quizás fuera el príncipe azul, después de todo?

—¿Qué le hiciste a Tyler anoche, para que empezara a confiar en ti? —le preguntó ella, sin hostilidad, como una amiga. Aunque fuera su príncipe azul, todavía quería resolver el misterio.

Por suerte, Hunter se rio.

—Tuvimos una conversación de hombre a hombre. Fue muy importante para nosotros, y nada que deba preocuparte.

—Pero estoy preocupada —respondió ella con toda sinceridad—. Me preocupa que te haya aceptado tan rápido y que eso signifique que está bajando sus defensas ante los extraños.

Hunter se limitó a mirarla.

—¿Te ha dicho alguien antes que eres muy aprensiva?

Ella se encogió de hombros.

—Soy una madre. Preocuparme es parte de mi trabajo.

—Bien, pues relájate —dijo Hunter, y posó su brazo a lo largo del respaldo del columpio, justo detrás de ella—. Somos dos los que podemos hacer el trabajo ahora.

Ella trató de no sacar ninguna conclusión respecto a por qué su brazo estaba a solo unos centímetros de ella, y trató de centrar su atención en el alivio que suponía compartir la responsabilidad paterna con alguien. Por desgracia, eso no funcionó. El calor que emanaba de su piel y que penetraba a través de su cuello le recordó que estaba sentada en el porche trasero de la casa, con un «hombre que parecía a punto de rodearla con su brazo.

Se dijo a sí misma que no tenía nada que temer, porque aquel era Hunter. Pero solo la emoción de pensarlo le provocaba un cosquilleo a lo largo de la columna vertebral. Siempre le había ocurrido. Probablemente, siempre le sucedería. Y, en aquel instante, estaban allí, solos.

Se concentró solo en respirar, con el fin de poder relajarse.

—La verdad es que no me importa nada tener un poco de ayuda, pero, sobre todo, lo que creo es que Tyler necesita una influencia masculina en su vida.

—Estoy de acuerdo —dijo Hunter en un tono aparentemente casual, mientras su brazo se deslizaba suavemente y acababa sobre sus hombros.

Abby sintió que el corazón se le contraía.

—Hay muchas cosas que necesita aprender —le dijo, tratando de parecer tan inalterable como él—. Por ejemplo, a pescar.

—Pescar —dijo Hunter de modo tal, que ella se dio cuenta de que la idea le gustaba—. Eso sería estupendo. Me encanta pescar y ese sería un buen modo de crear un lazo entre nosotros.

—Sí, lo sería —dijo Abby que empezaba a sentirse un poco más cómodo. En ese momento, Hunter la abrazó con más fuerza, apretándole el hombro con la mano.

Abby, sencillamente, dejó de respirar. No porque su tacto fuera así de agradable, que lo era, sino porque no entendía lo que estaba sucediendo. De algún modo, aquel abrazo parecía.algo meramente cordial. Estaban hablando de un modo jovial sobre detalles de la vida que necesitaban resolver. Abby temía mal interpretar su gesto.

0 quizás estuviera probando suerte con ella...

La idea de que fuera eso, le provocó un profundo placer y, por eso, precisamente, debía tener cuidado, para no hacer ni decir nada estúpido.

—Hace una noche maravillosa —dijo Hunter y la apretó contra él.

Ella se estremeció y sintió que sus músculos no respondían. Sí, definitivamente, quería algo de ella y, sin duda alguna, a ella le gustaba. Había echado de menos a aquel hombre durante años. Había pensado en él cada noche. Era la madre de su hijo. Y estaba allí, insinuándose.

No sabía bien qué hacer, pero sí tenía la certeza de que quería una relación con él, si era lo que él quería también. Abby alzó el rostro. Durante unos segundos, se miraron el uno al otro. Hasta que él descendió lentamente, y la besó.

Abby sintió que el mundo entero estallaba en un millón de estrellas. Siete años de frustración y soledad acababan de desaparecer. Todas sus esperanzas se veían renovadas, solo por aquel leve tacto de sus labios.

Tímidamente, le puso las manos sobre los hombros y una sensación de felicidad se adueñó de ella. Con avidez, memorizaba su tacto y su abrazo y, antes de que llegara a comprender lo que estaba ocurriendo, el beso ya había pasado de ser simple y casto, a arrebatador y apasionado.

Estaba tan hambrienta de él que cuando él se abrió paso entre sus labios con la lengua, ella le dejó libre la entrada. Quería saborear aquella sensación y devolverle el beso con la misma avidez. Cuando, finalmente, se apartaron el uno del otro, ambos seguían respirando enérgicamente.

—Si esto no prueba que estamos hechos el uno para el otro, no sé que podría probarlo —dijo Hunter mientras la abrazaba firmemente.

Abby no podía estar más de acuerdo y le costaba controlar el impulso que la movía a ponerse a gritar de alegría. Había esperado durante siete años a aquel hombre, y se sentía la mujer más feliz del mundo.

—Por eso no creo que haya nada malo en que nos casemos por el bien de Tyler. Mi propuesta de ayer sigue en pie.

Al principio Abby no comprendió del todo el significado de sus palabras. Pero, cuando finalmente lo hizo, una profunda decepción apagó su fuego.

De pronto, entendió el por qué de las flores.

Se apartó de él.

—¿De verdad crees que puedes convencerme de que me case contigo con unas flores y un beso? —le preguntó incrédula.

—No veo por qué no —dijo Hunter con toda calma—. Hay más cosas entre nosotros que entre muchas parejas. Tenemos el recuerdo de una hermosa historia, tenemos un hijo, y sentimos una poderosa pasión.

Aunque por un momento ella se animó al oír lo de la «poderosa pasión», se dio cuenta de que para él pesaban más las otras dos cosas: sus recuerdos y su hijo. Se tragó su indignación y su decepción y tomó conciencia de que estaba siendo una caprichosa. Un hijo era un lazo muy importante entre un hombre y una mujer, y era lógico que él pensara más en Tyler que en ninguna otra cosa en aquel momento. Y, puesto que no se habían visto desde hacía siete años, era lógico que todo lo que tuvieran fueran recuerdos del pasado.

Aunque hubiera preferido que dejara de hablar de matrimonio, tenía que reconocer que no era él el que estaba equivocado, era ella. Seguía tratando de convertir su relación en algo que no era. Algo que no volvería a ser jamás.

Se levantó del columpio, suspiró con fuerza y respondió de acuerdo a lo que un punto de vista realista y lógico le dictaba.

—Realmente, ya no nos conocemos y yo no me voy a casar con alguien que no conozco.

Cansada y abatida, se marchó de allí.

Hunter contuvo un juramento. Todo parecía haber estado encajando: la luna, las rosas, la estupenda cena. La había ayudado con Tyler, y habían compartido todo. Se comunicaban bien. Lo tenían todo. Pero en el último momento, algo había ido mal.

No se lo podía creer.

Tan abatido como ella, se metió en la casa, cerró la puerta de la cocina, apagó las luces y se dirigió a su habitación. Por el camino fue repasando, desalentado, los acontecimientos acaecidos aquella noche. No podía entender por qué Abby era tan cabezota y no veía las cosas tan claras como él.

Estaba tan ensimismado, que casi se tropieza y se cae cuando Tyler lo agarró del brazo y lo metió en su cuarto.

—He oído lo que le has dicho a mi madre sobre lo de casaros.

Tyler parecía confuso o enfadado, y Hunter sintió pánico. Esperaba que el niño le recriminara por haberle hecho daño a su madre, pero lo sorprendió.

—¿Cómo vas a casarte con ella, si ni siquiera habéis tenido una cita?

Aquella nueva situación requería tacto y diplomacia. Hunter se puso de cuclillas junto a Tyler.

—Tú madre y yo nos conocemos desde hace mucho. Hemos tenido muchas citas.

Tyler negó con la cabeza.

—Todo el mundo tiene citas, pero mi madre no. Claire sale con Evans. Lily también sale. Mi madre nunca sale con nadie.

—Eso es porque... —comenzó a decir Hunter, pensando que Tyler necesitaba una explicación. Pero, de pronto, se dio cuenta de que lo que tan inocentemente le estaba diciendo su hijo tenía mucho sentido. Sonrió.

—¿Sabes, Tyler? —le dijo—. Tienes toda la razón.

—Lo sé —respondió el pequeño, y Hunter volvió a sentir deseos de abrazar al niño. Pero no lo hizo. Se puso de pie, y llevó al pequeño a la cama.

—Ahora tienes que dormir —le dijo, y lo tapó con las sábanas—. Yo me encargaré de todo.

—¿Le vas a pedir una cita? —insistió Tyler.

—Sí, en cuanto lo tenga todo planeado.

Tyler suspiró aliviado.

—Bien —dijo y cerró los ojos.

Sobrecogido por el inmenso amor que sentía por aquel niño, que tanto quería a su madre, salió de la habitación de puntillas.

Pero en el recibidor, otro pensamiento lo asaltó por sorpresa. Durante todo aquel tiempo, había estado pensando de un modo tan lógico, que no había reparado en que el matrimonio entre Abby y él afectaría a Tyler y, quizás, no sería tan positivo. Aquel niño era muy listo y tenía una gran capacidad de percepción. ¿Sería bueno que se diera cuenta de que sus padres se habían casado solo por él?

¿No sería eso un mal ejemplo que podría acabar perjudicando al niño?

Capítulo 4

A LA MAÑANA siguiente, mientras se afeitaba, Hunter pensó seriamente en los pros y los contras de lo que ocurriría si se casaba con Abby y su conclusión fue que Tyler saldría beneficiado más que perjudicado. Así que decidió seguir el consejo de su hijo e invitar a su madre a salir. Para ello, esperó a que el pequeño terminara de desayunar y subiera a su habitación por su mochila.

—He pensado que, tal vez, deberíamos salir juntos esta noche.

Abby, que estaba en ese momento junto a la encimera de la cocina, con las manos llenas de harina, se quedó paralizada.

—Anoche dijiste que nuestro problema era que no nos conocíamos —le explicó él—. Y me he dado cuenta de que, quizás, ese es el motivo por el que no hago más que decirte cosas inconvenientes sin intención de hacerlo.

Ella se volvió y lo miró.

—Yo diría que también es por eso por lo que te enfadas conmigo continuamente. Después de siete años de separación, ya no nos conocemos lo suficiente ni como para tener una discusión decente. Así es que lo más lógico sería que saliéramos juntos.

El esperaba que ella protestara, pero no lo hizo.

—¿Y a dónde iríamos?

El se encogió de hombros.

—Una película es siempre un buen sitio para empezar. Podríamos cenar juntos primero.

Abby no sabía si estaba o no de acuerdo con que una cita fuera el modo lógico de llegar a conocerse. Pero al mirar al atractivo hombre que tenía delante, se dio cuenta de que estaba intentando con todas sus fuerzas integrarse en su vida y en la de su hijo sin crear tensión, y que era un hombre al que había querido tener junto a ella desde hacía siete años. Así que decidió que tenía que intentarlo. Hunter tenía razón. Su problema era que no se conocían. Unas cuantas horas de honesta conversación y camaradería podían evitar que él continuamente dijera cosas inoportunas y que ella dejara de sacar falsas conclusiones. Y, ¿quién sabía? Quizás con un pequeño esfuerzo, pudieran acabar teniendo esa relación que ambos querían tener.

—De acuerdo —dijo ella.

—Como los dos trabajamos por la mañana, podemos ir a la sesión de las siete —le propuso él y ella asintió.

Ese fue el final de la conversación porque, en ese momento, entró Tyler.

Abby pensaba que las complicaciones surgidas entre Hunter y ella era mejor mantenerlas al margen de la relación entre padre e hijo. Así que no dijo nada más, excepto adiós, cuando los dos salieron juntos de la cocina.

Abby quedó con Claire en que Tyler dormiría en su casa aquella noche y comenzó a vestirse. para su cita.

Eran solo las cuatro y sabía que iba a estar preparada con demasiada antelación. Tendría que esperar a Hunter que seguía en su lugar de trabajo con Grant. Pero no le venía mal tenerr un poco de tiempo extra.

Necesitaba un baño espumoso y dos horas de probarse ropa, para aclimatarse a la idea de que, si usaba su sentido común, era precavida y no presionaba demasiado a Hunter, podría conseguir que sus sueños se convirtieran en realidad.

Pero cuando las seis de la tarde se convirtieron en las siete y luego en las ocho, Abby empezó a preocuparse. Esperaba no haber entendido mal lo de la cita. Él había dicho claramente las palabras «salir», «cenar» y «película», incluso había sido él el que había concretado la hora.

Convencida de que algo malo había ocurrido, acababa de agarrar el teléfono para llamar, cuando Hunter entró en la cocina completamente cubierto de barro.

—¿Qué demonios te ha ocurrido? —preguntó ella y colgó el teléfono.

—Nos hemos encontrado una zona pantanosa —dijo Hunter claramente exasperado—. ¿Te lo puedes creer?

Se detuvo de repente y la miró. Vio el suéter azul claro y la falda negra que llevaba. En cuestión de segundos el gesto confuso de su rostro se convirtió en una expresión de humillación. Miró el reloj.

—¡Maldita sea! —farfulló él y la miró avergonzado—. Abby, lo siento mucho.

En aquel instante, ella deseó que la tierra se la tragara, tremendamente abochornada por la situación. Se había olvidado de su cita. ¿Cómo podía un hombre olvidarse de que iba a salir con una mujer? Solo si realmente no estaba tan emocionado como ella. No quería salir con ella. Se lo había pedido porque quería que se casara con él en beneficio de Tyler. No había habido en su petición ni un gramo de romanticismo.

Se tragó el nudo que tenía en la garganta y alzó la barbilla.

—No te preocupes —dijo tratando de no sonar herida. Pero por su expresión, Hunter se dio cuenta de que estaba dolida—. De cualquier forma, era una idea estúpida.

—No, no lo era —insistió él, mientras se daba cuenta de que Tyler se iba a poner más furioso con él de lo que él mismo estaba—. Era una buena idea porque necesitamos llegar a conocernos.

—Nos vamos a conocer si vivimos juntos —dijo Abby suavemente, mientras abría la nevera—. Puedes usar el baño de abajo para asearte. Allí encontrarás ropa recién lavada. Te puedes cambiar allí mismo en el baño. Te haré algo de cenar.

—No, no hagas eso —dijo él y casi le pilla la mano al cerrar de golpe la puerta de la nevera—. Son solo las ocho. Todavía tenemos tiempo para ir a la cafetería y cenar algo. Solo tardaré diez minutos en vestirme, veinte, como mucho.

Al ver que su propuesta no era recibida con excesivo entusiasmo, bajó la voz e insistió.

—Por favor, por favor, Abby. No lo he hecho a propósito. Este tipo de cosas son normales en la construcción. Este trabajo nos importa mucho, tanto a Grant como a mí pero también es muy importante para la comunidad. No podía irme.

El evitó decir que se le había olvidado la cita y se dio cuenta de que su mención de la comunidad logró tocar a Abby en algún punto sensible. Después de todo, la construcción del centro comercial significaría la creación de muchos puestos de trabajo para Brewster County.

Ella suspiró.

—De acuerdo. Vístete, mientras yo me retoco el maquillaje.

Pero los veinte minutos que necesitaba para vestirse, muy pronto se convirtieron en cuarenta y, para cuando llegó a la cocina, se le notaba completamente agotado.

Adorable, pero agotado.

Se había puesto unos pantalones de color caqui con un suéter verde, que le sentaba muy bien, y le daba un aspecto de hombre de mundo y hombre contento de ser quien era. Pensando en eso, Abby se dio cuenta de que al pedirle que saliera con él se estaba forzando a hacer algo que no era parte de su naturaleza. No era un impulso espontáneo el que lo había llevado a hacerlo. Lo que significaba, que no se sentía atraído. La verdad le produjo una profunda tristeza, pero Abby ya había sufrido demasiadas decepciones a lo largo de su vida y sabía que era mejor no darse de cabezazos con ellas. Lo más conveniente era aceptarlas. No importaba cuanto doliera.

Además, no le gustaba que nadie se sintiera mal y, menos aún, por su causa.

—Tengo pan fresco de la panadería y también tengo jamón. ¿Quieres un sándwich?

—No —dijo él—. Comeremos algo en la cafetería.

—Estoy un poco harta de la cafetería —dijo ella sin darle importancia, proporcionándole una buena excusa para que abandonara su intento. Sonrió—. Además, estoy muy cansada. Podemos sentarnos aquí y hablar, mejor que en un lugar que, probablemente, estará lleno de gente. Será más fácil.

Vio como se debatía internamente, lo que le resultó tremendamente dulce, pero, sobre todo, le recordó lo buena persona que era. Porque, realmente, lo consideraba un hombre honesto y honorable, y se preguntó si podría ser tan taimado como para pedirle salir solo en pos de un posible matrimonio en beneficio de Tyler. Recordó el modo en que la había besado y se dio cuenta de que realmente sentía algo por ella. Una leve esperanza iluminó su corazón. ¿Quizás realmente lo había olvidado?

—De acuerdo. Tienes razón. Seguramente podremos hablar mejor aquí. Enséñame dónde tienes todo y yo haré unos sándwiches.

Su oferta fue realmente entrañable, pero estaba cansado. Ella podía ver el agotamiento en sus ojos. Sospechaba que lo de ofrecerse a ayudar no había sido más que una cortesía, y, de pronto, se dio cuenta de que ese era su verdadero problema. Estaban tan preocupados de lo que el otro iba a percibir, que ninguno de los dos

estaba actuando honestamente. Si realmente querían llegar a conocerse tenían que ser sinceros y dejar de hacer lo que pensaban que el otro esperaba de ellos. El mejor modo de lograrlo era olvidando el pasado, dejando el futuro a un lado de momento y centrándose en el presente. Seguro que podrían arreglárselas bien así.

—¿Por qué no te sientas y me dejas que haga yo los sándwiches?

Claramente feliz de que le dieran esa oportunidad la miró.

—¿Estás segura?

—Por supuesto que estoy segura —dijo ella con una carcajada, contenta de que Hunter hubiera sido sincero, sin necesidad de ninguna explicación por su parte. Se dirigió a la nevera y sacó lo necesario para hacer la cena—. No recuerdo que fueras tan colaborador antes.

—Seguramente no lo era. Pero después de años teniendo un negocio, he aprendido a ponerme, directamente, a hacer lo que hay que hacer.

—Pues eso es verdad —dijo ella y empezó a colocar el jamón sobre el pan—. Yo creo que por eso también les gusto tanto en la cafetería. Como he llevado el hostal durante tanto tiempo, soluciono los problemas y hago el trabajo sin que nadie me diga lo que tengo que hacer.

Abby le preguntó cuáles eran sus condimentos preferidos y Hunter le dijo que la mostaza y el queso. Muy pronto le dio un plato con dos sándwiches.

—Y dime, ¿por qué encontrar una zona pantanosa es tan importante?

—Las tierras pantanosas están protegidas por las leyes federales. Así que hemos decidido construir fuera de ahí, en lugar de intervenir en la zona.

—Parece una buena decisión.

—Seguro que lo es, pues la ha tomado Grant. Él es el que suele solucionar ese tipo de situaciones sobre el terreno en el que se trabaja. Yo llevaba años sin estar ahí —hizo una pausa y sonrió—. Pero me siento tan bien trabajando fuera otra vez, llevando un mono y botas, y hablando con los hombres del barro, que me pregunto si volveré a ser capaz de enfrentarme a un contable o a un abogado otra vez.

A Abby le encantaba el tono animoso de su voz. Le encantaba el brillo de sus ojos de color gris verdoso. De no haber superado ya su enfado, aquella mirada habría sido suficiente para apaciguarla, pero, sobre todo, despertaba su curiosidad.

—¿Así es que tú trabajas con los contables y los abogados?

—Sí. Es duro creerlo, ¿verdad? —dijo, entre bocado y bocado. Ella se dio cuenta de que había desarrollado un tremendo apetito a lo largo de su día de trabajo, de modo que se levantó a hacer más sándwiches.

—Sí, supongo que es difícil de creer —dijo él—. Sin duda, el que parecía condenado a fracasar era yo, mientras que Grant parecía nacido para ser un economista o un abogado. Pero resulta que soy yo el que ha acabado negociando contratos y examinando presupuestos.

Abby se rio.

—Nunca pareciste condenado a fracasar. Si no recuerdo mal, tú tenías más ambición que tres personas juntas.

Él no respondió inmediatamente y, al cabo de un rato, ella se dio cuenta de que quería que lo mirara. Alzó los ojos.

—Si tenía confianza en mí mismo y ambición era por ti.

Decidida a tratar solo con lo que acontecía en el presente y con la realidad, Abby se negó a volver la vista hacia el pasado, pues eso la podía confundir de nuevo. Dejó de lado su orgullo.

—Eso no era así. Siempre supiste qué era lo que querías.

—Sí, pero no sabía cómo podía alcanzarlo, hasta que te conocí a ti y me hiciste darme cuenta de cuáles eran mis virtudes.

—Me alegro de ver que todo te ha ido bien —dijo Abby, y centró su atención en los sándwiches. No le sorprendió que en el momento en que le puso el plato delante empezara a comer.

—Me gustaría que las cosas te hubieran ido igual de bien a ti.

—No te preocupes por mí —dijo Abby, alegre, sin querer dar importancia a su comentario, pues aquel era otro camino que tampoco quería tomar. Su vida, durante el tiempo en que él no había estado allí, se había centrado en la enfermedad de sus padres y su sueño de que él regresara algún día. Ninguno de los dos temas eran adecuados para aquel momento—. Cuéntame más cosas sobre tu trabajo.

—¿Como qué?

—Pues, por ejemplo, qué hace un hombre adulto cuando está todo cubierto de barro.

—Identifica la flora y la fauna.

Eso le provocó a Abby una carcajada.

—¿Identifica qué?

—Veras, antes de decidimos a trabajar en un terreno, mandamos a un especialista que analiza la zona y cataloga las plantas y algunos animales e insectos —hizo una pausa y agitó la cabeza—. Cuando esos tipos dicen que hay que meterse a fondo en el barro, no están bromeando. El de hoy me ha tenido mirando debajo de cada hoja, y me ha obligado a tumbarme en el lodo para no molestar a los insectos que podían estar debajo.

Abby se rio otra vez.

—¡No puede ser!

—Sí, te lo aseguro —dijo él y se estiró, como si se sintiera realmente incómodo—. Yo creo que por eso me duele tanto la espalda.

—A ver —dijo ella, colocando las manos donde él tenía las suyas. Trató de hacer caso omiso del placer que le provocaba sentir su carne bajo los dedos, y de no tener en cuenta el gemido que él había emitido con su tacto.

—Es maravilloso.

—Debes estar realmente cansado.

—Lo estoy.

Lo dijo en un tono tal, que parecía la confesión de una debilidad inconfesable. Que admitiera ante ella que estaba cansado era todo un cumplido.

Quizás había una esperanza, después de todo.

—No estoy acostumbrado a trabajar fuera, pero quizás deba empezar a acostumbrarme. Este es el proyecto más grande en el que Grant o yo— nos hemos embarcado. Eso hace que sea realmente emocionante, pero también me pone nervioso.

Aquella era otra confesión, otro cumplido.

Abby sonrió.

—Hay millones de dólares en juego. Es normal que estés nervioso.

—El dinero es uno de los motivos —admitió Hunter, mientras Abby continuaba dándole un masaje. Él se inclinó hacia ella para

facilitarle el acceso. Sus manos femeninas se deslizaban hacia la parte más estrecha de la espalda, mientras disfrutaba de la confianza que iba poco a poco creciendo entre ellos—. Pero eso no es tan importante como el temor a decepcionar a la comunidad. Si el centro comercial no funciona, la gente perderá sus trabajos, los inversores perderán su dinero y la comunidad perderá los beneficio de la recaudación de impuestos.

—Pero eso no sería el fin del mundo —dijo Abby—. No solo creo que la gente sobreviviría, sino que, además, estoy convencida de que tú no vas a fallar.

El se volvió y le tomó las manos, mirándola de frente.

—¿De verdad piensas que no voy a fallar?

—Por supuesto que lo pienso —dijo ella, riéndose ligeramente ante su grave expresión. El tacto de su mano le provocó un escalofrío y sintió que la conversación se iba haciendo cada vez más cálida—. Tenías la tenacidad y la perseverancia de tres personas cuando te marchaste hace siete años. Has cambiado en muchos aspectos, pero no creo que nadie pueda borrar las marcas de carácter.

Durante unos segundos la estudió en silencio, hasta que sonrió.

—Muchas gracias.

Ella lo miró fijamente.

—¿Por creer en ti?

El asintió.

—Eso es algo que me sale espontáneamente.

Hunter sonrió y Abby también,— Por primera vez desde su regreso, no se sentía nerviosa, ni ansiosa, solo feliz. Y tampoco él estaba siendo agresivo ni analítico, sino que se comportaba tal cual era. Estaba hablando con el verdadero Hunter Wyman aquella noche. Y la sensación era muy agradable.

Hunter se aclaró la garganta y rompió el silencio que había surgido entre ellos.

—Como ya te he dicho antes, me habría gustado que las cosas os hubieran ido a Tyler y ti igual de bien que a mí.

Abby ya había evitado antes que la conversación tomara aquel rumbo, y seguía sin querer entrar en la parte más dolorosa de su pasado. Tampoco quería que él se sintiera mal por algo que no había sido culpa suya.

—Tyler y yo hemos podido salir adelante, y hemos sido felices, que es lo que importa.

—Ser feliz conlleva más de lo que tú piensas, Abby.

Confusa por su tono, lo miró.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, me da la sensación de que Tyler está preocupado por ti.

Abby sonrió.

—Lo sé.

—Quiero decir, realmente preocupado, más de lo que le corresponde a un niño de seis años.

Los posibles motivos por los que hacía aquella afirmación resultaron sospechosos para Abby.

—Habéis estado hablando de mí?

—El solo quería asegurarse de que conocía bien cuál era mi lugar.

—Es por eso que entre los dos ha surgido un vínculo tan rápido —dijo ella en alto, sorprendida de no haberse dado cuenta antes.

—Quería que le demostrara que te apreciaba y que estaba dispuesto hacer las cosas bien contigo.

De pronto, lo que había empezado como una sospecha, se había convertido en una certeza.

—¿Y lo de pedirme que saliera contigo tiene algo que ver con eso de «hacer bien las cosas»?

—Él solo quería la confirmación de que yo no iba a intentar conseguir algo a cambio de nada —dijo Hunter en tono quejoso—. Venga, Abby, son cosas de chicos. Él solo quería protegerte. Para Tyler soy un intruso. Lo único que quiere es que yo aprenda a actuar según las reglas.

—Ya veo —respondió ella en una actitud muy rígida.

—No, no ves nada. Te estás tomando esto muy mal, te lo estás tomando como una mujer.

—Quizás sea porque soy una mujer —respondió ella, y se apartó de él, pues empezaba a sentir ganas de pasar las manos de la espalda al cuello y de estrangularlo. Podía entender que Tyler no se hubiera dado cuenta de que obligar a su padre a que la invitara a salir era humillante, pero Hunter ya era lo suficientemente mayorcito como para darse cuenta de algo así—. Estoy tan furiosa y

tan avergonzada, que no sé a cuál de los dos estrangular.

—No deberías estrangular a nadie. Nuestra intención era buena. Incluso lo de encargar las flores fue idea de Tyler. Quería que te cuidara bien.

Al oír aquello, Abby boqueó indignada.

—¿Tyler te dio la idea de que me enviaras flores?

Hunter tuvo el detalle de parecer avergonzado.

—Yo también habría pensado en algo así, Abby. Pero te estás desviando del tema. Lo que he estado haciendo ha sido escuchar a Tyler y tratar de entender qué era lo que necesitaba. Su necesidad primaria eres tú y tu bienestar, y es el único modo de entrar en su mundo. No había nada siniestro en ello.

—Ni nada romántico —dijo ella, con la voz temblorosa. No sabía si morir de vergüenza o de tristeza. Cada vez que pensaba que había alguna esperanza para ellos, volvía a demostrarle que no era el hombre que ella pensaba que era. Un niño de seis años tenía que decirle que enviara unas flores. Era tan humillante, que felizmente habría desaparecido de allí en aquel instante y para siempre.

—Venga, Abby —trató de camelarla Hunter, aproximándose a ella—. Tú sabes que todo lo que las flores decían era absolutamente cierto.

—¿Sí? —preguntó Abby y levantó la cabeza—. Las rosas rojas simbolizan la pasión y desde donde yo estoy ahora mismo no veo ni un ápice de pasión en ti.

—¿Por qué? ¿Porque me he guiado por el consejo de un amigo? —hizo una pausa y se pasó una mano por la nuca—. Realmente no sé qué quieres de mí. ¿Qué más tengo que hacer para demostrarte que estoy interesado? Te he mandado flores. Te he pedido que saliéramos juntos. De acuerdo, he llegado tarde y no te he podido llevar al cine, pero, a pesar del hecho de que estoy cansado, estaba dispuesto a llevarte a donde hiciera falta.

—Eso me hace sentir aún peor —dijo ella—. ¿Por qué no me dices que te doy lástima?

—¿Qué? —dijo Hunter con la mirada llenándose de furia.

—Enfréntate a la verdad, Hunter —dijo Abby—. Soy la madre de tu hijo, una mujer a la que no has visto desde hace siete años y con la que querrías casarte por conveniencia. Quizás no te dé pena, pero me apuesto todo lo que tengo a que lo que sientes no va mucho más

allá.

Antes de que Abby se diera cuenta, Hunter ya la había tomado en sus brazos y la estaba besando. El beso fue tan repentino que Abby no tuvo ni tiempo de pensar en cómo debía reaccionar, así que, simplemente, reaccionó. Y, no solo respondió besándolo con la misma fiereza y pasión con que la estaba besando él, sino que, para cuando el encuentro acabó, todos los huesos de su cuerpo se habían convertido en gelatina. El calor la envolvía y no había posibilidad alguna de que en su mente sobreviviera ningún pensamiento racional.

—¿Crees que este es el modo en que besa un hombre a una mujer por la que siente pena? —le preguntó Hunter, tomándola de la barbilla y alzándole la cara para poder mirarla a los ojos.

Ella tragó saliva, incapaz de responder.

—Eso es, exactamente, lo que yo pienso —dijo él, la soltó y salió de la cocina.

Ella oyó el golpe de la puerta de su dormitorio y, después, nada más que el tic tac del reloj de la cocina.

Se quedó sin habla, confusa y convencida de que estaba perdiendo el juicio. Su sueño de un romance de cuento se había desvanecido por completo, pero un matrimonio de conveniencia tampoco tenía cabida hasta que no aprendieran a comunicarse. Así que Abby no sabía ya qué les quedaba.

Solo sabía una cosa: si en las cosas que él decía había la mitad de emoción y de pasión de la que había en sus besos, podía prometerle la luna y ella lo creería.

Y eso, podría ser aún peor.

Capítulo 5

CUANDO Hunter bajó a la cocina a la mañana siguiente, Abby olvidó por un momento los huevos que estaba friendo y se volvió hacia él.

—Buenos días —le dijo en tono animoso, con la esperanza de que, si ignoraba lo sucedido la noche anterior, sencillamente se olvidaría.

Pero no tuvo tanta suerte.

Hunter se sentó a la mesa y ni siquiera la miró.

—Buenos días —dijo malhumorado.

—Hola, Hunter —respondió Tyler. Estaba de rodillas en la silla de enfrente a la de su padre. Los ojos le brillaban y tenía una inmensa sonrisa en los labios. El hijo de Abby y de Hunter parecía el niño más feliz de la tierra.

—Hola, Tyler —respondió Hunter, y Abby le puso un plato de huevos con beicon delante—. ¿Qué tal has pasado la noche en casa de Claire y Evan?

—Muy bien. Fue muy divertida. Cody se queda con ellos por la noche —dijo, refiriéndose a que Evan y Claire se habían hecho cargo de uno de los trillizos del fallecido padre de Evan—. Es muy gracioso. Se cae todo el rato, cuando trata de andar, y se pone a llorar.

—Es un bebé —dijo Abby con una carcajada—. Espero que no te rieras de él.

—No. Yo solo lo agarraba y lo ayudaba a ponerse de pie otra vez.

—Eso está muy bien —respondió su madre y se sentó a la mesa.

Después del pequeño diálogo con Tyler, la mesa se quedó en silencio. Abby trató de encontrar algún tema de conversación, pero en su cabeza lo único que tenía era el recuerdo del beso de la noche anterior. Para empeorar un poco las cosas, la actitud de Hunter la confundía aún más. Hasta lo del beso, todo apuntaba a que no había esperanza alguna. Pero no la había besado como un hombre interesado solo en formar con ella una familia, en beneficio de Tyler. Un apasionado beso como aquel solo podía ser fruto de la química. Y, aunque la química no era lo mismo que el amor, era, no

obstante, el signo claro de una atracción.

—Vete arriba y trae tus cosas —le dijo Hunter a Tyler, como un padre que llevara con ellos desde le principio. A Abby le extraño su actitud—. Después, te llevaré al colegio.

—No es necesario —protestó ella, pero Hunter le lanzó una mirada de advertencia.

—Sé que no es necesario —dijo, en el momento en que Tyler ya no estaba en la habitación—. Pero quiero hacerlo.

Ella se dio cuenta de que no solo se estaba refiriendo a Tyler, sino también a sus sentimientos por ella, así que apartó los ojos.

A juzgar por su enfado de aquella mañana, y por el modo en que la había besado, habría podido llegar a creer que realmente la deseaba, y que no solo la necesitaba por ser la madre de su hijo. Pero no podía sacar conclusiones de dos hechos aislados. Habían ocurrido muchas otras cosas. Hunter había necesitado el consejo de su hijo para cortejarla. Quizás había estado tan ocupado durante los pasados siete años, que había olvidado cómo ganarse a una mujer, y eso sería perdonable. Pero también podía llegar a la conclusión de que la química que había entre ellos era solamente sexual, y no le inspiraba grandes sentimientos por ella.

No sabía cuál era el motivo. Lo que sí sabía era que el hombre al que había amado siete años atrás no tenía problemas para demostrar su afecto. Y, puesto que solo los besos le salían naturalmente, tenía que asumir que había cambiado tanto que ya no era el hombre al que había amado una vez. Si se casaba con él por el bien de Tyler, se estaría casando con un extraño.

Estuvo tentada de hablar sobre la situación cuando llegaron las tres mujeres Brewster con los trillizos a desayunar a la cafetería aquella mañana. Pero decidió no hacerlo. Ya estaba lo bastante confusa, como para añadir a la suya, tres opiniones más. Pero, mientras hablaba con ellas, se dio cuenta de las ganas que tenía de volver a ser madre. Aquel sentimiento fue tan intenso que, de pronto, reparó en que un matrimonio con Hunter podría tener unas ramificaciones y repercusiones que no había considerado.

Realmente, lo que querría sería un matrimonio verdadero, no una unión de conveniencia. Eso significaría más niños, idea que la llenaba de alegría, pero que también la obligaba reconocer que sería algo que tendría un impacto muy fuerte sobre Tyler. Aunque

que sus padres se casaran sería algo positivo para él, tener competidores, cuando estaba acostumbrado a ser el único niño, podría resultarle difícil. ¿Y si se casaban y tenían más niños y, Tyler se rebelaba?

0, ¿qué ocurriría si el nuevo Hunter tuviera ideas radicales sobre cómo educar a un niño, que aún no habían salido a la luz?

Peor aún sería, si hubiera cambiado todas su ideas acerca de la vida en general. Dado él comportamiento tan diferente que tenía, quizás sus creencias eran contrarias a las que habían compartido años atrás.

¿Cómo podría tener más niños con un hombre al que no conocía?

Abrumada por todos los problemas potenciales que podían surgir si se casaba con un extraño, Abby decidió allí mismo y en aquel momento, que tenían que olvidarse del matrimonio. Si quitaban ese asunto de en medio, no solo desaparecerían todas las implicaciones negativas que podía tener para Tyler, sino que habría menos posibilidades de que ella acabara con el corazón roto.

Si era realmente sincera consigo misma, tenía que admitir que ese era realmente el problema. Si aceptaba casarse con él, ella le entregaría todo su corazón, cosa que Hunter no estaba segura de que pudiera hacer. Por supuesto que cuidaría de ella, que se encargaría de que nunca le faltara de nada. Y, seguramente, tendrían una maravillosa vida sexual. Pero sin amor, sin el cariño que habían llegado a compartir tiempo atrás, su relación estaría vacía. Y Abby no quería más vacíos. Si Hunter pretendía demostrarle cuánto había cambiado y que no era el príncipe azul, ella tenía que aceptar, entonces, que había llegado el momento de continuar con su vida… de compartirla con otra persona.

Tal vez, el regreso de Hunter no sería el principio, sino el final de la relación.

Pero cuando él llegó a casa aquella noche, a la hora de la cena, lo hizo con un ramo de flores silvestres en la mano, y todo aquel fabuloso razonamiento se esfumó como el humo.

Aquello era algo que el viejo Hunter habría hecho.

—¿Qué es esto? —preguntó ella y tragó saliva al ver que se las entregaba.

—Son flores silvestres del pantano. Pensé que te gustarían.

La simplicidad de aquel detalle le recordó al tipo de cosas que solía hacer cuando eran jóvenes y tuvo que parpadear rápidamente, para impedir que las lágrimas se formaran en sus ojos. No sabía qué le había ocurrido en los años que habían transcurrido, pero aquellas flores casi la compensaban de todo.

—Me encantan. Son preciosas.

—También he hecho una reserva para cenar.

Ella alzó la vista y lo miró.

—He llamado a una niñera, alguien que me ha recomendado el ama de llaves de Grant, la señora Romani.

Casi sucumbe a la dulzura de sus gestos. Todas aquellas cosas eran tan propias de aquel joven Hunter, que ella se habría dejado caer en sus brazos aliviada. Pero el nuevo Hunter era un perspicaz hombre de negocios. Seguramente, había reconocido el error cometido y, sencillamente, había decidido corregirlo. Por muy dulce y adorable que pareciera su gesto, tal vez no era nada más que la rectificación de un hombre decidido a obtener lo que quería.

—Todo esto es maravilloso, Hunter —le dijo en un susurro—. Pero he estado pensando hoy y he llegado a la conclusión de que el único problema que tenemos surge porque tratamos de reavivar un romance que está muerto.

Él empezó a protestar, pero Abby lo detuvo con un gesto de la mano.

—Tyler y tú os lleváis muy bien, y nosotros no tenemos problemas cuando hablamos del niño. Somos una familia bien avenida —tragó saliva—. El problema llega cuando tratamos de hacer de lo nuestro algo más. Así que, por el bien de Tyler, creo que deberíamos olvidarnos del matrimonio.

Hunter juró entre dientes, negó con la cabeza y la miró directamente.

—¿Sabes qué? Que no me creo tus motivos.

Su rabia transformó la tristeza de Abby en confusión.

—¿Que no te los crees? No hay nada que tengas que creer o dejar de creer. Yo solo estoy dando constancia de un hecho. Nos llevamos muy bien, hasta que hablas de matrimonio. Entonces todo se pone patas arriba.

—Sí, estoy de acuerdo con eso. Pero no me creo que estés haciendo esto por Tyler.

Sorprendida, se llevó la mano al pecho:

—Es la verdad.

Él negó una vez más.

—No, no lo es. La verdad es que no quieres salir herida, así que ni tan siquiera lo intentas. Ni siquiera me das la oportunidad de hacerte ver que tengo razón.

Si hubiera dicho la palabra «amor», tal vez se habría dejado vencer. Pero al escuchar que de lo que se trataba era de que ella «viera que tenía razón», Abby sintió que le había roto el corazón. En aquel instante se dio cuenta de hasta qué punto había querido que le dijera aquella palabra de cuatro letras, y también reconoció que ese era el problema. Siete años atrás, no había puesto en duda su amor, hasta que se marchó de la ciudad. Pero, tras su ida, había sentido, de repente, que ya no la amaba. Por fin, había regresado, dispuesto a casarse con ella, pero no sabía qué hacer.

Necesitaba desesperadamente que la convenciera de que la quería, y que también la había amado entonces, y la amaría siempre. Sin embargo, lo único que quería era hacer que «viera que tenía razón».

Profundamente herida, miró directamente a aquellos hermosos ojos.

—Yo no quiero «ver que tienes razón» —dijo ella—. Y, cuando me case, lo haré por amor, porque, pienses tú lo que pienses, no sería bueno para Tyler ver un matrimonio sin amor. Así es que no me voy a casar contigo. Porque, lo creas o no, me niego a hacer algo que podría dañar a mi hijo. Si sigues queriendo quedarte en el hostal, me parece una buena idea, pero no habrá ningún tipo de relación personal entre tú y yo. Esa es mi propuesta. La tomas o la dejas.

—¿Sabes qué, Abby? —agarró· la chaqueta que había dejado en el respaldo de la silla—. Creo que me voy a ir. Encontraré otro lugar para quedarme, y ya estipularíamos un plan de visitas, porque pienso que tu «propuesta» apesta.

Luego la sorprendió, al tomar su mano y ponerle las flores en ella.

—Recogí esto para ti —dijo—. Porque me recordaban a ti. Sé que te encantan. Son tuyas.

Se dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta, decidido a no

mirar atrás. Sabía que tendría que volver por sus cosas, pero eso sería todo. Abby acababa de confirmar la opinión que se había formado sobre las relaciones en su primer matrimonio. No porque rechazara sus muestras de afecto, que lo había hecho y dolía, sino porque era muy obstinada. Si las cosas no eran como ella esperaba que fueran, sencillamente no las quería.

Sin tener ningún lugar a dónde ir, Hunter se dirigió a la mansión de los Brewster. Grant abrió la puerta en cuanto el timbre sonó.

—¿Qué te pasa? —le preguntó, invitándolo a pasar.

—Estoy aburrido. Necesito trabajar.

—Bueno, en eso sí que te puedo ayudar —dijo Grant con una carcajada, mientras Hunter se quitaba la chaqueta—. Vamos al estudio.

Hunter lo siguió a lo largo del pasillo. Grant se sentó tras el escritorio y en el inmenso sillón de cuero. Hunter se sentó en el asiento de enfrente.

Grant se puso a mirar unos papeles.

—Así que Abby y tú os habéis peleado.

Hunter no estaba de humor para discutir nada de eso.

—No —respondió, apretando el brazo del sillón.

—Ya —dijo Grant sin dejar de mirar los papeles—. Eso es raro, porque sería la única razón que te impediría pasar tiempo con tu hijo.

—Tyler no estaba en casa. Estaba jugando con sus amigos.

Grant alzó la cabeza.

—¿A estas horas de la noche?

—No es... —Hunter miró por la ventana y vio que era de noche—. Sí, supongo que es tarde.

—¿Dónde está Tyler?

Hunter se removió inquieto.

—No lo sé. Abby y yo nos pusimos a pelear antes de que pudiera preguntarle por él.

—Relájate —le dijo Grant, consciente de que su amigo se sentía incómodo—. No es fácil acostumbrarse a la idea de ser padre. Deberías habernos visto a Eve y a Chas la primera semana que nos ocupamos de los trillizos. No sabíamos ni cómo hervir agua, y resulta que teníamos a nuestro cargo a tres bebés. Fue tremendo. Menos mal que teníamos a Claire.

—¿Cómo lo lleváis ahora?

—Prueba, error.., y repetición. Cuando uno hace el número de veces necesarias, llega a mecanizarse.

—Eso no me excusa, Grant. Debería ser lo suficientemente listo como para preguntar por mi hijo antes de salir como un torbellino de la casa.

—En tres ocasiones hicimos planes sin habernos planteado que teníamos a los trillizos. Si no nos hubiéramos dado cuenta a tiempo, habríamos dejado a tres bebés solos en la casa —Grant dejó de rebuscar entre los papeles y suspiró—. Sencillamente, perdónate a ti mismo y sigue adelante.

—Ese es el problema, que no sé cómo seguir. Creo que he quemado demasiados puentes hoy, diciéndole a Abby que iba a buscar otro sitio donde quedarme, y que ya estipularíamos un plan de visitas.

—¡Guau! —dijo Kristen, la mujer de Grant, que estaba en la puerta del estudio—. Hunter, eso es tremendamente cruel.

—No era mi intención ser cruel —dijo Hunter—. Pero me salió todo antes de que pudiera contenerme.

—Si me das más detalles, tal vez pueda entender lo sucedido —sugirió Kristen.

—No. De momento quiero que todo esto quede entre Abby y yo —dijo Hunter.

—Lo que tienes que hacer es regresar y arreglar las cosas con ella —empezó a decir Grant, pero Hunter lo interrumpió.

—Necesito algo sobre lo que trabajar, Grant. Eso es lo que necesito. El trabajo es lo único que realmente tiene sentido para mí. Es lo único que puedo controlar, que me eleva la autoestima. Quiero trabajar.

—¿Quieres trabajar o esconderte detrás del trabajo?

—Grant, simplemente dame las especificaciones de —la estructura de hierro para poder empezar a pedir presupuestos.

Grant miró a su amigo, pero Hunter ni siquiera parpadeó. Finalmente, Grant cedió y buscó los documentos. Hunter hizo un rollo con ellos y se dirigió hacia la salida. Cuando llegó, Kristen estaba esperándolo, con la chaqueta en la mano.

—Sabes que te puedes quedar aquí, si quieres, ¿verdad? —le dijo ella.

Hunter inspiró profundamente.

—Es tentador, pero creo que es mejor que me vaya. Estuve en el hotel antes de trasladarme al hostal. Volveré allí.

Capítulo 6

HUNTER no durmió en el hostal aquella noche, pero, como Abby sabía que regresaría por sus cosas, esperaba que apareciera en cualquier momento después de trabajar.

Entró en la cocina, totalmente cubierto de barro y con aspecto cansado.

—Hola.

—Hola.

—He venido por mis cosas —dijo cuidadosamente, dirigiéndose hacia el recibidor. De pronto, se detuvo, al darse cuenta de que lo iba ensuciar todo—. Quizás no sea una buena idea que lo haga ahora.

Abby, sin embargo, pensaba que no iba a haber otro momento mejor. No solo porque Tyler estaba fuera con sus amigos, sino porque, según recordaba, él se había marchado porque ella no estaba dispuesta a permitirle que se quedara allí, si su relación no era estrictamente platónica. Como había insistido en irse, ella temía que eso significara que él tenía intenciones de perseguirla. Pero, para Abby, Hunter había probado que no era ya el hombre que la había amado. No estaba dispuesta a tener una relación con un completo extraño.

Era mejor que se fuera de la casa antes de que la situación se hiciera aún más confusa.

—¿Qué te parece si te das una ducha en el baño de abajo y yo te traigo algo de ropa de arriba?

El sonrió tímidamente.

—Sí, eso estaría bien. Después podría recoger las cosas de mi habitación. Te llamaré para ver cuando puedo ver a Tyler.

Su cortesía le provocó cierto remordimiento por su falta de hospitalidad. Al fin y al cabo, lo de estar allí en la casa era algo que hacía Hunter para llegar a conocer a Tyler.

—También podrías quedarte a cenar, si quieres. A Tyler le gustaría que lo hicieras. Puedes, incluso, ayudarlo con los deberes del colegio. Ya concretaremos lo de las visitas antes de que te vayas.

—De acuerdo —dijo él, asintiendo.

—Bien —afirmó ella en un tono extraño—. Te dejaré la ropa a la

puerta del baño. La cena estará preparada en unos veinte minutos.

Hunter se dirigió hacia el baño y Abby salió de la cocina en dirección al dormitorio. Entró en su habitación sin reparo alguno. Pero, cuando se dio cuenta de que el armario estaba vacío, sintió cierta inquietud, al tener que invadir su privacidad. Sentía que estaba metiéndose en su vida, cuando él no quería compartirla con ella, al menos no de un modo personal e íntimo, como la habían compartido siete años atrás. Se dio cuenta de que lo que realmente le molestaba era lo tremendamente reservado que se había vuelto, y cómo eso le impedía acercarse a él.

Pero, mientras buscaba una camisa y unos pantalones, Abby se planteó una pregunta. ¿Y si su incapacidad de llevarse bien no era porque Hunter no le permitiera meterse en su vida, dado que no tenía una vida privada? De lo único que aquel hombre hablaba con pasión era de su hijo y de su trabájo. El hecho de que fuera de un lado a otro con una maleta era un indicativo de que era un hombre solitario, posiblemente la persona más sola que ella conocía.

Despreció aquel pensamiento, relegándolo al apartado de cosas que no eran de su incumbencia, agarró la ropa y la llevó hasta la puerta del baño, tal y como le había prometido.

Cuando Tyler llegó, Abby lo mandó a asearse para poder cenar.

Ya estaba dándole los últimos toques a la cena, cuando ambos, Hunter y Tyler, se presentaron ante ella, limpios y dispuestos a comer.

—Yo pondré los platos —dijo Hunter.

—Yo, los cubiertos —dijo Tyler, rápidamente.

—De acuerdo, yo pondré la cena —dijo Abby.

Se sentía mucho más cómoda cuando no estaba a solas con Hunter, pues este no se mostraba tan frío, ni cabía la posibilidad de que se despertara ninguna profunda u oscura pasión entre ellos.

Como propietaria de un hostal, sabía hacer que la gente se sintiera cómoda y, mientras viera a Hunter como a un huésped solitario y cansado, sabría cómo tratarlo.

—¿Qué tal te ha ido el día? —le preguntó ella, cuando se sentaron a comer.

—Ajetreado —dijo Hunter, al mismo tiempo que habló Tyler.

—Espantoso —respondió el niño.

Los dos se volvieron hacia él.

—¿Por qué? —preguntó Hunter antes de que Abby tuviera la oportunidad de decir nada.

—Jimmy Parker me ha llamado «idiota».

—Pero tú no eres idiota —dijo Abby, mientras aplastaba una patata con el tenedor—. No le hagas caso.

—Me dijo que era un «gordo idiota».

—Tampoco estás gordo —dijo Abby—. Y tú sabes que Jimmy Parker se comporta como un matón muchas veces. No le hagas caso y te dejará en paz.

Mientras Abby le daba a su hijo un consejo razonable, Hunter fruncía el ceño.

—¿Desde cuando se mete contigo?

—Desde siempre.

—¿Qué significa «siempre»?

—Desde que estábamos en preescolar —respondió Abby, sin darle importancia, creyendo que todo lo que hacía Hunter era recabar información, sin darse cuenta de que estaba descompuesto.

Por desgracia, el siguiente comentario dejó muy claro que había problemas.

—¿Parker? —dijo Hunter. Se quedó pensativo, pero sin ser capaz de ocultar que estaba tramando una venganza—. ¿Es el hijo del director del banco?

—El nieto —respondió Abby—. Pero no hace falta sacar las cosas de quicio. Recuerda que estás hablando de niños de seis años. En pocos días, se les habrá pasado.

Pero con aquella defensiva reacción al problema de Tyler, para Abby todas las piezas encajaron de repente. Por primera vez, desde el regreso de Hunter, Abby intuyó cómo debía manejar la situación, incluso se dio cuenta de que tenía cierto control.

Hunter era un hombre soltero que dirigía una gran empresa a la que le dedicaba gran parte de su tiempo. Eso le impedía tener una vida personal. Con Tyler había encontrado lo que le faltaba, algo por lo que vivir, alguien a quien amar. Por eso Tyler era tan importante para él. Incluso estaba dispuesto a casarse con una mujer a la que no conocía, para que el niño pasara a formar parte de su vida, y obtener las pequeñas dosis de amor que necesitaba.

—Para mañana a estas horas, Parker puede haberse convertido en el mejor amigo de Tyler. Están peleándose todo el día porque

son los dos niños más inteligentes de la clase. A veces se hacen amigos. Pero a menudo les sale la vena competitiva.

—¿La vena competitiva? —preguntó Hunter, animosamente curioso.

—Sí, Hunter, Tyler tiene una vena competitiva —dijo Abby con una risa—. Es todo un hombre.

—¿Practicas algún deporte? —le preguntó Hunter.

Tyler sonrió.

—Sí, juego al fútbol.

—Siempre se queda después de las clases —le explicó Abby. Al ver que el rostro de Hunter se iluminaba, sus sospechas se vieron confirmadas. Hunter necesitaba que Tyler fuera parte de su vida.

En cuanto acabaron de cenar, ella se ofreció a fregar los platos, para que Hunter ayudara a Tyler a hacer los deberes. Una vez más, Hunter aceptó gustoso. Mientras fregaba los platos y los secaba, pudo ver cómo su hijo disfrutaba de la compañía de otro hombre. Lo veía reírse, pelearse y ser feliz, mientras Hunter cada vez parecía más contento.

Ya sabía lo que tenía que hacer.

Cuando Tyler se fue a su habitación para empezar a prepararse para el baño, Hunter anunció que iría arriba por sus cosas.

—No —le dijo ella.

Él frunció el ceño.

—¿No, qué?

—Que no te vayas —le dijo, con un suspiro resignado—. Tyler te adora. Y tú lo adoras a él. Necesitáis establecer un vínculo y el mejor modo es estando tú aquí.

—¿Estás segura? —preguntó él calmadamente.

Ella asintió, levantó la cabeza y sonrió. Pero al mirarlo a los ojos descubrió una expresión seria y preocupada, y tuvo tentaciones de pensárselo dos veces. Porque acababa de sentir una atracción que nada tenía que ver con el pasado. No era el hombre de antaño, el hombre al que había amado. Pero seguía siendo alguien honesto y decente. La madurez le había dado una integridad que no tenía cuando se marchó y, de algún modo, eso lo hacía aún más atractivo.

Si a eso se añadía su físico extraordinario, su sensualidad y su simpatía que todavía estaba en el fondo de su personalidad, Abby se dio cuenta de algo que no había sido capaz de ver hasta entonces.

Aunque hubiera cambiado, podría fácilmente amar al hombre en quien se había convertido. Quizás, incluso más que al muchacho que la había abandonado.

Pero no estaba segura de que ese hombre pudiera amarla a ella. No estaba segura de que pudiera amar a nadie, con la excepción de Tyler. Su conversación siempre giraba entorno a su trabajo. No sabía qué había hecho durante los pasados siete años, excepto trabajar. Y, aunque una mujer debía preguntarse cómo podía amar a alguien que no veía más que contratos y trabajo, Abby, de pronto, se dio cuenta de que eso era, en parte, lo que la atraía de él. Además, la necesitaba. Y sentirse necesitaba era tan tentador como el intenso deseo de casarse con él con la esperanza de que algún día llegara a revivir su amor. Si lo tenía viviendo en casa, la tentación sería cada vez mayor.

Por supuesto, era una mujer adulta y madura, que se suponía capaz de solucionar cosas como esa y de mantener la calma, en orden a proteger a su hijo y anteponerlo a sus deseos personales.

Asintió otra vez.

—Estoy segura —dijo, y lo miró a los ojos—. Pero, Hunter, no he cambiado de idea respecto a lo que dije anoche. Creo, también, que deberíamos estipular una serie de reglas.

—¿Reglas?

—No solo para ti y Tyler, sino también para nosotros dos.

—Entiendo que quieras imponer reglas para la relación entre Tyler y yo. No quiero desdecir nada que tú le hayas enseñado —hizo una pausa y suspiró, porque acababa de olvidar lo que iba a decir. Lo que habría deseado hacer en aquel momento era besarla. Su boca estaba a solo unos centímetros por debajo de la suya, porque, como siempre que quería dejar algo claro, se acercaba mucho. No podía dejar de pensar en los.besos que habían compartido, en el hecho de que ella todavía sentía algo por él, en el modo en que era capaz de inflamar su deseo solo con una mirada. Pero, por desgracia, siempre había un último pensamiento que lo llevaba de vuelta a la realidad.

Ella tenía unos ojos inocentes y maravillosos, porque efectivamente era una persona inocente y maravillosa. Todavía creía en el amor, en el tipo de romances que tienen lugar en los cuentos de hadas, y había llegado a la conclusión de que eso era lo

que ella quería de él. Pero él no creía en el amor. Lo único bueno que había encontrado en su vida había sido ella. Para él, la posibilidad de un romance estaba muerta. Incluso los romances apasionados tenían un final. Ya no eran la pareja perfecta, y, si se casaban solo por Tyler, podía acabar haciéndole mucho daño a ella. No quería hacerle daño, ni siquiera por accidente.

Él retrocedió y tragó saliva.

—También entiendo que quieras imponer una serie de reglas para ti y para mí —no solo sabía que no podían volver al pasado, también sabía que era más culpa suya que de ella. No podía cambiar de opinión respecto a la vida, al amor, a la gente. El daño ya estaba hecho.

—¿Y tú estás de acuerdo con mi propuesta?

—Sí —le dijo, sobre todo porque no quería herirla. Si se casaban, ella lo haría poniendo en ello todo su corazón, con una visión idealista de lo que llegaría a ser. Cuando descubriera que su amor incondicional no era recíproco, le haría daño.

Pero, al mismo tiempo, pensó que no era totalmente cierto aquello. Dolor no sería lo único que sacaría del matrimonio. Ella estaba tan sola como él. Estaba soltera, sin dinero y luchando por criar a un hijo. Con un poco de tiempo, se daría cuenta de que si se casaba con él, su vida sería mucho más fácil. Podía darle todo cuanto quisiera, resolver sus problemas financieros, incluso facilitarle el que dejara de trabajar en la cafetería. También asumiría parte de la carga de educar a un niño. Con la vida tan difícil que tenía, no podía creerse que un matrimonio solo fuera a suponer cosas malas para ella. Estaba claro que, tarde o temprano, acabaría dándose cuenta de los beneficios que le reportaría.

Se maldijo a sí mismo por su propia estupidez. La había forzado demasiado y muy rápido, sin darle la oportunidad de llegar a las mismas lógicas conclusiones que él había llegado.

El último beso compartido apareció en su memoria y no recordó la pasión, sino que la sintió. Todo su cuerpo se estremeció. Pero lo que más lo afectaba era el modo en que ella había respondido. Definitivamente, sentía algo por él. No podía ser amor después de solo una semana de estar juntos, pero sí era algo lo suficientemente fuerte como para demostrarle que un matrimonio entre ellos dos funcionaría.

Sin esfuerzo alguno por su parte, se le ocurrió un plan para convencerla de que una buena amistad y las posibilidades de una buena vida eran bases más estables para un matrimonio que el amor. Pero sabía que tenían que mantener una relación platónica para poder acercarse a ella y poder poner en marcha su plan. Así podría ver todas esas otras cosas que le estaba ofreciendo.

—De acuerdo. Realmente, quiero llegar a conocer a Tyler y él quiere conocerme a mí. Seguimos tus reglas —dijo él, se dio media vuelta y salió de la habitación, pues se sentía como si acabara de mentirle a su profesora favorita.

En realidad, no la estaba engañando. Simplemente le estaba dando tiempo para que llegara a conocerlo, y se diera cuenta de que podía ser un buen marido. Tal vez, no sería capaz de ofrecerle un romance de cuento de hadas, pero podría cuidar de ella y de Tyler.

Ya era una persona madura, y pronto se daría cuenta de que era el mundo real lo que importaba.

—¡Mamá, mamá! ¡Levántate! Hunter está haciendo tortitas.

Abby abrió los ojos, adormilada, y volvió la cabeza para mirar el reloj de la mesilla. Cuando se dio cuenta de que eran casi las ocho y media, saltó de la cama y corrió hacia la puerta.

—¡Tyler! —gritó—. ¡Vete a vestir a toda prisa que vas a llegar tarde al colegio!

Tyler se rio.

—¡Pero si es sábado!

Abby, que se estaba peinando el pelo con los dedos, se detuvo de golpe.

—¿Es sábado?

—Sí, y Hunter está haciendo tortitas.

—¿De verdad? —dijo Abby que se había quedado paralizada en el pasillo, mientras trataba de orientarse.

—Sí —repitió el niño—. Y ha dicho que si quieres comerte alguna caliente, tendrás que bajar en cuestión de cinco minutos.

Abby se aclaró la garganta.

—De acuerdo. Dile que enseguida bajo..

Pero en la ducha, experimentó un momento de pánico. Las últimas tres semanas habían sido estupendas. Por primera vez en su

vida, Tyler tenía un padre y eso le hacía feliz. Hunter también estaba contento. Y ella empezaba a sentir pánico.

La verdad era que parecían una familia. El único paso que no habían dado Hunter y ella era el de establecer una relación romántica. Pero estaba tentada. Y ese era el problema. 0, al menos, parte del problema. La otra parte, era Tyler.

El hostal no había tenido ni un solo huésped desde que Hunter se había trasladado allí. Pero, por suerte, no había tenido que escatimar, pues él estaba compensando económicamente las carencias que tenían. Hunter llevaba a Tyler al colegio y le había comprado una chaqueta, pantalones y zapatos. Su colada se mezclaba con la de ellos dos. Y, después de tres semanas de vida en familia, ella no podía sino preguntarse qué estaría sacando en conclusión su hijo de todo aquello.

Una vez en la cocina, al ver a Hunter con la espumadera en al mano, haciendo tortitas con el niño a su lado, Abby se preguntó si no se estaba preocupando por nada. Hunter estaba feliz. Tyler, también. Y ella iba a desayunar tortitas. ¿Por qué preocuparse innecesariamente?

—¿Dónde aprendiste a hacer tortitas? —preguntó al entrar, para anunciar su presencia. Los dos se volvieron hacia ella con una sonrisa.

—Viviendo solo —dijo Hunter—. Soy un estupendo cocinero.

—Sí, ya lo veo —dijo ella, recordando la cena tan deliciosa que había hecho poco después de su llegada—. Yo sacaré los platos.

Pero se dio cuenta de que estaban ya en la mesa.

—Lo preparo todo de antemano.

—Muy organizado —dijo Abby y se sentó a la mesa.

Con un Hunter comportándose como un auténtico caballero y ese físico que lo convertía en la fantasía viva de cualquier mujer, le era difícil concentrarse solo en Tyler, y todavía más difícil pensar que la suya era solo una relación platónica. Especialmente, sabiendo que Hunter no quería una relación platónica. Ella era la que había establecido las reglas. Y, después de tres semanas felices con él, ya no podía recordar por qué.

Mientras lo miraba, se permitió a sí misma el lujo de preguntarse qué habría ocurrido si hubiera dicho que sí a su propuesta de matrimonio cuando se lo había pedido, y sintió un

fuerte calor por todo el cuerpo. Aunque no la amara, era un hombre dulce, sensual y tan guapo que la dejaba sin respiración. Seguro que el tiempo podría hacer que su amor creciera. La había querido en el pasado, y la había besado como un hombre que podía volver a encontrar la pasión en su vida, si le daban la oportunidad.

Pero si se casaba con él en el punto en el que estaban, no necesitaría volver a encontrar la pasión, porque tendría todo lo que quería: a Tyler, un matrimonio, una casa, seguridad. No tendría necesidad alguna de ese amor intenso e íntimo que ella quería tan desesperadamente de él. De modo que continuaría exactamente en la misma posición en la que estaba en aquel momento.

Excepto que podría disfrutar de aquellos maravillosos besos, y harían el amor. Se estremeció al pensar en eso.

Por suerte, Hunter no se dio cuenta. —Ser organizado no es ningún crimen.

—No, claro que no es un crimen —lo defendió Tyler y Abby se rio, feliz de dejar de pensar en lo que estaba pensando.

En cuestión de minutos, Hunter ya tenía el desayuno preparado. Abby bebió café y se comió las deliciosas cortitas, un placer único. Si se casaba con él, podría tener desayunos como aquel todos los sábados, pero jamas tendría su amor.

—Tyler, si no vas a hacer nada especial, creo que podrías venirte a la obra conmigo —dijo Hunter y Abby casi se atraganta.

—¡No puede ir allí!

—Claro que puede —dijo Hunter.

—Venga, mamá —respondió Tyler al mismo tiempo.

—Lo digo en serio. Eres demasiado pequeño. Te puedes hacer daño.

—No un sábado —le aseguró Hunter—. No habrá nadie allí, solo Grant y yo, que tenemos que pedir un par de presupuestos. No será mucho rato, solo hasta las doce. Así Tyler no se aburrirá.

Abby lo miró fijamente. Quería concederle todo el Tiempo del mundo para que estuviera con su hijo y sabía yue Hunter cuidaría bien de él, pero en el momento en que miró aquellos ojos grises verdosos, perdió toda capacidad de pensamiento coherente. Recordó el modo en que la había besado a los pocos días de llegar a su casa, y las sensaciones que había sentido sustituyeron al re

cerdo.

—Por favor, mami…

La voz de Tyler interrumpió sus pensamientos. Agitó la cabeza para regresar a la realidad.

—De acuerdo. Podéis iros. Yo limpiaré la cocina.

—Y después te llevaremos por ahí a comer —dijo Hunter, como si acabara de decidirlo.

Abby lo miró como avisándole de que no sobrepasara sus límites y él le respondió con otra mirada que le garantizaba que conocía las reglas. Ella suspiró.

—De acuerdo.

Pero, en el momento en que los vio salir por la puerta, se sintió mal. Se preguntó una vez más qué impresión le estarían dando a Tyler, y llegó a la conclusión de que era demasiado joven para preocuparse por las cosas por las que ella se preocupaba.

—Tengo algo que decirte sobre nuestra relación.

Hunter alzó la cabeza y miró a Abby que estaba allí, en el porche, delante de él, vestida con unos vaqueros, una camiseta, y su pelo voluminoso revoloteando alrededor de la cara. Hunter sintió que el momento para el que había estado trabajando durante cuatro largas semanas estaba a punto de llegar.

—Siéntate —le dijo, señalando el trozo del asiento del columpio que quedaba libre.

Claramente nerviosa, se sentó. Antes de hablar, se pasó la lengua por los labios.

—Estoy preocupada por la impresión que se está llevando Tyler.

Hunter no pudo evitar reírse.

—¿Qué es lo que te parece mal? Yo creo que debe pensar que es el muchacho más afortunado de la tierra.

Ella se pasó la lengua por los labios.

—Ese es el problema. No tenemos una relación sincera y le estamos dando una imagen falsa de lo que ocurre cuando una mujer y un hombre viven juntos.

—¿A qué te refieres? —preguntó Hunter, aunque sabía exactamente qué quería decir. Tyler estaba viendo una vida sin conflictos, sin calor, sin verdad.

—Bueno, si estuviéramos viviendo juntos por otro motivo que

no fuera Tyler, nos comportaríamos de un modo distinto el uno con el otro —se detuvo un momento y lo miró—. Haríamos… cosas.

Mientras que él estaba pensando en discusiones, ella hablaba de besos, de tacto, de afecto y palabras de amor. Podía leerlo en sus ojos. Y podía ver también que había esperanza y, por primera vez, se sintió culpable.

Se pasó la mano por la boca y expiró con fuerza. No había olvidado que ella era una soñadora. Pero había llegado a creer que siete años de problemas económicos y de soledad habrían atemperado sus ideas sobre la vida y el amor, dándole un carácter más práctico. De haber sido así, cuando él le hubiera dado todos sus motivos racionales para un matrimonio, ella habría descartado su visión de cuento de hadas y la habría puesto en el mundo que le correspondía: el de la ficción.

—Sí, seguramente discutiríamos más —sugirió él, para dejar claro su punto de vista, mientras se alejaba de ella.

—Quizás —dijo ella, agarrándole la mano para evitar que se apartara—. Pero eso no es malo si es sincero. Y quizás también le mostraríamos otras cosas.

—No hay buenas cosas —dijo Hunter rápidamente, sin pensar, con los ojos llenos de dolor—. Maldita sea, Abby, deja de mirarme así —se levantó del columpio—. Sé, por experiencia, que el matrimonio no es tan maravilloso como tú y yo nos habíamos imaginado de niños. Es cierto que le daríamos a Tyler mucha seguridad, pero si estás sugiriendo lo que creo que estás sugiriendo, no puedo permitir que sigas ajena a la realidad.

Maldijo dentro de su cabeza y comenzó a pasear de un lado a otro del porche. ¿Por qué no podía dejarla ajena a la realidad? Nadie lo había advertido a él.

Pero aquella era Abby, y no podía hacerle daño deliberadamente.

—De acuerdo, Abby, tengo que ser sincero contigo. El matrimonio no es lo que tú piensas que es.

Ella lo miró fijamente.

—¿Y tú lo sabes por experiencia?

Su pregunta lo dejó paralizado.

—¿No sabías que había estado casado?

Ella se enderezó.

—No, no lo sabía.

—¡Cielo santo! —dijo él, y se pasó los dedos por el pelo—. Abby, cariño, han pasado siete años —le dijo suavemente y se volvió a sentar en el columpio—. No he vivido en el celibato y tampoco he sido bueno siempre.

Abby se tensó.

—Ya veo.

—¡Maldita sea! —dijo él, y se pasó los dedos por el pelo otra vez —. Creo que no te das cuenta —empezaba a estar furioso, porque lo hacía sentir mal—. Me marché de aquí solo, sin dinero, furioso con el mundo. Al principio, empecé a salir con gente porque necesitaba compañía. Después, empecé a trabajar, conseguí salir adelante.

—Eso no suena mal.

—No, esa parte no. Pero lo que no sabes es que, muchas veces, un tipo de mujer muy particular llega junto al dinero.

—Ya...

Se pasó la mano por el pelo otra vez

—¡Déjalo ya! ¡Tampoco fui tan malo!

—Nunca dije que lo fueras.

—Y no me casé con ninguna de esas mujeres que me perseguían porque tenía dinero. Me casé con una mujer con la que trabajaba, y que me había ayudado, literalmente, a construir la compañía. Por eso tenía muchas bazas en su poder cuando me llevó a juicio, después del divorcio, para quedarse con la mitad de la empresa. La quería... La quería incluso después de que se acostara con el capataz y tratara de quitarme todo aquello por lo que había luchado.

Cuanto más trataba de reconfortar a Abby con sus explicaciones, más daño le hacía. Habría sido más fácil entender que se hubiera casado con una de esas mujeres que lo perseguían por su dinero. Pero pensar que se había enamorado, mientras ella estaba en casa criando a su hijo, esperando a que regresara, era más de lo que podía soportar.

—¿Sigues enamorado de ella? —le preguntó.

Hunter suspiró.

—No. En primer lugar, si no llega a ser porque Grant ha invertido en lo que me quedaba de empresa, me habría arruinado. Segundo, aunque me gustaba la pasión sexual que había, odiaba las peleas que venían asociadas.

—Pelear no es parte de la pasión.

Él se rio.

—Eso es lo que tú crees.

—¿Y es por eso por lo que te controlas tanto? —le preguntó Abby, con el corazón destrozado. Había amado a otra persona. Había sido apasionado con otra persona. Y ya no era nada. Era rico, amistoso, honesto e, incluso, sincero, pero no volvería a ser apasionado jamás.

No volvería a amar.

—Por eso no deberías confiar en mí —le dijo Hunter—. Mi intención era haberte convencido para que nos casáramos, pero ahora que te he contado mi vida, ya no quiero que tengamos una relación. Quiero que te mantengas alejada de mí.

—De acuerdo —dijo ella, tan herida que no podía casi ni moverse, ni respirar.

—¿Quieres que me vaya?

Ella lo miró.

—No lo sé. Eres bueno para Tyler —hizo una pausa, dejando a un lado sus sentimientos y considerando qué era lo mejor para su hijo—. Pero creo que deberíamos explicarle que tenemos una situación atípica, porque, lo que está claro es que nunca va a tener una familia en el sentido tradicional. Creo que es importante que él sepa qué es lo que realmente tenemos.

Abby evitó pensar en la dolorosa realidad. Jamás se casaría con Hunter Wyman, y menos por amor.

—¿Crees que eso funcionará?

—No es lo mismo que unos padres que no se llevan bien —dijo Abby calmadamente, aunque sentía un profundo dolor en el corazón. Solo quería correr a su habitación y darle puñetazos a una almohada, o gritar, o llorar—. Es importante que entienda que, aunque vivimos juntos, no estamos casados, y no tenemos intención alguna de casamos.

Hunter respiró profundamente.

—De acuerdo.

—Bien —Abby se levantó del columpio. Se preguntó cómo sus piernas temblorosas la estaban sujetando y se sorprendió al llegar a su habitación de haber aguantado hasta allí sin derramar una lágrima.

Todo lo que había deseado durante siete años había sido solo fantasía, un cuento de hadas… una mentira.

Capítulo 7

LA CUESTIÓN es, Tyler —dijo Hunter, terminando la especie de discurso que le había dado a su hijo y durante el cual se había sentido incómodo y culpable—. Que tu madre y yo no estamos casados ni tenemos intenciones de casarnos, pero como los dos te queremos, vamos a vivir contigo.

No entendía por qué Abby le había dejado la entrada libre a su casa y a la vida de su hijo, si se sentía tan infeliz. Porque, por el dolor de su mirada estaba claro que se encontraba muy mal. A pesar de todo, allí estaba, sentada, permitiéndole, generosamente, ser el padre de Tyler sin restricción alguna. Saber que él era la causa de esa tristeza le producía un hondo pesar y un torbellino de emociones. Pero lo ignoró todo, reconociendo que no podía cambiar ni sus circunstancias ni su pasado.

—No queremos que te equivoques con la situación —dijo Abby, tocándolo en el antebrazo para captar su atención. El pequeño volvió hacia ella sus ojos grises verdosos—. No queremos que abrigues falsas esperanzas de que puede llegar a ocurrir algo que no va a pasar.

—¿Hunter va a seguir viviendo aquí? —le preguntó el niño.

Abby asintió.

—Sí —dijo Hunter enfáticamente.

—¿Y todo va a seguir como hasta ahora?

Hunter asintió.

—Por supuesto.

Tyler se encogió de hombros.

—Bien —dijo, y se levantó de la silla—. Me voy fuera a jugar con Jimmy.

—¿Jimmy Parker? —preguntó Hunter con curiosidad, sabiendo que aquel era el mismo niño que se había metido con él solo unas semanas antes.

Pero Abby interrumpió.

—¿Estás seguro de que entiendes la situación?

Tyler se encogió de hombros una vez más, con indiferencia.

—Sí.

—Entonces te puedes ir —dijo ella y se levantó de la silla. Tyler

salió por la puerta trasera.

—Bueno, la cosa ha ido muy bien —dijo él, aliviado.

—Sí —dijo ella, con una sonrisa tensa, mientras se desataba el delantal. Sin decir nada más, se dispuso a salir de la cocina.

—¿A dónde vas?

—Me voy de compras con Claire este mediodía. Pero, sinceramente, Hunter, creo que no es asunto tuyo. Algo que deberíamos haber aclarado anoche es que, desde este momento, yo no te voy a preguntar a dónde vas y tú a mí, tampoco.

Aquella última afirmación lo puso en su sitio. Él asintió.

—De acuerdo —dijo, mientras la veía salir.

Maldijo su vida, su pasado y todos los estúpidos errores que había cometido, pero sobre todo, maldijo a Abby y a sus padres. Sabía que por aquel entonces había sido cuando ella se había hecho esa idea de cuento de hadas sobre lo que era la vida. Y sabía que sus padres nunca lo habían considerado lo suficientemente bueno para su hija.

Lo peor de todo era que había probado que tenían razón.

Cuando Abby llamó para decir que iba a cenar con Claire, Hunter hizo la cena para Tyler y él. Hunter ayudó a Tyler con sus deberes, lo bañó y le puso el pijama.

—¿Qué hacéis? —preguntó Abby, mientras se quitaba el abrigo y entraba en el salón.

—Estamos viendo la televisión —respondió Tyler.

Hunter no sabía si iba a volverle a hablar a Abby. Después de estar todo el día pensando, había llegado a la conclusión de que era como su madre, una dama virtuosa y comedida y que, aunque había intentado ser una rebelde en la escuela, jamás lo fue de verdad. Se alegraba de que no quisiera tener relación alguna con él, porque él tampoco la quería con ella.

Pero al día siguiente, cuando lo telefoneó para decirle que la directora del colegio los había llamado, Hunter olvidó su enfado. Se metió en el coche a toda prisa, y dejó la obra, convencido de que tendría que enfrentarse con los padres de Jimmy Parker. No iba a dejar a Abby sola. Estaría a su lado. Esperaba encontrársela llorando en la escuela.

Pero, al llegar vio a Abby tranquilamente sentada en una silla, al lado de la puerta de la directora, y no había ningún Parker allí.

Cuando entró, ella se levantó de inmediato.

—La señora McClosky ha dicho que podíamos pasar en cuanto llegaras.

—¿Tienes idea de qué se trata?

—Al parecer, las notas de matemáticas de Tyler han bajado un poco —dijo ella y condujo a Hunter junto a la puerta cerrada del despacho de la señora McClosky—. Supongo que quiere saber por qué.

Hunter pudo notar la indirecta que se escondía tras su sugerencia, puesto que él era la persona que lo ayudaba a hacer los deberes. Sintió que su presión sanguínea subía. Pero antes de que pudiera decir nada para defenderse, Abby abrió la puerta de la directora y entraron en el despacho.

—Señora McClosky —la saludó ella cálidamente y extendió la mano para estrechar la de la directora. Aquel gesto le recordó a Hunter que la mujer y Abby vivían lo suficientemente cerca como para considerarse vecinas.

—Abigail —dijo la señora McClosky. Luego miró por encima de sus gafas de leer—. Hunter —dijo fríamente.

Fantástico. Sabiendo que las dos mujeres llevaban toda la vida en el mismo vecindario, estaba claro que le iban a echar la culpa por la bajada de notas de Tyler.

La directora los invitó a sentarse con un gesto de la mano y ella hizo lo mismo.

—Los he hecho llamar porque tengo malas noticias de la profesora de Tyler.

—Mire, si es por lo de las matemáticas… —comenzó a decir Hunter. Pero la señora McClosky lo detuvo con una de esas miradas por encima de las gafas.

—Señor Wyman —dijo ella con dureza—. No se trata de algo tan simple como las matemáticas. Tyler ha estado diciendo que ahora vive con su padre. He visto su vehículo en casa de Abby, pero no sabía si realmente era usted el padre.

Aunque había tardado un poco, Hunter había acabado por recordar que la señora McClosky era conocida por su espíritu guerrero, y que todo el mundo la conocía como «hacha de guerra» McClosky.

—Sí, Hunter es el padre de Tyler —dijo Abby—. Y ahora vive

con nosotros.

—Eso es estupendo —dijo la mujer, pero dejó patente que no aprobaba aquella situación—. Por desgracia, Tyler también ha dicho que sus padres no están casados.

Abby se aclaró la garganta.

—No lo estamos.

—Bien —continuó la señora McClosky—. Pero lo que ha molestado a la clase es que asegura que no tienen intención de casarse.

—La cuestión es, señora McClosky —comenzó a decir Hunter, pero la mujer lo interrumpió.

—La cuestión es, señor Wyman, que lo que están haciendo es vergonzoso e irresponsable. Lo peor es que no tienen ningún escrúpulo en exhibir su inmoralidad delante de Tyler. Francamente, no voy a tolerarlo.

Completamente anonadado ante la osadía de aquella mujer, conocida como la mayor cotilla de la ciudad, y de cómo se atrevía a juzgarlos, Hunter se quedó sin habla.

—¿Qué es lo que no va a tolerar? —preguntó Abby, y se levantó de la silla—. ¿No va a tolerar que considere un derecho el que mi hijo conozca a su padre? ¿0 que el señor Wyman sea un huésped en el único hostal que hay en la ciudad? Cuando trabajar y sacar adelante a mi hijo se convierta en algo vergonzoso, entonces dejaré de hacerlo. Hasta entonces, señora mía, será mejor que se informe bien antes de emitir un juicio —furiosa, se encaminó hacia la puerta, pero se detuvo antes de salir y se volvió hacia la directora —. Si le prestara atención a lo que dice Tyler, también se daría cuenta de que no hay entre el señor Wyman y yo ningún tipo de relación romántica. Por eso, no nos vamos a casar.

Giro rápidamente, abrió la puerta y dio un portazo al salir.

Hunter parpadeó y se volvió hacia la señora McClosky que trataba de tragarse su indignación.

—Bueno, esta es una cara de Abby que no se ve muy a menudo, ¿verdad, señora McClosky?

—No debería haber gritado.

—Tiene suerte de que no le haya dado un puñetazo —dijo Hunter, y se levantó del asiento—. Bueno, le confirmo que, efectivamente, soy el padre de Tyler y que solo soy un huésped en

el hostal, nada más y creo que Abby tiene razón. En lugar de extender rumores, debería estar encargándose de que se supiera la verdad.

—Bueno, ahora que la sé, me ocuparé de ello —dijo la señora McClosky, tratando de salvar su orgullo herido.

Hunter sonrió.

—No hace falta que me acompañe hasta la puerta —dijo, y se marchó de allí con gracia y dignidad.

En cuanto estuvo fuera del edificio, junto a su coche, soltó una sonora carcajada.

En lugar de volver al trabajo, se dirigió al hostal. Bajó del coche y se apresuró a entrar por la puerta trasera y, una vez en la cocina, agarró a Abby de la cintura y le dio dos vueltas antes de levantarla por los aires.

—¡Estuviste genial!

Ella le dio una palmada en el hombro.

—¡Bájame! —dijo y le volvió a dar.

—¡Deberías haber visto la cara de esa vieja «hacha de guerra» McClosky!

Abby no pudo evitar una sonrisa que precedió a una carcajada.

—Tan estupenda, ¿eh?

—Fantástica.

—No pensé que todavía te pudieras acordar del apodo de la mujer.

Hunter sonrió.

—En aquella oficina, con aquel viejo murciélago, un montón de cosas me vino a la memoria. Pero no cambies el tema. De verdad, lo que has hecho no tiene precio.

—Estaba furiosa, eso es todo.

—¿Nadie te ha dicho nunca que estás preciosa cuando estás furiosa?

Sí, él se lo había dicho. Muchas, muchas veces. De hecho, para Abby había sonado igual que antaño. Incluso su tono de voz había sido el mismo.

Se meneó rápidamente, hasta que consiguió que la pusiera en el suelo.

—Sí, la verdad es que sí —respondió ella, y se apartó de él.

Aunque Hunter se había mostrado feliz en muchas ocasiones

desde su regreso, aquella era la primera vez que parecía relajado y natural, casi como era en tiempos pasados. Y el último lugar en el que quería estar era en sus brazos, en un recuerdo de lo que había habido entre ellos siete años atrás.

Se puso a sacar los ingredientes para hacer la cena, pero Hunter la siguió y le dio la vuelta lentamente.

Volvió a ponerle las manos en la cintura y la miró a los ojos.

—Yo solía decir eso, ¿verdad?

Abrumada por lo que acababa de suceder con la señora McClosky, el regreso del verdadero Hunter Wyman y su proximidad, Abby solo pudo asentir.

—Porque te solías enfadar mucho cuando eras adolescente —le dijo suavemente, como si lo estuviera recordando.

Ella asintió.

—Eras una chica mala —le dijo él e hizo una mueca—. Apuesto a que tu madre tuvo muchos disgustos contigo.

—Sobrevivió.

Él asintió.

—¿Es por eso por lo que te has convertido en una mujer tan apacible, porque ser mala acabó por hacerte daño?

Ella se encogió de hombros.

—Quizás.

—A veces pienso que eso fue lo que me ocurrió a mí.

Ella lo miró a los ojos y pudo ver una vulnerabilidad que casi la deja sin respiración. Por supuesto. Le habían hecho daño.

—Sí, quizás también fue eso lo que te ocurrió a ti.

—Somos similares, ¿verdad? —le preguntó, y, sin aviso, sin pedir permiso, se inclinó y la besó.

Y Abby se dejó llevar, pero no tanto como lo había hecho en las dos ocasiones anteriores. El se apartó de ella lentamente.

—No solo nos hemos prometido el uno al otro una relación platónica, sino que lo hemos hecho ante la directora de la escuela. Seguro que empieza a espiarnos con binoculares, pues realmente la has avergonzado. Ninguno de los dos queremos que Tyler sea objeto de rumores y, ahora que sabemos que Gwen McClosky nos está observando, supongo que tendremos que cuidar de que la relación sea realmente platónica.

Ella sonrió y asintió, pero no por miedo a las habladurías, ni por

Tyler. Ni siquiera era por sí misma. Por la expresión de Hunter, podía ver que su relación anterior le había hecho mucho daño. Podría tener una relación sexual con ella, incluso un matrimonio de conveniencia, pero nunca una relación como la que habían tenido, porque otra, íntima y apasionada, lo había destrozado.

—La cuestión es, Tyler... —Hunter hizo una pausa y miró a Abby, como pidiendo ayuda, pero ella se limitó a invitarlo a que continuara—. Es verdad que me voy a quedar aquí, pero lo haré, no solo porque tú estás aquí, sino además porque tu madre tiene un hostal, y yo no tengo otro sitio en el que quedarme. No soy de aquí...

Miró a Abby una vez más, pidiendo misericordia y ella agarró la mano de Tyler para captar su atención.

—Lo que quiere decir Hunter es que es un huésped, y que esa es la razón fundamental por la que vive con nosotros.

Tyler miró a Hunter y luego a Abby otra vez.

—¿No vives aquí porque eres mi papá?

—Bueno, sí, pero también hay otras razones —le explicó Hunter —. Pero eso no es lo que importa. La verdad es, Tyler, que no puedes ir por ahí diciendo que tus padres viven juntos pero no están casados. Es un poco complicado de explicar... es una de esas cosas feas de los mayores... una especie de paranoia que tiene alguna gente, como la señora McClosky, y que puede ocasionarnos problemas.

Tyler consideró aquello.

—Vaya...

—No grandes problemas —le aseguró Abby—. Pero es el tipo de cosas de las que no debes hablar, porque nuestra situación es diferente.

—¿Por qué no os queréis casar? —le preguntó y miró primero a Abby y luego a Hunter, volviendo a Abby de nuevo.

Abby tragó saliva. Debería haberse esperado aquella

pregunta, pero no lo había hecho

Hunter la rescató.

—Verás, Tyler, yo respeto a tu madre, pero no nos hemos visto en siete años, y , realmente, ya no la conozco —hizo una pausa y la

miró—. Y creo que tu madre también me respeta a mí, pero tampoco me conoce.

—Y, ¿cuándo os conozcáis, os casaréis?

—Podría ser —dijo Hunter, adelantándose a Abby—. Pero muchas otras cosas han ocurrido. Por ejemplo, tu madre se ha pasado los últimos siete años cuidando de ti. Tú mismo me has dicho que no sale nunca. Así que quizás no quiera casarse conmigo. Tal vez, antes quiera divertirse.

Tyler miró a Abby horrorizado y Hunter volvió a captar su atención.

—También quiero que sepas que yo ya he estado casado antes, y no quiero volver a estarlo.

—¿Te divorciaste?

Hunter asintió.

—Sí.

—Los padres de Devon Malcom están divorciados.

—Mucha gente se divorcia.

—Pero la madre de Devon ahora tiene un nuevo marido y su padre tiene una nueva mujer.

—Seguro que tiene muchísimos regalos en Navidad y en su cumpleaños. Pero eso no es lo que va a sucedernos a nosotros —dijo Hunter abrazando a su hijo rápidamente y pronto lo soltó—. ¿Por qué no vas a prepararte para tu baño y ahora voy a leerte un cómic?

—De acuerdo —dijo Tyler, y se marchó de la habitación.

—Eso ha sido trampa.

Hunter sonrió.

—No, eso ha sido un modo de salir de una conversación para la que, realmente, ninguno de nosotros estaba preparado. El niño tiene solo seis años. No hay ninguna posibilidad de que entienda que alguna gente no está hecha para el matrimonio o de que algunos casamientos, no hacen sino empeorar la situación.

—Supongo que tienes razón —admitió Abby y se levantó del asiento—. Vete arriba. Yo me encargaré de los platos.

—¿Seguro?

—Venga, tienes que leer un cómic.

Hunter sonrió.

—Lo sé.

—Y sé que disfrutas de ello más que él.

La sonrisa de Hunter creció.

—Lo sé.

Con eso, dejó a Abby sola en la cocina. Aunque se sentía satisfecha con la conversación, otros recuerdos la asaltaron por sorpresa.

La madre de Hunter había abandonado al padre cuando aquel no era más que un bebé. Había sido educado por un padre alcohólico que lo había ignorado por completo.

A parecer durante lo acontecido a lo largo de siete años de separación, habían acabado por olvidar que los veinticuatro anteriores no habían sido un camino de rosas. Pero a la luz de tantas cosas, se dio cuenta de que no había sido un mal matrimonio lo que había acabado por estropear a Hunter, sino dos: el que había vivido durante su niñez y el suyo propio.

No le extrañaba que tuviera una visión amarga del matrimonio que jamás cambiaría. Era fácil entender por qué para él vivir solo, era más fácil y llamativo que arriesgarse a pasar por otro doloroso matrimonio.

Capítulo 8

CASUALMENTE, a la primera persona que se encontraron cuando llegaron a la iglesia, para la cena anual de Santa Bernardine, el domingo por la tarde, fue a la señora McClosky.

—Abigail, Hunter —les dijo, asintiendo tensamente, al recoger sus entradas. Se volvió hacia Tyler—. Y tú, jovencito, espero que hagas algo respecto a las matemáticas.

—Sí, señora —dijo, bajando la cabeza.

—Me alegro de verte, Gwen —dijo Hunter, y luego se alejaron de la ventanilla de las entradas y se dirigieron hacia la señora Kollar, que estaba colocando en sus sitios a los asistentes.

—¡La has llamado Gwen! —dijo Tyler con una risa.

—Ese es su nombre —respondió Hunter y Abby pudo ver que hacía un guiño.

—¿Yo puedo llamarla Gwen también?

—No —dijo Abby y al mismo tiempo habló Hunter.

—Cuando seas mayor.

—Es una cuestión de respeto, Tyler —dijo Abby mientras se dirigieron a una mesa con tres sillas libres—. Como la señora McClosky está en una posición de poder respecto a ti, debes llamarla señora McClosky y no Gwen —añadió mirando a Hunter—. Cuando crezcas, ya no estará en esa posición y podrás llamarla Gwen.

—¿Por qué tú no la llamas Gwen? —preguntó Tyler.

—Porque yo...

—Por que tu madre es una cobarde —dijo Hunter—. Y todavía le tiene miedo.

—Yo no le tengo miedo.

—Entonces, ¿por qué no la llamas Gwen? —preguntó Hunter, y la miró retante.

—No la llamo Gwen porque la respeto.

—Yo también la respeto —dijo Hunter—. Algunos días incluso me cae bien. Creo que por eso me siento lo suficientemente cómodo como para llamarla por su nombre de pila. No la tengo en un pedestal. Para mí es una persona, ni más ni menos.

Abby habría querido recordarle que, solo unos días atrás, ella se

había enfrentado a la señora McClosky, probando que no era ninguna cobarde.

Últimamente se había estado metiendo con ella tanto que, continuamente, tenían pequeñas discusiones sobre cosas tontas, por las que terminaban riéndose. Pero, considerando que estaban en un lugar público y delante de Tyler, prefirió no decir nada. Se limitó a servirse comida de la bandeja que le acababan de pasar.

Hablaron mucho sobre cosas inconsecuentes, mientras comían, pero después de que dejaran la mesa para ver los puestos en los que se vendían dulces y artesanía, Abby ya no tuvo mucha oportunidad de estar con Hunter y su hijo.

Hunter había regresado hacía solo unas semanas, pero ya había recuperado muchas de sus amistades. Además, era uno de los promotores del nuevo centro comercial que daría mucho trabajo. Era una persona importante. Si seguía mucho tiempo por allí, acabaría convirtiéndose en un líder de la comunidad. Todo el mundo lo sabía. Y todo el mundo le mostraba, de algún modo, su respeto, su admiración y su afecto.

Abby fue de puesto en puesto, viendo la mercancía, esperaba a que Hunter le entregara a su hijo, pues tener un pequeño de seis años al lado, puede, en ocasiones, dificultar la conversación. Pero en ningún momento pareció incómodo con su hijo. De hecho, el niño parecía totalmente parte de él. No solo porque estaba feliz, sino porque a Hunter se le veía confiado y contento de tener a Tyler junto a él, sentir que se escondía tras él.

—¿Has encontrado todo lo que querías? —le preguntó Hunter, con una sonrisa, al mirar las cosas que había comprado.

—Casi —respondió ella—. Dime, Hunter, ¿quién se puede resistir a un imán—cerdo de cerámica para la nevera?

—Especialmente si es rosa —bromeó él, tomando el pequeño cerdo y examinándolo—. Será una maravillosa adición a tu cocina verde y amarilla.

—Lo he comprado para crear contraste —dijo ella y miró a Tyler —. También he comprado un fichero para comics.

—¡Estupendo! —dijo Tyler.

—Eso sí que es interesante! —dijo Hunter, inspeccionando el objeto.

—¡Se lo voy a enseñar a mis amigos! —dijo Tyler, y se dirigió

directamente hacia Jimmy Parker.

—Son amigos, no son amigos, son amigos, no son amigos —dijo Hunter, mientras seguía a su hijo con la mirada—. ¿De qué van?

—Tienen seis años —le recordó Abby—. ¿No te acuerdas de cuanto tenías seis años?

—Pues no —Hunter apartó la mirada y Abby se dio cuenta de que acababa de recordarle algo que no quería recordar, especialmente en un día en que toda la ciudad le estaba mostrando su respeto y su admiración, una ciudad que no había tenido sino palabras de crítica para él siete años atrás.

Tan rápido como pudo, ella cambió de tema.

—Hay más cerdos de cerámica ahí —le dijo y, tomando a Hunter del codo, se lo llevó hacia uno de loss puestos.

Hunter soltó una carcajada.

—¿Para qué quiero yo un cerdo de cerámica?

—Puedes ponerlo junto al mío en el refrigerador.

Aquel comentario fue involuntario pero, por el modo en que él la miraba, estaba claro que había sacado alguna conclusión de lo que le había dicho.

Sonrió.

—¿Estás segura de que Gwen estaría de acuerdo? Primero, estamos viviendo juntos y, segundo, te gustaría ver mi cerdo junto al tuyo en la puerta de la nevera.

Abby suspiró.

—No quería decir nada con eso.

—Lo sé —respondió él y deslizó un dedo por su mejilla—. Pero es un pensamiento agradable lo de estar así, al lado el uno del otro.

—Sí, como camas gemelas —nada más decir aquello se apartó de él, porque era demasiado seductor. Podía transformar el comentario más simple, la idea más estúpida en una excusa para flirtear con ella. Era molesto, y se estaba convirtiendo en habitual, que continuamente él los pusiera a ambos en un papel que no querían...

Habitual. Sí. Flirtear se estaba convirtiendo en un hábito para él. Los hábitos venían del instinto y el instinto era lo que venía naturalmente. Lo supiera o no, sus sentimientos estaban cambiando. Quizás, estaba cambiando el modo de ver y entender la relación.

Se dio la vuelta para mirarlo. Pero esta vez, Hunter estaba

envuelto en otra conversación. Abby decidió que era mejor. No sabía si, realmente, quería compartir su descubrimiento con él. De hecho, no sabía si quería compartirlo con nadie, pues era demasiado nuevo, demasiado inexplorado.

No solo había encajado fácilmente en el papel de padre, sino que también se iba encontrando cada vez más cómodo con ella. Y, cuanto más cómodo se sentía, más confiaba en ella, y más podía ver que no era como su madre, ni como su primera esposa.

Abby no había visto lo obvio. Lo único que necesitaba Hunter era tiempo, constancia y afecto, y entonces sería capaz de amarla. No, no era eso. Necesitaba tiempo, constancia y una señal de ella para poder admitir que la amaba. Porque, de pronto, vio la verdad claramente ante ella, y esa verdad era que ya la amaba.

La respiración se le quedó en el pecho. La quería. El sentimiento era tan cálido, tan maravilloso, que podía notar que la envolvía como un cálido abrigo. Pero antes de poder asimilar ese pensamiento, tuvo otro, igual de revelador. Ella lo amaba a él. Amaba a aquel nuevo Hunter, distinto, maduro, estático. De otro modo, el reconocimiento de que él la amaba no le habría resultado tan intoxicante.

Tyler se apartó de Jimmy Parker y se dirigió hacia ella, pero Hunter le interceptó el paso.

—No se puede correr en la iglesia.

No podía creer que no se había dado cuenta de aquello antes. Todo lo que tenía que hacer era dejar que las cosas sucedieran y todo acabaría por funcionar.

Hunter se pasó el resto de la tarde con Grant, revisando papeles, y Tyler se fue a jugar con sus amigos. Así que Abby estuvo sola en la casa, tratando de no sentirse nerviosa, de no ver demasiado en lo que había descubierto. Para mantener su mente ocupada, se puso a hacer magdalenas. Cuando Hunter y Tyler entraron en la cocina, se quedaron paralizados.

—¡Estás haciendo algo de bollería! —dijo Hunter, tratando de parecer entusiasmado, pero sin conseguirlo.

—Son magdalenas —dijo Tyler incómodo.

—He usado una mezcla ya hecha —dijo y tanto Hunter como Tyler resoplaron aliviados—. Ya está. No os vuelvo a hacer la comida.

—Vamos, Abby —dijo Hunter, hemos sido muy pacientes.

—Mi comida no es tan mala.

—Tu comida está bien, el problema es cuando te pones a hacer repostería. Eso nos aterra.

—Vaya, gracias —dijo ella y él la agarró —y le dio la vuelta—. Eso me hace sentir mucho mejor.

—Ninguno de los dos queríamos insultarte, pero hemos hablado de esto, y hemos llegado a la conclusión de que fingir que nos gusta lo que haces no te va a ayudar a hacerlo mejor. Si vas a cocinar pasteles, tendrás que saber cómo asumir las malas noticias para poder mejorar.

Abby no pudo evitar soltar una carcajada.

—No lo hago tan mal.

—Sí, lo haces fatal —insistió Hunter con amabilidad, pero con firmeza—. Todos tus bizcochos saben demasiado a levadura o a sal. ¿Es que no sigues las recetas?

—Sí, pero siempre trato de mejorarlas poniendo un poco más de algún ingrediente. Corky siempre lo hace en la cafetería.

—Pero Corky tiene casi ochenta años y sesenta más de experiencia que tú. Venga, Abby, dales a tus chicos un respiro. Hasta dentro de treinta años, trata de ceñirte a la receta.

Abby asintió, pero dentro volvía a sentir la misma cálida sensación que en la iglesia. La amaba. Sencillamente, no lo sabía aún.

—Bueno, la mezcla de mis magdalenas es de una caja y he preparado sopa y sándwiches de queso para cenar.

—Estupendo —dijo Hunter. Pero su intuición le decía que algo iba mal. Abby debería de haberse puesto como una fiera ante sus comentarios. En lugar de eso, se lo había tomado con mucha filosofía, e, incluso, parecía feliz por ello.

La observó durante toda la cena. No parecía molesta por su crítica, y lo achacó a los cambios que debía de haber experimentado a lo largo de aquellos años. Le gustaba aquella nueva versión tan madura de Abby. Pero, últimamente, especialmente desde que le había gritado a la señora McClosky, había estado echando de menos su pasión.

Hunter recordó entonces, que Abby nunca había sido pasional en público, sino solo en privado. Le había gustado siempre el modo

en que se controlaba a sí misma y lo controlaba a él cuando estaban con gente. Y, al recordar eso, se dio cuenta de, que, realmente, lo que echaba de menos era la relación personal y física con ella.

Volvió a sentirlo después de que metieran a Tyler en la cama y lo invitara a tomarse con ella una taza de té abajo. No era la primera vez que compartían un rato en privado por la noche, pero sí fue la primera vez que ella se sentaba junto a él en el sofá. Le preguntó qué tal su día. El le dijo que su trabajo con Grant no era un gran tema de conversación. Acto seguido, se vio en sus brazos y la estaba besando. Tal y como solía besarla siete años atrás. Y ella respondía también igual que entonces. Un maravilloso abandono y un fuego vivaz la envolvían.

Pero, en cuanto le puso un nombre a la emoción que sentía, se apartó de ella.

—¡No! —dijo, y cerró los ojos. Todos los límites aparecieron borrosos. Los sentimientos reales se mezclaban con lo que no debía haber sido más que diversión. Y no quería aquello, ni en aquel momento, ni nunca jamás.

Aunque el corazón le latía a toda prisa y su mente estaba llena de pensamientos que lo paralizaban, Abby estaba totalmente calmada.

—Hunter, relájate —dijo ella con dulzura.

Él la miró fijamente. Se dio cuenta de que era lo suficientemente inocente como para creer que aquellos sentimientos eran buenos y podrían llevarlos a tener un brillante futuro juntos. Frustrado, se pasó la mano por los labios. Por si no era suficiente, se veían en la tesitura de tener que controlarse, y de tener que controlarla a ella.

La frustración se mezcló con la rabia y sus palabras sonaron más hirientes de lo que habría querido.

—No solo hemos discutido esto antes, sino que ya te advertí sobre mí.

Ella sonrió.

—No estoy preocupada por ti.

El agarró su barbilla entre el índice y el pulgar, y ella alzó el rostro.

—Pues deberías estarlo —dijo él—. Porque no tengo intención alguna de cambiar. Yo no quiero lo que tú quieres. Y si eres lista, tampoco tú querrás lo que yo quiero.

Después de decir aquello, salió como un torbellino de la habitación, maldiciéndose a sí mismo, maldiciéndola por ser tan confiada y maldiciendo a la vida por tentar a dos personas con cosas buenas, cuando no merecían sentir más dolor ni más decepción.

Capítulo 9

VAYA, vaya! ¿A quién tenemos aquí? —preguntó Grant, cuando vio aparecer a Hunter con Tyler, en la oficina de la constructora. — Soy yo, Grant —djio Tyler.

—Ya lo veo —respondió el hombre, sonriendo—. Pero como el otro sábado cuando viniste yo no estaba, me sorprende verte por aquí. Ahora que lo pienso nunca te he visto en ningún sitio sin tu madre.

—No quería venir —dijo Tyler muy serio.

—Claro, este es un lugar para hombres —dijo Grant y agarró a Tyler, para sentarlo en uno de los taburetes altos que había junto a la mesa de dibujo.

—¡Dios mío! —gruñó Hunter—. Que no te oiga Abby decir eso. Te mataría por meterle ideas sexistas al niño.

Grant se rio.

—Esa es nuestra Abby, tan pendenciera como siempre.

Al oír mencionar lo «pendenciera» que era Abby, Hunter sintió un fuerte calor por todo su cuerpo, y recordó los besos del domingo anterior. Las rodillas le empezaron a temblar, solo con la memoria de lo acontecido. Pero reprimió las sensaciones, al reconocer que lo que él y Abby querían eran cosas diferentes. Él ya había estado casado y sabía lo que el matrimonio le hacía a la gente. No estaba dispuesto a pasar por eso otra vez. No sin total sinceridad. Si Abby podía casarse con él por motivos razonables, como Tyler, dinero y sexo, Hunter podría ver en ello un futuro prometedor. Pero si quería amor y cosas que no existían, entonces se mantendría alejado de ella.

Miró a Grant.

—¿Qué tenemos que hacer hoy?

—Puesto que es sábado, creo que deberíamos salir de aquí a una hora decente.

—Estoy de acuerdo —dijo Hunter, mirando a Tyler, que parecía estar explorando cada rincón.

—Pues vamos a ver si podemos repasar las especificaciones para la albañilería.

—Bien —dijo Hunter, pero antes de sentarse, agarró un

cuaderno y unos rotuladores de colores y se los ofreció a Tyler—. ¿Te podrás entretener con esto durante dos horas?

Tyler miró a su padre y sonrió. Su dulce mirada hizo que Hunter sintiera el corazón lleno de amor.

—Sí —dijo el niño, tomando el material.

Hunter tragó saliva y fue a sentarse en uno de los dos escritorios de la parte trasera de la oficina. Durante una hora estuvo leyendo, o tratando de leer, pero su atención se desviaba continuamente hacia Tyler.

Estaba inesperadamente feliz de ser padre, pero, más aún, estaba tremendamente orgulloso de Tyler. Abby había hecho un gran trabajo con su educación. Era un niño inteligente, educado, energético, considerado y cariñoso. Un padre no podía pedir nada mejor de un hijo, y Hunter lo había tenido sin ningún esfuerzo. Y el poco que había invertido, había sido un placer para él. Estaba en deuda con Abby, lo había sabido siempre, pero en aquel momento lo sentía con más fuerza que nunca. Y, en su cabeza rondaba con insistencia la sensación de que no podía devolverle el favor del modo en que ella quería, con amor verdadero. Pero tenía que haber algún modo de hacerlo.

Cuando Grant se levantó, Hunter miró avergonzado lo que había escrito, y lo comparó con las seis hojas de impresora que tenía su amigo.

—Puedes hacerlo el lunes —le dijo Grant y miró a Tyler que estaba al lado de Hunter—. Tal vez, necesitéis hacer algo juntos para estrechar el vínculo.

—Vivimos juntos —le recordó Hunter a Grant.

—Lo sé —dijo—. Pero—vivir juntos es una rutina. Mis hermanos y yo descubrimos que es importante romper esa rutina para llegar a conocer realmente a alguien.

Hunter decidió que Grant tenía razón, así que se montaron en el coche.

—Todavía nos quedan unas cuantas horas antes de que tengamos que volver a casa. ¿Qué quieres hacer?

Tyler miró a Hunter con aquellos grandes ojos grises verdosos y este se sintió feliz, una vez más, de ser padre. Al ver su sonrisa, el corazón se le contrajo de amor.

—¿Podemos hacer cualquier cosa? —preguntó el niño

inocentemente.
Hunter sonrió.
—Lo que quieras —respondió, rogando porque no se le ocurriera algo totalmente descabellado.
—Bien, entonces quiero que vayamos a comprarle a mamá un regalo de cumpleaños.
Hunter ser acordó de que el cumpleaños de Abby era dentro de tres días. Seguramente no le habría venido a la memoria de no haber sido por la petición del niño. También sabía que ese era un modo de mostrarle su agradecimiento por haber criado tan bien a su hijo.
—Me parece estupendo —afirmó Hunter.
Se dirigió al centro comercial más cercano a la ciudad, el que, en el futuro, sería competidor del de Hunter y Grant. Tyler lo llevó, directamente, a una tienda de ropa de señoras.
—Este —dijo él, señalando un vestido rojo de lentejuelas, que no se parecía en nada al tipo de ropa que Abby solía llevar.
Hunter carraspeó.
—Es bonito —dijo, sin querer molestar al niño—. Pero, ¿por qué no entramos y vemos algo que pueda ponerse, por ejemplo, para ir a la iglesia?
—Se lo puede poner para ir a la iglesia —insistió Tyler, señalando una vez más al vestido de lentejuelas.
—Sí, podría —dijo Hunter guiando a su hijo al interior de la tienda—. Pero seguramente este es mejor.
Señaló uno azul y blanco, muy sencillo que estaba en un maniquí.
—Está bien —dijo Tyler—. Pero este también.
Agarró uno de color rosa que estaba a solo un paso de distancia del escandaloso vestido rojo. Pero Hunter quería que el niño también formara parte de la elección del vestido, de modo que aceptó.
Después de concretar con la vendedora cuál sería la talla de Abby, dieron otra vuelta por la tienda y acabaron comprando dos vestidos, tres camisas, dos suéteres de verano, dos faldas y cuatro pares de medias, y Tyler pareció satisfecho con todo aquello. Hunter sabía que el regalo era extravagante, y que, incluso, podía que Abby se enfadara, pero había dos cosas importantes allí.

Primero, no quería negarle a Tyler la oportunidad de hacerle un regalo a su madre. Segundo, Hunter también quería recompensar, incluso malcriar, a Abby, por los sacrificios que había hecho para criar a su hijo.

Hunter consideró que había sido una idea estupenda realizar aquella magnífica compra de cumpleaños e incluso, empezaron a planear una fiesta sorpresa o, al menos, una gran tarta de cumpleaños. Pero, de pronto, Hunter se dio cuenta de que Tyler estaba en el asiento trasero, cabizbajo y cruzado de brazos.

—¡Vamos, Tyler! Acabo de gastarme quinientos dólares en el cumpleaños de tu madre, ¿por qué pones esa cara?

—Porque no le hemos comprado lo que realmente quiere.

Hunter dio un repentino frenazo. Después de pasar dos horas en una tienda de ropa, lo último que quería era tener que devolverlo todo y empezar otra vez.

—¿Qué hemos estado haciendo en esa tienda, si en realidad no hemos comprado lo que tu madre quería?

—Le va a gustar la ropa, pero lo que ella necesita es un coche.

Hunter respiró aliviado y arrancó otra vez.

—Bueno, eso es normal Tyler. A todo el mundo le gustan los coches nuevos.

—Sí, lo sé —dijo el pequeño, y miró a su padre—. A mí me gustan mucho y ni siquiera sé conducir.

La simplicidad del comentario le provocó a Hunter una carcajada. Durante diez minutos, se estuvo planteando seriamente la posibilidad de comprarle a Abby un coche, pero pronto descartó la idea porque se dio cuenta de que ese era un modo de malcriar a su hijo. También se dio cuenta de que Abby era una mujer muy orgullosa a la que, seguramente, no le gustaba la idea de que Hunter le comprara tantas cosas. Mientras envolvía los regalos, decidió que debían entregárselos todos como si fueran de Tyler, así que él le compró una sencilla cadena de oro en la tienda más cercana.

Dos días después, mientras abría los regalos, Tyler no hacía más que dar botes de alegría. Hunter se sentó en la silla, dispuesto a disfrutar de la escena. Nunca había visto a nadie tan feliz de dar como a Tyler y, una vez más, pensó en cuánto había sacrificado Abby para educar a su hijo. Si estaba tan feliz con darle tan poco,

tenía que ser porque a su madre le había faltado, en algunas ocasiones, hasta lo más básico. Aunque Abby trató de atemperar su reacción, no podía esconder que le encantaba toda aquella ropa y que sabía, exactamente, cómo la había comprado el niño.

Cuando mandó al pequeño por un vaso de agua a la cocina, Hunter se imaginó lo que venía.

—No deberías haber hecho esto —le susurró ella.

Hunter se encogió de hombros y sonrió.

—No he podido evitarlo. Estaba feliz de hacer esto.

—Lo sé —respondió ella, tratando de mantener la calma y de ser razonable—. Pero, ¿no te das cuenta de que no puedo rechazar nada de esto, porque le haría daño?

—Bien —dijo él y le dio un mordisco al pastel ignorando su protesta.

—Tengo que pagártelo —insistió ella rápidamente. El niño estaba a punto de regresar con el agua.

—De acuerdo. Puedes hacer magdalenas —dijo y se echó a reír.

Tyler entró en la habitación en aquel momento.

—Aquí tienes, mamá.

—Gracias, cariño —dijo ella, sonrió a Tyler, y volvió su atención hacia Hunter en el instante en que su hijo dejó de mirar.

Hunter consiguió evitar una discusión hasta que Tyler se metió en la cama.

Lo encontró en el porche y, nada más llegar, se sentó en el asiento, junto a él.

—Tengo que reembolsarte parte de lo gastado —dijo.

Hunter protestó.

—¡Por favor, Abby! Te debo seis años de pensión del niño. No puedes comparar eso con unos pocos suéteres —dijo enfáticamente —. Por cierto, ¿Chas ha hecho números?

Abby se aclaró la garganta.

—Sí, aquí tengo lo mínimo que tendrías que pasar en función de tus ingresos.

—¡Guau! —exclamó Hunter—. ¿Tienes un asesor financiero?

—Sí, claro —respondió ella, y le dio un apretón en el brazo para que dejara de tomarle el pelo.

—No lo digo en broma, Abby, esto te va a solucionar mucho económicamente.

Ella lo miró.

—No te enteras, ¿verdad?

—¿De qué?

—De que no quiero tu dinero. Tenerte aquí y la ayuda que me proporcionas con Tyler es más que suficiente. Tú pagas por tu comida y por tu estancia en el hostal, le das dinero a Tyler, le compras ropa. Incluso le has ayudado a comprarme un regalo de cumpleaños. Eso es lo que quiero que Tyler vea. No quiero que se sienta algo por lo que me pagan.

—Pues no se lo diremos.

—Se dará cuenta igualmente.

Hunter la miró fijamente.

—¿Me estás diciendo que no quieres la pensión del niño?

—Si quieres, puedes poner ese dinero en un fondo de estudios para él. Pero yo no quiero que me des un montón de dinero en un cheque. Además, no creo que Tyler pudiera entenderlo —hizo una pausa y respiró—. Pon el dinero en un fondo de estudios y todos estaremos contentos.

Hunter estaba a punto de decirle que no estaba de acuerdo, porque era Abby la que había sufrido, la que había renunciado a todo, no Tyler. Un fondo de estudios era como pagar al bebé y no a la niñera, y no le parecía adecuado. Además, darle a Tyler una buena educación era algo que pensaba hacer de cualquier forma.

Al mismo tiempo, sabía que era mejor que no discutieran. Abby tenía un aspecto vulnerable y él no quería herirla ni perturbarla.

Se había pasado toda la vida haciéndole daño y no quería hacerlo más, aún cuando pensara que, en aquella ocasión, sería por su bien. En lugar de discutir, la tomó en sus brazos y no se sorprendió al ver que se dejaba llevar y se refugiaba en su pecho.

—Hemos pasado un fin de semana estupendo.

—Sí, te creo.

—Es un niño maravilloso, Abby —dijo Hunter, feliz de no estar mirándola de frente, pues sabía que tenía los ojos llenos de lágrimas —. ¡Me has dado el más maravilloso de los regalos con un hijo así!

Abby soltó una carcajada.

—Eso tiene gracia. Es lo que solía pensar de ti.

—¿No te parecía extraño que no me preocupara de mi propio hijo?

Ella se encogió de hombros.

—Sí. Pero, sencillamente, preferí pensar que no sabías lo que te estabas perdiendo.

—¿Me concediste el beneficio de la duda?

Ella sonrió.

—Sí, algo así.

Nunca nadie le había mostrado tanto respeto y paciencia, ni nadie había tenido nunca tanta fe en él, y eso lo emocionaba. Tomó su barbilla entre los dedo y le alzó el rostro.

Luego, en contra de todo pensamiento racional, la besó. La primera reacción de ella fue devolverle el beso, pero luego optó por apartarse, guiada por el sentido común. Se levantó rápidamente del columpio.

—Buenas noches, Hunter —le dijo, y se metió en la cocina.

Hunter maldijo entre dientes. No porque se hubiera marchado, sino porque lo que ella quería era algo que él no podía darle, y hacía que se sintiera mal, inadecuado. Al mismo tiempo, oía esa voz interior que le decía que estaba hiriendo a aquella mujer, a la que tenía que compensar.

No podía hacer nada respecto al pasado, a haberse marchado y a haberla dejado sola con su hijo. Tampoco podía entregarle su corazón. Pero sí podía darle dinero.

—Cierra los ojos.

Abby miró a Hunter como si estuviera loco. Tyler levantó la cabeza del libro y miró a su padre.

—¿Por qué quieres que mamá se tape los ojos? —preguntó ansioso.

—Le he comprado algo.

Tyler se puso en alerta.

—Será mejor que no hayas hecho nada semejante —le dijo Abby, en tono de advertencia.

—Oye, tú no quieres lo que te debo de la pensión del niño. Chas me ha dicho que le has asegurado que, mientras yo esté en el hostal, ni siquiera quieres la pensión que te debería pasar ahora. Tengo que hacer algo al respecto.

Abby lo miro fijamente.

—Ya estás haciendo mucho.

—Quiero hacer más —dijo él y la llevó hacia la puerta. Se puso delante de ella, bloqueándole la visión, y la llevó a través del porche, escaleras abajo. Por fin, se apartó de su camino y apareció ante ella un bonito coche nuevo, un convertible de color rojo que acababa de comprarle.

—Es para ti.

—¡Cielo santo! —fue todo lo que pudo decir y se llevó las manos a la boca.

Tyler también exclamó.

—¡Es precioso!

A Abby se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Me encanta. Pero no puedo aceptarlo.

Tyler protestó descontento y Hunter gruñó.

—¡Vamos, Abby! No quieres aceptar nada de lo que te doy.

Ella lo miró con los ojos inundados de unas lágrimas que amenazaban con desbordarse de un momento a otro. Tenía los labios temblorosos.

—Tyler, cariño, ¿por qué no te vas a jugar con Jimmy Parker?

—¡Quiero dar una vuelta en el coche!

Ella negó con la cabeza.

—Hablaremos de lo del coche más tarde. Por ahora, vete con los Parker. Dile a su madre que iré a buscarte antes de cenar.

—De acuerdo —dijo Tyler, claramente disgustado y se marchó en dirección a la casa de los Parker.

—Acepto muchas cosas tuyas —le dijo Abby a Hunter sin preámbulo. Tenía los ojos llenos de lágrimas y los labios le temblaban mientras hablaba—. Te des cuenta o no, estamos creando una vida normal para Tyler. Cuando haces cosas como esta —señaló el coche—, lo estropeas todo.

—¡Lo estropeo! ¿Cómo?

—Dándole a Tyler la impresión de que con dinero se consigue todo.

—No. Lo que le estoy enseñando es que debe apreciar a la gente que está en su vida, y a ser generoso.

—¿Estás seguro de que no le estás enseñando de que se puede comprar a la gente?

Hunter maldijo.

—No puedo creer que no me dejes ayudarte.

—Me estás ayudando. Y estás ayudando aún más a Tyler, solo con estar aquí. Los gestos extravagantes como este, no sirven de nada —dijo ella—. Al revés.

—De acuerdo. Está bien, lo que quieras —se dio la vuelta, y se dirigió a la casa—. Voy por el abrigo y por las llaves y desapareceré de tu vista.

Abby entró en la casa detrás de él. Mientras él buscaba su abrigo, ella subió las escaleras, se metió en su dormitorio y se echó a llorar.

Hunter no se daba cuenta de que estaba tratando de sustituir con regalos y dinero, el amor. Lo único que quería era su amor y eso, precisamente, era lo único que él no le daba. Si hubiera aceptado el coche, habría sido como reconocer que podía hacerle cambiar de opinión con regalos.

Lo peor era que no se podía enfadar con él. Estaba furiosa con la mujer que le había hecho tanto daño como para que ya no pudiera fiarse de Abby. Sintió un profundo dolor ante la idea de que Hunter hubiera estado casado con alguien más, y sabía que aquella incapacidad de confiar el uno en el otro no solo venía del dolor que le había provocado aquella mujer. Saber que se había casado sin pensar en ella, le dolía mucho a Abby, también.

Durante siete años, la desconfianza había ido creciendo en ellos, y no iban a poder tener una relación decente hasta que fueran capaces de confesárselo el uno al otro.

De hecho, si llevaba la lógica hasta el límite, Abby tenía que admitir que ella había sido la primera persona en herirlo, aunque fuera involuntariamente, a través de las mentiras de sus padres. Durante siete años, él había creído que ella lo había abandonado, que lo odiaba, que no quería tenerlo cerca.

¿Era tan extraño que no se fiara de ella?

Capítulo 10

TAL y como yo veo las cosas, estas son heridas que solo el tiempo puede curar —dijo Abby, mientras les servía más café a Kristen, Claire y Lily—. No va a aprender a confiar en mí, si no le doy tiempo para ver que soy de fiar.

Hablaba sin emoción, ocultando el dolor que sentía porque no quería hacer que sintieran pena por ella.

La señora Romani, el ama de llaves de Kristen y Grant, estaba cuidando de los trillizos aquella mañana, lo que le dio la oportunidad de hablar tranquilamente con sus amigas. Abby las había invitado al hostal. Se sentaron en el salón, tomando café, mientras Abby les contaba la historia. Claire y Lily asentían a todo cuanto ella les decía o contaba de lo acontecido durante el fin de semana.

—Estás equivocada —dijo Kristen.

—¿Cómo?

—Que está equivocada —repitió—. Tienes a un hombre que está realmente interesado por ti, lo suficiente como para comprarte un coche. ¿Y le vas a dejar escapar sin ni siquiera intentar rescatar el pasado? Estás loca.

—Entonces, ¿qué debería hacer? —le preguntó Abby, ansiosa de algún consejo pues sabía que Hunter se sentía tan abandonado como ella. Podía arreglárselas con su propio sufrimiento, pero el de él la estaba matando.

—Si yo fuera tú, le propondría que nos casáramos —sugirió Kristen—. He estado observando a Hunter estas semanas, y creo que lo que necesita es seguridad. Si estuvierais casados, probablemente, se llegaría a sentir lo suficientemente cómodo como para admitir sus emociones. De hecho, creo que puede que ese fuera el motivo que lo impulsó a pedirte en matrimonio cuando llegó aquí. Creo que, en el fondo, sabe que te quiere. El problema es que le han hecho daño, y me parece normal que sea precavido.

—Kristen, no es solo precavido. Está convencido de que el amor no existe. Parece, incluso, que piensa que el amor es una trampa para necios. Así que no se permite nada a sí mismo. En el momento en que noto que va a poner toda su emoción en algo, veo cómo

retrocede. Creo que, si me caso con él, jamás admitirá que me quiere, porque no tendrá ningún motivo para cambiar.

—Quizás —dijo Claire—. Pero empiezo a entender lo que dice Kristen. Piensa en la niñez de Hunter. Su madre abandonó a su padre, y su padre lo crió, pero ignorándolo por completo. Si combinas su pasado con el lío que armaron tus padres con vuestra relación y le añades un matrimonio fracasado, te encontrarás a un hombre incapaz de cambiar, a menos que se sienta seguro.

—Eso es exactamente lo que yo pienso.

Abby respiró profundamente.

—Entiendo lo que queréis decir, pero no sé si ese es motivo suficiente para pedirle que se case conmigo.

Kristen se encogió de hombros.

—Siempre puedes experimentar antes.

—¿Cómo?

—Yo empezaría con una cena a solas —dijo Kristen—. Si le dices que Tyler se ha quedado en casa de un amigo, Hunter no se imaginará que lo hiciste a propósito. Entonces, si la cena se vuelve romántica, tendrás que demostrarle que te fías de él, aunque él no se—fíe de sí mismo.

—Si eso sucede sin que tú lo hayas tenido que provocar, entonces no importa lo que diga —le aseguró Lily—. Sabrás a ciencia cierta que detrás de esos regalos hay más que agradecimiento por haber criado a Tyler.

—Si no se vuelve romántica —dijo Claire—. Si solo habla de su trabajo o de Tyler, entonces te darás cuenta de que estás haciendo lo adecuado —le tomó la mano—. ¿Sabes? Has soñado tanto con recuperar a Hunter, que no me extraña que ahora te esté costando acostumbrarte a tenerlo contigo. El verdadero amor no es como nos lo imaginábamos en el instituto, y quizás estés esperando a que Hunter haga y diga cosas que la mayoría de los hombres ni hacen ni dicen.

Abby estaba de acuerdo con aquella apreciación.

Eso no evitó que sintiera un desagradable cosquilleo en el estómago aquella noche, cuando él llegó y ella le dijo que cenarían solos.

—Tyler se va a quedar a dormir en casa de Jimmy Parker —dijo Abby. Se secó las manos en el delantal, tratando de ocultar su

nerviosismo.

—Ya —dijo Hunter, que se había quedado paralizado en la puerta—. ¿Y eso qué quiere decir?

—Que tú y yo tendremos que cenar solos, eso es todo —dijo ella, con una pequeña risa—. He preparado macarrones.

Su tono de voz hacía sospechar que estaba intentando evitar que aquella se convirtiera en una velada romántica.

Pero Hunter no sabía bien qué pensar.

Entró en el baño de abajo, donde se duchaba todos los días, cuando llegaba a casa cubierto de barro. Mientras se desnudaba, se dio cuenta de que Abby estaba intentando con todas sus fuerzas que aquello no pareciera una cena romántica y, tal vez, lo hacía porque era exactamente eso.

Pero quizás solo era una ocasión para disculparse por lo del coche. Debía haberse dado cuenta de que lo había insultado y, seguramente, se sentiría mal por ello.

Pero también podía ser que, simplemente, quisiera tratar con él muchos temas que no podían hablar cuando estaba Tyler. La conclusión más lógica era que ella quisiera concretar algunas cosas referentes al niño.

Así que allí estaban, solos, con tiempo para ellos y totalmente en privado.

Salió de la ducha, sin saber si debía sentir miedo o curiosidad por descubrir hacia dónde lo llevaría aquella velada. Al parecer, no tenían término medio, o discutían o se besaban. Era peligroso para ellos quedarse solos.

Reconoció que iba a ser una noche interesante, y su parte juguetona, que creía ya enterrada, le pedía diversión. Aquella mujer había rechazo un coche. Él había intentado impresionarla con su generosidad, pero ella había decidido que era demasiado.

No podía entender que eso era, exactamente, lo que buscaba. Se trataba de hacerle un regalo excesivo, porque ella le había hecho a él un gran favor. Pero no le iba a permitir pagárselo. Era como si quisiera que se lo debiera.

Lo había torturado durante todo el tiempo que llevaba en aquella casa, tentándolo con una respuesta cálida a sus besos, sin querer aceptar la pensión del niño, y le había dejado muy claro que lo que hacía por ellos era bastante. Y, en aquel momento, parecía

dispuesta a establecer cómo y cuándo hablaban de Tyler.

Sí. Definitivamente, tenía que pagarle, pero, esta vez, no sería con un convertible. Iba a pagarle con el mismo tormento que le estaba procurando ella.

Deseoso de establecer desde el principio cuáles eran sus intenciones, le retiró la silla para que se sentara.

—Gracias —dijo ella, con la voz temblorosa.

Detrás de ella, Hunter sonrió. Había conseguido ponerlo más que nervioso durante aquellas semanas. Lo había vuelto loco de deseo y le había hecho sentir el pánico de poder hacerle daño. Pero, de pronto, se dio cuenta de que ella había hecho un buen trabajo para autoprotegerse, amenazándolo con echarlo de su casa, cada vez que no estaba de acuerdo con ella.

Sí, se merecía una noche sin saber qué esperar de él.

Para empezar, lanzó la pelota proporcionándole una falsa sensación de seguridad.

—Asumo que lo que quieres es que hablemos sobre Tyler, puesto que él no está aquí.

—Eso sería una buena idea.

—Soy un hombre con buenas ideas —le dijo Hunter, sintiéndose culpable por su propósito de torturarla. Pero ella necesitaba saber lo que se sentía cuando se estaba sumido en la confusión—. ¿Qué es lo primero en la agenda?

Le hizo la pregunta, mientras agarraba el plato de macarrones que le acababa de servir. Deliberadamente, la acarició. Al estirar la mano para agarrar la cuchara, le rozó suavemente un dedo con la yema del pulgar.

La miró a los ojos, y sonrió.

—Gracias —dijo él.

—De nada —respondió ella y agarró el tenedor.

Hunter asumió que ella trataba de demostrarle que no le afectaba su tacto, ni el modo en que la miraba. Pero, sin querer, Abby tiró torpemente el cubierto al suelo.

—Yo lo recogeré —dijo él y se levantó sin dar opción a que lo hiciera ella. Llevó el tenedor al fregadero y le trajo otro.

—Aquí lo tienes —le dijo y se inclinó sobre ella y dejó el tenedor a su lado. Antes de apartarse, le sopló suavemente en la nuca.

Ella se estremeció y lo miró horrorizada, pero él solo sonrió. A

menos que quisiera hablar de la atracción sexual que había entre ellos, Hunter realmente dudaba de que pudiera acusarlo de nada con una base sólida. Seguramente podría estar provocándola durante semanas, antes de que ella hiciera nada al respecto.

Abby se aclaró la garganta.

—Bueno, a lo que íbamos...

—La verdad, Abby —tomó sus manos entre las suyas, para que le prestara atención—. Creo que deberíamos dejar esta discusión para más tarde. He tenido un día muy duro y estoy cansado. Me gustaría cenar tranquilo.

—De acuerdo —dijo ella.

En ese momento, él llevó los dedos de ella hasta sus labios y se los besó suavemente.

—Gracias —le dijo, y la volvió a besar, antes de volver a poner su mano en la mesa.

Abby apretó los dedos del pie.

No había modo de que pudieran hablar de su relación, si estaban poseídos por aquella atracción física. No entendía lo que estaba haciendo él, o por qué lo estaba haciendo, pero sí sabía que no iba a decir ni una sola palabra hasta que aquella locura cesara.

Se llevó la mano al regazo y no le dio otra oportunidad de tocarla a lo largo de toda la cena.

Pero, cuando llegó le hora del postre, la sorprendió de nuevo tomando su mano después de meterse un trozo de pastel de limón, y gimiendo de placer.

—Esto está delicioso —dijo él, y volvió a llevarse su mano hasta la boca. Le fue besando, uno a uno, todos los dedos.

—No lo he hecho yo —dijo ella con la voz temblorosa. No solo estaba confusa sobre lo que él trataba de probar, sino que su tacto estaba empezando a afectarla seriamente—. La ha hecho la señora Romani.

Hunter sonrió.

—¿De verdad? —preguntó, pero en su tono se sobrentendía la cuestión de por qué se había tomado tantas molestias.

Al tratar de responderse a sí misma a esa pregunta que él no había llegado formular, se dio cuenta de que, quizás, Hunter no hacía sino demostrar físicamente lo que Kristen había insinuado: sentía cosas por ella que no podía expresar a menos que Abby

estuviera dispuesta a aceptarlo. Creando el ambiente adecuado, había conseguido que se relajara y fuera él mismo. De hecho, se estaba comportando cada vez más como el joven Hunter de antes. Eso podía significar que Kristen tenía razón y que solo era cuestión de tiempo el que Hunter admitiera que la amaba.

De pronto, se dio cuenta, al mirarlo, de que el nuevo Hunter, el hombre que solo podía sentir algo por Tyler, quizás estaba intentando seducirla en aquel momento porque venía la posibilidad de hacerlo. Puede que pensara que, en realidad, aquella cena era una táctica de ella.

—¿Por qué no nos terminamos el postre en el salón? —sugirió Abby, levantándose precipitadamente de la silla.

Aunque sabía que habría sido más inteligente seguir el plan de Kristen, Abby no consideraba adecuado jugar con él, ni aun cuando fuera para infundirle seguridad. Había decidido enfrentarse a la relación con toda honestidad, diciéndole a Hunter con toda sinceridad que confiaba en él, y que aceptaría tener la relación que él quería, siempre y cuando él se comprometiera a trabajar para tener la relación que ella quería.

Por desgracia, no estaba preparada para hacerlo aún.

Durante los dos minutos que tardaron en ir desde la cocina hasta el salón, ella trató de calmarse.

Pensaba que con el cambio de escenario conseguiría apartar su mente de los besos y de la sensación de su aliento sobre la nuca, hasta que se sentaron en el sofá. Entonces se dio cuenta de que había cometido un grave error de estrategia. Si quería seducirla, acababa de facilitarle las cosas.

—De acuerdo, antes de que ocurra algo a lo que ninguno sabe realmente cómo enfrentarse, tenemos que hablar —dijo ella, apartándose unos centímetros de él.

—Yo no quiero hablar de Tyler —dijo él.

Ella quería hablar, pero no de Tyler. No estaba dispuesta a permitirle a Hunter que la besara hasta no tener la certeza de que sus intenciones eran permanentes y serias. Pero, de pronto, algunas de las cosas que Kristen le había dicho aquella tarde cobraron sentido. Si seguía apartándose de él y actuando como si sus besos fueran algo malo, ¿cómo iba a llegar a sentirse seguro con ella? Si quería que viera que lo amaba y quería demostrarle que podía

confiar en ella y amarla también, entonces tenía que dejar de huir de él.

Ella se detuvo de golpe y él casi se choca con ella.

—¿Qué estabas diciendo? —le preguntó él, sonriendo. Parecía orgulloso ante la sensación de que la había atrapado, y Abby también sintió crecer su orgullo femenino. No la estaba asustando, ni la estaba empujando hacia algo que ella no quería. En todo caso, era ella la que lo estaba invitando a tomarse ciertas licencias que podían suponer el principio de una relación entre ellos.

De pronto, llevada por todos aquellos pensamientos, se volvió hacia él, agarró su rostro entre las manos y lo besó.

Hunter no había planeado un beso, pero, cuando Abby se volvió hacia él con aquellos inmensos ojos verdes e hizo algo que los dejó atónitos a los dos, perdió toda capacidad de pensamiento racional. Ella tenía los brazos hacia arriba y él posó las manos sobre su cintura. Al notarla tan estrecha, bajo sus manos grandes, toda su fuerza de voluntad se desvaneció. En lo único que podía pensar era en lo bien que se sentía, en lo maravilloso que era aquello. Sabía, exactamente, que el propósito de aquella tarde era darle lo que ella le había estado dando a él, pero Abby lo sorprendió tomando de nuevo la iniciativa en el juego.

0, quizás, lo que estaba haciendo era ofrecerle lo que quería porque, finalmente, se había dado cuenta de que también era eso lo que quería ella. Esa era la explicación más lógica al hecho de que Tyler fuera a pasar fuera toda la noche.

Alentado por este pensamiento, Hunter hizo acopio de toda su osadía y la besó apasionadamente, permitiendo que sus manos viajaran por todo su cuerpo. Al ver que no protestaba, fue un poco más lejos, presionando los lados de sus senos. Ella se estremeció, pero no le dijo que se detuviera, y Hunter pensó que esa era la respuesta a su pregunta. Abby había pensado y había llegado a la conclusión de que una fuerte atracción física y un hijo eran suficientes y se iba a casar con él.

Con ese pensamiento, la empujó suavemente, hasta que los dos estuvieron tumbados en el sofá, y él tomó control de los besos. Hambriento y sintiéndose de nuevo dueño de su vida, decidió obtener en aquel momento todo lo que quería. No solo porque lo quería, sino porque no podía dejar ningún resquicio abierto en la

mente de Abby. Si iban a tomar una decisión, tenía que ser aquella misma noche.

Pero en el momento en que él deslizó la malo por debajo del suéter, Abby sintió como si le hubieran tirado un jarro de agua fría. No sabía cómo habían llegado tan lejos, pero no quería seguir sin tener una honesta discusión sobre el tema. El problema era que no se había creado la situación adecuada para discutir nada.

Lo empujó ligeramente, pero lo suficiente como para que Hunter dejara de besarla.

—Creo que no estoy preparada para esto —dijo, utilizando aquella vaga pero concisa fraseología, con la que trataba de evitar insultarlo, pues no quería cerrar las puertas a la posibilidad de hablar.

Miró su rostro hermoso, y vio cómo se debatía. Finalmente, se apartó de ella.

Abby se levantó del sofá y se dirigió hacia la puerta. Pero sabía que tenía que darle a Hunter una explicación, para que no pensara que estaba loca.

—La verdad es que creo que no soy solo yo la que no está preparada. No estamos preparados como pareja. Necesitamos hablar para clarificar una serie de cosas, pero creo que no estamos capacitados para hacerlo esta noche —hizo una pausa, respiró profundamente, lo miró a los ojos y sonrió—. Buenas noches.

Se marchó rápidamente a su dormitorio. Aunque Hunter pensó que debería de haberse sentido furioso porque ella había tomado una vez más el control de la situación, la realidad era que se sentía feliz. Quizás no estaba preparada para establecer un compromiso y, sin embargo, lo había hecho, y eso era lo que contaba.

Pero todavía creía que no podía dejar escapar la oportunidad. Aquella decisión le había costado mucho y era demasiado importante para él. No podía darle la oportunidad de que cambiara de idea.

Así que, al día siguiente, fue él el que hizo unos pequeños preparativos. Primero, se tomó la tarde libre. Abby había dicho en el desayuno que trabajaría por la tarde para sustituir a una camarera que tenía que ir al médico, así que Hunter compró comida y preparó la cena. Cuando todo estaba ya dispuesto, encargó unas flores para la mesa y llamó a la señora Romani para que se llevara a

Tyler al cine y luego pasara la noche en casa de Kristen y Grant.

Pero le hizo prometer que no diría nada a Grant ni a Kristen de que se iban a quedar con el niño hasta que volvieran del cine. En primer lugar, temía que la mentalidad de aquella pequeña ciudad fuera uno de los motivos por los que Abby no quería sino una relación matrimonial diferente a lo establecido. Segundo, no quería que nada los interrumpiera. Abby no tenía que decirlo; él sabía que ella estaba preparada para aceptarlo tal y como era, para admitir el tipo de relación que él podía darle, sin esperar nada más y sin posibilidad de arrepentimientos. Lo que necesitaba, más que una discusión, era un compromiso físico. Una vez hubieran sellado de ese modo su relación, ya no habría vuelta atrás.

Se dio—cuenta de que eso era lo que ambos necesitaban.

Cuando Abby llegó a casa, cansada y oliendo a aceite requemado, subió directamente, sin ver la maravillosa mesa que se había montado y sin darse cuenta de que él tenía intenciones de seducirla aquella noche. Le dijo que, puesto que parecía tan cansada, debía darse un baño de espuma y relajarse, porque la cena podía esperar un poco.

Como él esperaba, el baño le hizo bien, y ella bajó renovada, fresca y feliz.

Pero cuando llegó al comedor, se quedó paralizada.

—Bien, ahora ya no me cabe duda de que tenemos que hablar.

—No, no hay nada que hablar —dijo él desde atrás, susurrándole las palabras sobre el cuello.

—Sí, claro que sí —lo contradijo ella con la misma voz firme que usaba con su hijo.

Él se rio.

—No pierdas tu tiempo usando ese tono conmigo. No soy Tyler. No me asusto.

Su observación le provocó la risa, pero todavía notaba que estaba nerviosa. Así que la entretuvo a lo largo de la cena con historias divertidas y consiguió exactamente lo que quería: se relajó. Pero al llegar al salón, como la noche anterior, ella se quedó paralizada una vez más.

—Esto no está bien —dijo, y Hunter la besó y, aunque ella trató de evitarlo, se dejó llevar. La parte lógica y racional de su cabeza le recordó que necesitaban hablar antes de que ocurriera nada, pero

sus besos hablaban de una pasión que era imposible frenar. En cuestión de segundos Abby ya no pudo pensar más.

Se dio cuenta de que lo que le había dicho Kristen la tarde anterior tenía mucho que ver con lo que le estaba sucediendo. Ella estaba convencida de que los besos eran una prueba segura de que iban progresando y que Hunter cada vez se sentía más cómodo, lo que iría haciendo que se abriera y compartiera con ella su amor. Así que todo aquello era bueno.

Pero, de pronto, en mitad de todo aquello, Abby se dio cuenta de que Kristen y ella no hacían sino tratar de adivinar cuáles eran los sentimientos de Hunter. La razón luchó por dominar la situación, y Abby logró considerar, que, a menos que hablaran, no tenía claras cuáles eran sus intenciones.

—De acuerdo —dijo ella, y se apartó de él—. Antes de llegar a un punto en que ya nos sea imposible hablar, ¿qué te parece si lo hacemos ahora?

—No necesitamos hablar de nada —dijo Hunter. La abrazó y la besó.

Ella se apartó.

—Hablo en serio. Quieres estar con Tyler cuanto más tiempo mejor, quieres ser un buen padre y piensas que casándote conmigo conseguirás todo eso.

Hunter empezó a besarle el cuello.

—Sé que si me caso contigo conseguiré todo eso. Abby se estremeció y respiró profundamente.

—Y yo opino lo mismo. Así que, en algunos puntos, estoy de acuerdo. Pero todavía hay muchos puntos en los que no.

—No puedo imaginarme ni uno solo de ellos —le dijo, mientras le mordía el lóbulo de la oreja.

Su respuesta bastó para captar plenamente su atención y desviarla de los mordiscos seductores que le daba.

—Nuestro problema es el mismo que siempre hemos tenido —dijo ella—. Tú quieres crear una familia y yo quiero amor.

—Si tenemos una familia, tendrás mucho amor.

Su afirmación fue como un canto de esperanza que lo iluminó todo, pero necesitaba obligarlo a admitir claramente todo antes de hacer el amor.

Lo obligó a mirarla directamente a los ojos.

—¿Es eso verdad? ¿Voy a recibir mucho amor?

—Por supuesto —dijo él simplemente, y la habría besado otra vez, pero ella lo detuvo.

—Quiero amor de verdad, apasionado.

Hunter no pudo mentir.

—Abby, tú sabes que yo no creo en ese tipo de amor.

—Y tú sabes que yo sí. No solo creo que existe, sino que no puedo comprometerme, a menos que me prometas que vas a intentar amarme. Lo único que te estoy pidiendo, Hunter, es que intentes amarme. Amor de verdad, como el que solías sentir.

Por el gesto torturado de sus ojos, podía decir que sabía exactamente de qué estaba hablando, que recordaba la pasión amorosa que habían compartido, pero que él no quería volver a sentir. Y el ser capaz de controlarse le hacía sentir más fuerte, más hombre. Así que no podía mentir, diciendo que lo iba a intentar, porque los hombres fuertes y decididos se enfrentaban a la verdad. Aquella relación vacía, que consistía solo en sexo y en paternidad era bastante para él.

—¿Y yo? —preguntó ella, diciendo en alto lo que estaba pensando—. ¿Se supone que yo tampoco debo sentir amor?

—Abby, tu idea del amor está totalmente idealizada.

Ella alzó la barbilla.

—No lo creo.

—Pero yo sí.

Durante lo que ambos sintieron como una eternidad, él se limitó a mirarla. Luego agitó la cabeza, como si estuviera sorprendido de que ella no viera que tenía razón, y se levantó del sofá.

—No te molestes en decirme que tengo que irme del hostal —le dijo, en un tono más furioso que dolido—. Esta vez, soy yo el que toma la decisión.

Capítulo 11

A ABBY no le sorprendió que las tres Brewster aparecieran en la cafetería diez minutos después de que ella empezara su turno. No quería evitarlas, pero tampoco estaba preparada para hablar sobre la dolorosa conversación con Hunter la noche anterior. Abby dio gracias por la cantidad de clientes que la mantenían ocupada. Finalmente, cuando la cafetería se empezóó a vaciar, ella se sentó con las tres mujeres.

—Se ha terminado —dijo ella, con toda la calma que podía mantener, dado el estado de su herido corazón—. No quiero hablar de ello. No quiero oír ninguna nueva y fantástica idea, ni ningún plan o estrategia. Ya está. No porque no reconozca que, a su modo, me quiere, sino porque, definitivamente, él no busca una relación realmente íntima conmigo. Estoy cansada de probar y experimentar.

Algo en su voz debió de llegar directamente a las tres mujeres, pues se miraron entre sí, antes de que Claire hablara.

—¿Sabes? Lo sentimos.

Abby agitó el trapo que llevaba en la mano, como quitándole importancia a lo acontecido.

—Nosotras te empujamos a ello —admitió Kristen.

—Alguien tenía que hacerlo —dijo Abby, y se levantó—. Pero creo que era lo mejor. Tenía que saber con absoluta certeza que acabar con todo de una vez era lo adecuado. Ahora ya sé que es así.

Pero Lily no parecía tan convencida como las otras tres.

—¿Estás segura?

—Me he dado cuenta de que, continuando con la relación, no solo me decepcionaría a mí misma, sino que también lo decepcionaría a él. Sus ojos me dicen que sabe, exactamente, lo que se está perdiendo en la relación no queriendo que se convierta en algo íntimo. Pero hay demasiada historia entre nosotros como para poder volver a recuperar la confianza.

—¿Y piensas que puede haber otra mujer que le devuelva esa capacidad de confiar? —preguntó Kristen.

Ella asintió.

—Eres mucho más valiente que yo —dijo Claire, y puso la mano sobre la de Abby.

—Y mucho más fuerte que yo —dijo Lily, poniendo la mano sobre la de Claire.

—Y menos egoísta que yo —Kristen colocó la mano sobre la de Lily.

—Pero aquí estamos, para darte nuestro apoyo.

Abby respiró profundamente y trató de quitarse el nudo que sentía en la garganta. Tal vez no tenía el amor de Hunter Wyman, pero tenía el amor de unas muy buenas amigas.

—Gracias —dijo, confiada de haber tomado la decisión adecuada, no importaba cuánto le doliera.

Cuando Hunter apareció con Grant por la cafetería a la hora de comer aquel mismo día, Abby empezó a temblar. Si aprender a vivir sin él le había resultado difícil cuando estaba fuera, se dio cuenta de que hacerlo cuando podía aparecer en cualquier lugar era casi imposible.

Pero Abby había sobrevivido a la muerte de sus padres, superado muchos problemas financieros, asumido la responsabilidad de un negocio y criado a un hijo sola durante muchos años. Se negaba a permitirle que le arruinara la vida.

Sin embargo, no iba a ser tan tonta como para servirle el día después de haber decidido dejar el hostal. Mandó, directamente, a Sally Whiteford, la otra camarera de la cafetería, para atenderlos.

Después, se metió en la despensa y respiró profundamente varias veces para recobrar la compostura.

—¿Eh? ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Abby volvió la cabeza y vio la enorme figura de Grant en la puerta.

—Pues, la verdad es que trato de respirar.

Esa respuesta podría haber confundido a cualquier otra persona, pero para Grant tenía mucho sentido. Entró en la habitación.

—¿Estás bien?

—Lo estaré en cuestión de treinta segundos. Además, tengo toneladas de trabajo que hacer —se recordó a sí misma, esperando que él entendiera la indirecta.

—¿Sabes? Hunter se siente tan mal como tú.

—Yo no me siento mal —dijo Abby—. Solo necesitaba un poco de aire, eso es todo.

—Pues bien, aunque tú no te sientas mal, Hunter sí.

—No es mi problema —dijo ella y se estiró el delantal, dispuesta a salir.

—¡Claro que lo es! —dijo Grant—. Vamos, Abby. No soy estúpido y tampoco soy ciego. Sé que lo dos habéis estado intentando hacer que la relación funcionara, al menos por el bien de vuestro hijo.

Abby respiró nerviosamente.

—Si sabes todo eso, también te habrás dado cuenta de que no ha funcionado.

Grant gruñó.

—Pero si ni siquiera lo has intentado.

—¿Qué no? —dijo Abby, poniéndose furiosa—. Lo he intentado todo: he sido amable, he sido comprensiva, le he concedido todos los privilegios con Tyler, he permitido que viviera conmigo, he aceptado los regalos que me compró en nombre de mi hijo. ¿Es que no hablas con tu mujer?

—Sí, pero no me cuenta nada de ti, porque dice que este es uno de esos asuntos femeninos que los hombres no pueden comprender.

—Pues tiene razón.

—No, estáis equivocadas. En cualquier caso, es absurdo tener una relación por consenso. Sois vosotros los que habéis de elegir, Abby.

—Grant, ya lo hemos hecho —dijo ella—. Siempre hemos sabido que queríamos dos cosas completamente diferentes. Anoche, nos dimos cuenta de que ninguno de los dos quiere cambiar de opinión.

—¿No podríais llegar a algún tipo de acuerdo? —le rogó.

—¿Por qué? —le preguntó incrédula—. ¿Qué más te da a ti?

—Mi salud mental —dijo Grant—. Hunter se siente mal y me está volviendo loco.

Finalmente, se dio cuenta de lo que estaba pasando.

—Eres imposible. No voy a tener una relación con él, solo para que vuestro proyecto salga adelante.

—Cuanto peor se siente, más posibilidades hay de que cometa un error —dijo Grant, y la siguió hacia la cocina—. Venga, Abby, toda la zona depende de este proyecto. No puedes dejarnos de la mano de Dios.

Los motivos con los que trataba de convencerla no la afectaron en absoluto. Pero, al llegar a la puerta desde la que se accedía a la

cafetería, vio a Hunter sentado en una de las mesas, y se quedó paralizada. No había contado con que verlo tan hundido fuera a tener tanto efecto sobre ella. Su propio dolor le resultaba difícil de llevar, pero el de Hunter era casi imposible de aguantar, sin pensar que tenía que hacer algo para rectificar el mal.

—Míralo. Está triste y solo. Quiere mucho a ese niño —le susurró a Abby al oído—. Y tú lo estás apartando de él.

Abby se sintió como un balón que se acababa de desinflar.

Miró a Grant.

—¿Qué?

—Quiere mucho a Tyler —dijo Grant una vez más—. No se lo quites.

Abby sintió que la rabia le teñía las mejillas. Así que Hunter había mentido respecto a lo que había sucedido entre ellos.

—Yo no le he querido quitar a Tyler. Ha sido Hunter el que ha decidido marcharse. Puede seguir visitando al niño siempre que quiera. Y él lo sabe —añadió, y, acto seguido, se alejó de Grant.

No podía creer que había estado tan ciega y que había sido tan estúpida. Hunter solo quería a Tyler en su vida, no a ella. La prueba era lo que Hunter le había dicho a su amigo y socio. Echaba de menos a Tyler, no quería alejarse de él. Pero no había dicho ni una sola palabra respecto a ella. Aunque se sintió mal, herida, pocos minutos después se sintió agradecida de que quisiera a su hijo así. Tyler lo necesitaba.

Después dejó que la rabia la consumiera de nuevo. No estaba dispuesta a ser una estúpida otra vez. Hunter quería a Tyler, y quería ejercer de padre y sentía como una necesidad el casarse con ella. Eso era lo único que sentía por ella. Tenía que recordarlo.

Hunter llegó al hostal pasadas las siete de la tarde, dispuesto a recoger sus cosas. Abby se dio cuenta de que había encontrado un sitio en el que asearse después del trabajo y que había venido lo suficientemente tarde como para que Tyler y ella ya hubieran cenado. Sospechaba que era porque había llegado a la misma conclusión que ella. Un matrimonio entre ellos no funcionaría, y era mejor que se mantuvieran alejados el uno del otro. El necesitaba centrar su atención en Hunter y ella necesitaba que él lo hiciera.

Pero también decidió que no podía estar siempre enfadada, porque eso no le haría bien a nadie. Así que, cuando llamó a la puerta y entró en la cocina, le sonrió.

—Escucha, siento mucho la discusión de anoche.

Él apartó la mirada, como si tuviera problemas en recordar la discusión. Mantenía su vida bajo control, haciendo que fuera ordenada y exenta de emociones intensas. Abby no lo culpaba por ello. Al fin y al cabo sabía que su vida no había sido fácil.

El que ella quisiera una relación pasional era casi cruel. Le estaba pidiendo que bajara todas las barreras que lo defendían del pasado, y no podía hacer eso. En aquel preciso momento, al darse cuenta de aquello, sintió que la puerta del destino se le cerraba definitivamente. Hunter había llegado a ser así, porque tenía un motivo para ello. Ella no tenía más opción que aceptarlo tal y como era o seguir adelante por su cuenta.

Tyler entró como un rayo en la habitación.

—¡Hunter! —dijo el niño—. Te has perdido la cena.

Hunter se puso de cuclillas junto a su hijo.

—He cenado con Grant y Kristen —le dijo y se dio su tiempo para elegir cuidadosamente la siguiente frase—. Desde ahora, me voy a quedar en casa de ellos.

Tyler hizo un gesto de decepción y comenzó a parpadear a toda prisa.

—¿Qué?

—Que desde ahora viviré en casa de Grant y Kristen. Grant y yo tenemos mucho trabajo. Así podremos terminarlo.

—Oh —dijo el niño, toda su decepción concentrada en una sílaba.

Abby se sintió tremendamente culpable. Cuando Hunter se levantó y le puso a su hijo las manos sobre los hombros, el grado de aquel sentimiento creció. No pudo evitar pensar que era todo culpa suya. Lo único que tenía que hacer era decirle a Hunter que se olvidara de lo sucedido, que volviera al hostal, y Hunter y Tyler serían felices.

Seguro que podría arreglárselas. De cualquier forma, se lo iba a encontrar por la ciudad cientos de veces a lo largo de la semana. El que no estuviera en su casa no evitaría que tuviera que verlo. Brewster County era un lugar pequeño.

Descontenta y confusa, subió las escaleras, con la intención de decirle que debían intentar lo de que él viviera en el hostal una vez más. Incluso consideró la posibilidad de que el abogado redactara un documento especial en el que se determinaran los límites de su relación.

Pero cuando llegó a la habitación, oyó que padre e hijo estaban hablando, y se quedó a escuchar. Había risas, y Hunter le aseguraba que todo iría bien. Escuchó a Tyler preguntarle sobre las lagartijas del pantano y la respuesta, entrecortada por la risa, que le daba Hunter.

A Abby se le llenaron los ojos de lágrimas. Aquel era el motivo de que Hunter no pudiera vivir en su casa. No porque no quisiera que Hunter y ella compartieran aquellos momentos íntimos, sino porque eran instantes familiares, pero ella no estaba invitada. No era parte de aquella relación. Era alguien separado. Y le dolería cada vez que aquello ocurriera y se sintiera obligada a apartarse y dejarles que disfrutaran de aquel momento de cariño.

Por fin se dio cuenta de qué era lo que realmente la perturbaba. Él no tenía problemas en amar apasionadamente a su hijo, no tenía problemas en ser totalmente emocional con el pequeño. Podía ser vulnerable, no le importaba sentir dolor por no poder verlo más.

Lo que significaba que le era posible amar, pero, sencillamente, no podía amarla a ella.

Se puso la mano sobre la boca para contener los gemidos y se alejó de la habitación, dejando que padre e hijo disfrutaran de su intimidad. Porque a ella le quedaba toda la vida por delante, y una nueva vida iba a comenzar. Pronto Hunter tendría una casa que Tyler haría también suya y ella no estaría invitada.

Una vez en la cocina, buscó en el libro una receta rápida y fácil. Pero se dio cuenta de que hacer galletas no le iba a ayudar. Necesitaba amasar algo, así que se decidió por hacer pan.

En cuanto encontró la receta, sacó todos los ingredientes. Para cuando Hunter y Tyler llegaron a la cocina, ella ya estaba cubierta de harina y gran parte de su frustración estaba amasada con el pan.

—¿Todo arreglado? —preguntó ella en tono feliz y se volvió a mirarlos.

—Sí, todo arreglado —dijo Hunter.

No fue su respuesta, ni su dolor lo que le llegó muy dentro, sino

el modo en que Hunter tenía la pequeña mano de Tyler en la suya. Durante el tiempo que Hunter había vivido con ellos, raramente lo había visto tocar a su hijo con aquel gesto de afecto. Muchas veces le ponía la mano sobre el hombro para evitar que se alejara, lo acariciaba, lo meneaba, lo regañaba, pero nunca lo agarraba de la mano.

Sintiéndose como la bruja mala, Abby se aclaró la garganta.

—Si quieres te ayudo a llevar cosas al coche.

—No, gracias —dijo y se agachó junto a su hijo—. Vendré el sábado. Estate preparado a las nueve. Vamos a pasar juntos todo el día, eso incluye la cena, si a tu madre le parece bien.

—Sí, claro que sí —dijo ella.

—Y ahora, vete a jugar. Tu madre y yo tenemos aún unas cuantas cosas que discutir.

Tyler asintió y el gesto de abatimiento de su rostro, entristeció a Abby. Nunca lo había privado de nada, sobre todo si se trataba de poner sus necesidades por encimas de las del niño, y no se podía creer que estuviera empezando a hacerlo en aquel momento.

—Hunter —empezó a decir ella—. Yo...

—No —la detuvo él—. Antes de que digas nada, quiero tener mi oportunidad de decir yo algo. No voy a tolerar que a Tyler le falte de nada, solo porque eres demasiado cabezota para aceptar mi dinero —sacó quinientos dólares de la cartera y los dejó sobre la mesa—. Y quizás, si te compraras algo de vez en cuando, si te trataras bien, no serías...

—¿Tan poco razonable? —dijo Abby—. Tengo intenciones de aceptar la pensión del niño. Pero quiero que te queden claras dos cosas. Primera, hemos salido adelante bien sin tu dinero, jamás le ha faltado nada. Segunda, no soy poco razonable.

Hunter se pasó la mano por la nuca.

—Lo siento, ha sido un golpe bajo.

—De acuerdo —dijo ella—. Lo entiendo.

—¿De verdad? —preguntó Hunter inesperadamente, mirándola directamente a los ojos—. ¿Sabes lo que es tener un hijo del que te has perdido los seis primeros años de su vida y saber que ya solo vas a disfrutar trozos, fragmentos de él?

Abby lo miró fijamente, con los ojos llenos de lágrimas.

—Sinceramente, creo que puedo entender perfectamente lo que

te hace sentir no ser parte de ciertas cosas. Creo que es mi punto de vista el que tú no entiendes.

Hunter se rio amargamente.

—¿Sabes? Estuve en muchas conversaciones como esta durante mi divorcio.

—Entonces, supongo que debemos dar gracias de no habernos casado.

—Sí, supongo que sí —dijo él, antes de encaminarse hacia la puerta. Pero se detuvo de repente—. Ojalá pudiera creer en todo lo que tú crees. Pero, sencillamente, no pienso que algo así pudiera sucedernos a nosotros.

Tras decir eso, se marchó. Abby se dejó caer en un asiento de la cocina. Si no hubiera hecho una referencia directa a ellos dos con la expresión «nosotros», tal vez no se habría sentido tan vacía y herida. Sinceramente dudaba que él fuera consciente del contenido de sus palabras, pero lo que había dicho era, exactamente, lo que la había torturado desde el principio.

No confiaba en ella.

Pero, algún día llegaría a confiar en alguien. No solo iba a llevarse la mitad del amor de su hijo, sino que, seguramente muy pronto, tendría que soportar el ver cómo se enamoraba de otra mujer.

Capítulo 12

CUANDO Abby se despertó a la mañana siguiente, se dio cuenta de que el sol brillaba más fuerte que de costumbre. Luego, se preguntó por que no había oído la alarma. No se había dormido hasta después de la media noche, preocupada por si había hecho o no lo adecuado con Hunter, y llorando porque, finalmente, había reconocido que nunca la amaría. No podía creerse que se hubiera despertado antes de oír la alarma.

Miró al reloj y se quedó boquiabierta al comprobar que eran las nueve y media. Sabía que había puesto el despertador y, sin embargo, el botón estaba en la posición de apagado.

Se levantó de la cama a toda prisa y fue a la habitación de Tyler, donde descubrió que, no solo se había levantado, sino que había hecho su cama. Completamente desconcertada, casi pasa por alto la nota que había depositada encima de la almohada.

Pensando que sería una disculpa por su malhumor de la noche anterior, Abby agarró el papel con una sonrisa. Pero, al ver que no se trataba del acostumbrado dibujo, se alteró. Leyó el contenido expuesto con la simplicidad de un niño de primero de básica, y explicaba que había ido a buscar a Hunter. Abby soltó el papel y bajó las escaleras a toda prisa.

Agarró el teléfono y llamó a casa de Grant y Kristen.

—¿Está Hunter ahí? —le preguntó a la señora Romani, en cuanto descolgó el auricular.

—Sí, claro que está aquí —dijo la mujer en un tono alegre que le hizo pensar a Abby que su hijo ya estaba allí, y se sintió aliviada.

Pero cuando Hunter respondió con toda calma, sus esperanzas se desvanecieron.

—Hola, Abby —dijo tranquilamente.

—Hunter, he encontrado una nota de Tyler en su cama esta mañana. Ha ido a buscarte.

—¿Qué? —preguntó él alarmado.

—Lo siento —dijo ella—. Me he levantado tarde de la cama. Pensé que había puesto el despertador, pero estaba apagado. Me acabo de despertar. He ido a su habitación y me he encontrado la nota.

—¡Maldita sea! —dijo Hunter, totalmente frustrado—. Abby, anoche, mientras hacía las maletas, le expliqué a Tyler dónde estaba la casa de Grant. También le expliqué cómo se apagaba un despertador, porque me lo preguntó. A veces me hace preguntas tan extrañas, que no me imaginé que lo del despertador pudiera tener nada que ver con lo de la casa de Grant. ¡Maldición!

—De acuerdo, no nos dejemos llevar por el pánico —dijo Abby, manteniendo la calma, y sintiendo, por primera vez, una afinidad con el padre de Tyler que no había sentido en mucho, mucho tiempo—. Va de camino allí, así que estará en la carretera ciento sesenta. No es el mejor lugar para un niño de seis años en una bicicleta, pero, al menos, sabemos dónde podemos encontrarlo.

—Tienes razón. Lo siento, Abby —dijo Hunter—. Debería haberle preguntado para que quería saber dónde vive Grant. Aún más, debería haberle preguntado para qué quería saber cómo se apagaba el despertador.

—Eres nuevo en esto de la paternidad —le dijo Abby, aceptando sus disculpas—. No seas demasiado duro contigo mismo

—De acuerdo —dijo Hunter.

Aunque estaba preocupada por su hijo, finalmente había encontrado cierta paz en su relación con Hunter. Nunca tendría su amor, nunca sería su esposa, pero, juntos, podrían ser los padres de Tyler. Dentro de ellos había dos adultos maduros.

Llamó a la cafetería para explicar que llegaría tarde. Luego se vistió rápidamente con el uniforme de camarera y se fue a trabajar. Tenía que seguir con su rutina diaria, hasta que Hunter encontrara a su hijo. Luego pensaría en cómo regañarlo, en lo que debía decirle. Tendría que enseñarle que no podía ir de una casa a otra sin pedir permiso antes.

Cuando las diez de la mañana se convirtieron en las once, y seguía sin haber señales de Hunter o de Tyler, Abby empezó a sentirse inquieta. Diez minutos después, Hunter apareció por la cafetería, él solo. Se la llevó a una de las mesas y se sentaron.

—Abby, es obvio que no lo he encontrado.

Abby forzó una risa.

—Vaya, yo que pensaba que lo habías dejado en el coche para que tú y yo pudiéramos tener otra de nuestras desastrosas discusiones.

—Ojalá —dijo Hunter—. Grant ha llamado a la policía estatal. Kristen ha salido con un grupo de búsqueda. Ahora me tengo que ir, pero te mantendré informada.

—¡De eso nada! —dijo Abby, levantándose del asiento. Sintió miedo y culpabilidad. Ella era la causante de que se hubiera tenido que ir a buscar a su padre—. No me puedo quedar aquí sentada a esperar a que tú aparezcas. ¡No me voy a sentar aquí a esperarte!

—Tampoco puedes salir así —le dijo Hunter con toda la calma —. Abby, esto es muy duro.

Ella respiró profundamente.

—Puedo hacerlo.

—Estoy seguro de ello. Pero, por ahora, necesito que te quedes, para hablar con la policía cuando llegue. También necesito saber dónde estás, para poderte informar, inmediatamente, cuando encontremos a Tyler.

Todo aquello tenía sentido, así que Abby se volvió a sentar.

—De acuerdo.

Hunter le apretó la mano.

—Espera aquí a que venga la policía estatal. Kristen está de camino. También vienen Lily y Claire.

Como si el decir su nombre tuviera algún tipo de poder mágico, Claire apareció en aquel instante por la puerta.

—Abby, no te preocupes —le dijo—. Evan ha enviado a todos sus empleados a buscar al niño por el bosque. Seguro que lo encuentran enseguida.

—Bien —dijo Abby, totalmente paralizada por el temor. Ni siquiera notó el beso que Hunter le dio en la frente antes de marcharse.

Con Claire y Lily a su lado, Abby habló con la policía estatal. Luego se sentó en una mesa a esperar. Los únicos clientes que llegaron fueron gente que estaba ayudando en la búsqueda y que necesitaban un descanso. Hunter no regresó, lo que le indicaba a Abby que algo iba mal.

Cuando al fin llegó a la cafetería ya pasadas las dos, Abby se negó a quedarse al margen de la búsqueda.

—Es mi hijo —dijo con urgencia, agarrándose a la camisa de Hunter—. Lo conozco mejor que nadie. Puedo encontrarlo.

—Abby, hay un montón de expertos en búsquedas allí fuera y

nadie sabe a dónde ir.

—¿Ha hablado alguien con Jimmy Parker? —preguntó Abby—. Quizás sepa de alguna cabaña que hayan hecho, o alguna cueva.

—Sí, Abby —dijo Hunter—. Ya han hablado con él. Se han tocado todas las posibilidades.

—¿Dónde está? —preguntó ella, agitando el puño con rabia—. ¡Maldición! ¿Dónde está?

—Lo encontraremos, Abby —le aseguró Hunter.

Pero Abby negó con la cabeza.

—Lo encontraré yo —dijo ella y salió de la cafetería como un rayo.

—Al menos, cámbiate de ropa —dijo Hunter, yendo detrás de ella.

—No —le respondió, dirigiéndose hacia su casa a recoger su viejo coche, con la intención de conducir a través del bosque en dirección a la mansión de los Brewster—. No tengo unos zapatos más cómodos que estos. No voy a dejarlo solo en el bosque ni un segundo más.

—De acuerdo —dijo él, agarrándola del brazo para detenerla—. Puedes ir y hacerlo con el uniforme. Pero no puedes ir en tu coche. Vamos en el mío.

Condujeron por la parte del bosque en la que consideraron más posible poder encontrarlo. A cada lado de la carretera había vehículos de gente que estaba ayudando en la búsqueda.

Al salir del coche, Abby miró de un lado a otro.

—¿Le dijiste, explícitamente, que tenía que ir por esta carretera para llegar a casa de Grant?

Hunter negó con la cabeza.

—No. Pero como esta es la única vía que llega hasta allí, asumí sería la que tomaría.

—Tal vez haya ido por el bosque —dijo Abby, observando el escenario que los rodeaba—. Antes de que muriera, mi padre se llevaba a Hunter a dar paseos por el bosque que está justo detrás del hostal. Una vez estuvimos merendando junto a un arroyo y mi padre le contó que la casa del viejo Brewster estaba al otro lado.

Hunter la miró mortificado.

—Yo le dije que la casa de Grant estaba al final del bosque. Pero creí que habría tomado la carretera. No pensé que se le ocurriría

atravesar todo el bosque.

—Vamos —dijo Abby, dirigiéndose hacia el coche de Hunter—. Dejemos que los demás continúen con lo que están haciendo, pero, por si Tyler recordó lo que mi padre le había dicho, nosotros buscaremos por la zona del bosque del hostal.

Volvieron hacia allí, atravesando la ciudad. Hunter tomó una pequeña carretera que los llevó directamente a la zona a la que se refería Abby. Una vez allí, se bajaron del vehículo y decidieron seguir andando.

Abby llevó a Hunter hasta el arroyo y, de pronto, empezó a reírse.

—¿Por qué te ríes? —preguntó Hunter, sabiendo que era la tensión la que le provocaba aquella risa. No obstante, necesitaba hablar con ella, para poder calmar un poco su estado de nervios.

—Cuando era pequeño, Tyler no podía decir «naranja», así que decía «nadanda» —ella agitó la cabeza—. No sé por qué me he acordado de eso ahora.

—Es un recuerdo muy tierno —dijo Hunter, con los ojos llenos de lágrimas. Había encontrado a su hijo después de seis años y por su incapacidad de llevarse bien con su madre lo había perdido—. ¿Qué más recuerdas?

Ella se limpió las lágrimas de la mejilla.

—Solía dormir con una manta vieja hasta tres días antes de que llegaras. Una noche, de pronto la trajo a mi cuarto y me dijo que ya no la necesitaba y que la podía tirar.

—Menos mal —dijo Hunter, sintiendo la necesidad de bromear un poco—. No me gustaría que un hijo mío durmiera con una manta.

—Tiene solo seis años —dijo Abby—. Si quería una manta, podía tenerla —hizo una pausa y tragó saliva—. Pero ese día vino y me dijo que ya era mayor y que no necesitaba la manta más —algunas lágrimas volvieron a aflorar—. Me hacía sentir culpable el que él me quisiera proteger.

—Te quiere —dijo Hunter. ¡Cómo habría deseado poder amarla! Sentía muchas cosas por ella: gratitud, aprecio, respeto, admiración, deseo. Todo, menos un amor incondicional. Porque pensaba que el amor incondicional era para necios y no estaba dispuesto a ser un necio otra vez—. Has hecho de él un pequeño hombrecito, Abby,

sin ninguna guía o ayuda. Eso dice mucho de ti.

Le apretó suavemente los hombros.

Se dirigieron hacia el riachuelo y Abby notó que había unas huellas junto a la orilla.

—Ha estado aquí —dijo ella aparentemente tranquila, pero con la voz ligeramente temblorosa por el miedo.

El bosque era un lugar lleno de animales y muchos peligros, donde un pequeño niño no estaría nunca a salvo.

—Lo encontraremos —dijo Hunter, dirigiéndose hacia ella, y le puso las manos sobre los hombros. Después de marcharse de Brewster County jamás había vuelto a mirar atrás, y eso había obligado a aquellos hombros a soportar una carga muy pesada y mucho dolor, y lo sentía—. Te prometo que lo encontraremos.

Ella asintió y echaron a andar a lo largo del riachuelo, hasta que encontraron una parte más estrecha por la que pudieron cruzar. El bosque se iba haciendo cada vez más espeso y la vegetación baja cada vez más difícil de atravesar. Unos minutos más tardes, encontraron la bicicleta de Tyler abandonada.

Abby no pudo evitar el llanto. Hunter apretó los labios para controlar el temblor y la tomó en sus brazos mientras lloraba.

—Lo encontraremos —le dijo, una vez más, como si fuera una letanía—. Pero creo que ahora deberíamos regresar y decirle a los demás lo que hemos hallado.

Ella negó con la cabeza.

—Hemos llegado hasta aquí y el sol se pondrá en unas horas. No podemos perder tiempo.

Él estaba de acuerdo, así que se dejó guiar por ella, adentrándose aún más en el bosque. Pero llegó un momento en que ya no conocía tan bien la zona.

—La granja de mi padre estaba justo allí —dijo él, señalando hacia el Oeste—. Cuando era pequeño, solía venir hasta aquí para librarme de él cuando bebía. De hecho, sé que hay una cueva por aquí.

—¡Una cueva! —gritó Abby horrorizada—. Los osos viven en las cuevas.

—No te dejes llevar por el pánico —le dijo Hunter, agarrándola de la mano y llevándola en la dirección adecuada. No le contó nada sobre el acantilado que había junto a la cueva. En aquel momento,

era el lugar más adecuado en el que mirar.

Caminaron durante otros veinte minutos, hasta que Hunter se dio cuenta de que Abby estaba agotada. Se detuvieron durante unos minutos. Estaban a punto de iniciar de nuevo la búsqueda, cuando oyeron la voz de Tyler.

—¡Mamá, mamá! —gritó el niño.

—¡Tyler! —lo llamó Hunter. Giró hacia la izquierda y miró de un lado a otro, hasta que, al final, vio a su hijo—. ¡Tyler!

Sin pensar en Abby, corrió hacia él.

—¡Papá! —Tyler se lazó a su brazos y Hunter lo levantó en volandas. Tenía las mejillas llenas de lágrimas y llevaba la camiseta rota—. ¡Papá, he pasado mucho miedo! ¡Hay muchos bichos! ¡Una abeja casi me pica!

—Lo sé, lo sé —dijo Hunter, riéndose, y sintiendo un amor cálido y apasionado. Por primera vez, su hijo lo había llamado «papá», y el sonido de aquella palabra parecía resonar en todo su ser. Tyler lo quería lo suficiente como para aceptarlo incondicionalmente. No se había dado cuenta hasta entonces de cuánto había necesitado aquello, hasta que lo había llamado papá.

Entonces alzó la vista y vio a Abby. Estaba allí, de pie, aliviada, y esperando la oportunidad de poder abrazar a su hijo, pero permitiendo que Hunter tuviera su momento. Era la persona más generosa que jamás había conocido. Nunca habría interferido en su relación con Tyler, pero allí estaba, apartada, y perdiéndose aquel importante momento. Se estaba perdiendo todo aquel amor maravilloso. Estaba sola, esperando.

Y, en ese instante, entendió que, no solo la había privado de su amor, si no que le había impedido compartir aquellos momentos con su hijo común.

El reconocimiento de su error lo dejó paralizado. Bajó a Tyler al suelo y el pequeño corrió, inmediatamente, hacia su madre.

—¡Mamá! ¡Estaba tan asustado!

—Lo sé —dijo ella y lo tomó en sus brazos. Le llenó el rostro de besos—. Ya eres mayor, pero todavía necesitas que alguien te acompañe para atravesar el bosque.

—¡Lo sé! —dijo Tyler enfáticamente, mientras lloraba.

Hunter sabía que no lo iban a castigar. Tyler había aprendido por sí solo una lección muy valiosa y estaba lo suficientemente

asustado como para no volver a hacer nada parecido otra vez. Por supuesto, Hunter tendría que explicarle que no debía apagar el despertador de su madre y que no podía lanzarse a la aventura sin pedir permiso. Pero, en aquel instante, dejaría que Abby disfrutara de aquel momento.

Una vez en el coche, Tyler llamó a la policía y a Grant y les comunicó que lo habían encontrado. Hunter, Tyler y Abby se reunieron con los grupos de búsqueda por última vez, y todo el mundo se fue a casa.

En cuanto llegaron al hostal, Abby puso una carne en el horno, como si fuera un día normal. Hunter llevó a Tyler a su habitación y lo ayudó a cambiarse de ropa. Aunque Abby comprobó que todo iba bien, no quiso inmiscuirse en lo que hacían. Dijo que necesitaba quitarse el uniforme y ponerse ropa normal.

Hunter se sintió culpable y triste. Al principio pensó que era porque la estaba excluyendo de la vida de su hijo. Pero luego se dio cuenta de que no era eso.

Se sentía triste porque estaba haciendo daño alguien a quien amaba.

La amaba.

Desesperadamente.

Apasionadamente.

Y lo único que hacía era herirla.

Capítulo 13

ABBY, te quiero.

Abby ni siquiera levantó la vista y siguió con las patatas que estaba preparando.

—Yo también te quiero, Hunter —dijo, mientras agitaba enérgicamente, tal y como decía en la receta.

—No —dijo él y se aproximó a ella. Agarró el paquete vacío que tenía en las manos y lo puso sobre la encimera—. Te quiero de verdad.

—Ya —dijo ella, y volvió a agarrar el paquete, para seguir leyendo las instrucciones.

—¡Maldita sea, Abby! —dijo él y la obligó a girarse para mirarlo —. He dicho que te quiero.

—De acuerdo, pero déjalo ya —puso con rabia el paquete sobre la encimera—. He decidido que no te voy a volver a echar del hostal. Tú y yo criaremos a Tyler juntos. De hecho, quiero ira a ver a Chas para que redacte un acuerdo que te dé la seguridad que necesitas con Tyler. Así que lo puedes dejar ya.

—Pero es que no quiero dejarlo —dijo él, lleno de júbilo. La amaba. La amaba tal y como solía amarla en el pasado. Los recuerdos volvieron a él, acompañados de una hermosa sensación de que eso era bueno en el presente y lo sería en el futuro.

—Te quiero.

—Bien, de acuerdo —dijo Abby, apartándose de él—. Mira, Hunter, no soy psicóloga, pero has pasado por momentos de miedo y tensión con tu hijo, y eso te ha vuelto un poco loco. Así que para ya, antes de decir algo de lo que te puedas arrepentir.

—No me voy arrepentir de esto —le aseguró él, agarrándola de los hombros y acercándosela—. Te quiero.

Abby se removió en sus brazos.

—Me quieres ahora porque te sientes aliviado —le explicó una vez más, como si estuviera cansada de repetirse—. También me quieres porque soy la madre de tu hijo. Pero yo necesito más que eso.

—Lo sé, y estoy preparado para dártelo.

—Sí, claro —dijo ella, y se apartó de él—. Llama a Tyler para

que baje a cenar.

Herido y desconcertado la miró fijamente.

—¿Por qué no me crees?

—Porque ya hemos pasado por esto antes. Lo único que ha cambiado es que ahora estás usando la única carnada que me resulta atractiva. Escucha, ya tienes lo que quieres. Puedes vivir con Tyler. Pero yo ya he encontrado un lugar a salvo en mi corazón y no quiero que me perturbes diciendo que me quieres. Déjame tranquila.

Él habría discutido, pero al ver las lagrimas que inundaban sus ojos, se dio cuenta de que, otra vez, la había herido. Pero había algo más. Se dio cuenta de que se habían invertido los papeles. El había estado jugando el papel del hombre que guardaba su corazón de todo posible daño, y había acabado por enseñarle a hacer lo mismo.

—¿Qué esperabas? —le preguntó Grant Brewster, cuando Hunter le contó lo que había ocurrido la noche anterior—. Abby es la madre de tu hijo, la que lo ha criado sola, la mujer que ha esperado durante siete años a que regresaras y, el modo que tienes de agradecérselo es diciéndole que no la amas.

Hunter escuchó todo lo que Grant le decía, pero se quedó con lo de los siete años de espera.

—¿Me ha esperado?

—Nunca ha salido con nadie, excepto con Evan, pero todo el mundo sabía que salía con ella para evitar a Claire.

Aunque la historia que acababa de iniciar parecía interesante, Hunter decidió seguir oyendo lo que había sucedido con Abby.

—¿Nunca ha salido con nadie?

—No. Siempre alegaba que estaba ocupada cuidando de sus padres o de Tyler, pero las chicas me han dicho que sabían que te esperaba a ti.

—¿Y por qué nadie me lo ha dicho?

—La mayoría de nosotros pensamos que era muy obvio por el modo en que se comportaba —dijo Kristen desde la puerta del estudio—. Hunter, de verdad, Abby no ha hecho más que intentarlo e intentarlo. Yo le di al menos dos ideas para que tratara de llegar hasta ti. Sé que Claire también la ha aconsejado, y Lily,

sencillamente, piensa que eres un necio.

—Bien, gracias por vuestra confianza.

—¿Qué más quieres? —preguntó Kristen incrédula—. ¿Le has roto el corazón a Abby un montón de veces, y todavía crees que puedes quedar impune, o que ella no te va a tomar miedo, o que no va a intentar protegerse a sí misma?

—Ya me he dado cuenta de muchas cosas por mí mismo.

—Entonces, ¿qué quieres?

—No sé. ¿Consejo?

—El único consejo que te puede servir es que, si haces algo, tiene que venir directamente de aquí —dijo Kristen entrando en el estudio, mientras se señalaba el pecho—. Si no se te ocurre ninguna buena idea que venga directamente del corazón, entonces mejor ni lo intentes.

—Yo estoy de acuerdo, Hunter —dijo Grant—. Abby es una de las personas más encantadoras y dulces del mundo y tú la has tratado muy mal. Si no puedes pensar en un modo de ganártela, quizás es que no te la mereces.

Lo habían puesto en su sitio, así que Hunter se levantó. De no haber sido porque entendía perfectamente la postura de Grant y de Kristen, podría haberse puesto furioso ante semejante trato. Pero lo comprendía, porque, finalmente, se daba cuenta del dolor que le había causado a Abby. Por mucho que le costara admitirlo, se merecía un castigo. Respiró profundamente, y se dirigió a la puerta.

Se suponía que tenía que regresar al hostal. Oficialmente, vivía allí. Pero se sentía extraño de tener que volver. A menos que lograra convencerla de que se casara con él, la estaba obligando a permanecer fuera del círculo que había creado con Tyler.

Y no quería hacerle más daño.

Tenía que encontrar un modo de demostrarle que la amaba de verdad, apasionadamente, desesperadamente y para siempre.

Abby se despertó con el ruido de unas piedrecitas que golpeaban su ventana. Al principio, le entró pánico, al penar que Jimmy Parker quería sacar a Tyler de la cama y llevárselo en mitad de la noche. Pero, entonces, sonrió, al darse cuenta de que estaba dando en la ventana equivocada. Pronto se cansaría.

Pero el endiablado era persistente.

Y molesto.

Después de diez minutos, Abby se levantó y se fue echa una furia hacia la ventana. La abrió, y estaba a punto de echarle a Jimmy una bronca, cuando vio a Hunter, montado en un caballo blanco. Se quedó boquiabierta.

—Hola, Abby —le dijo con una gran sonrisa.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó incrédula.

—He venido a rescatar a mi princesa de su vida vulgar y aburrida.

—Vete a la cama, Hunter —le dijo y se disponía a cerrar la ventana, cuando lo vio agitar un rollo de papel de aluminio.

—No me hagas usar esto. Si es necesario, me envolveré de arriba abajo con papel de aluminio, para parecer tu caballero de la armadura reluciente, pero preferiría no tener que llegar tan lejos —miró de un lado a otro—. Creo que los vecinos ya van a tener bastante tema de cotilleo comentando que me han visto montado en un caballo por la avenida principal a media noche.

Ella no volvió a tratar de cerrar la ventana, pero no fue capaz de decir nada, solo lo miraba anonadada.

—Mira, Abby —dijo él, en un tono arrepentido y triste—. He cometido muchos errores. Muchos. El mayor de todos es que no he sido capaz de relajarme. Me traje demasiado equipaje a casa y, aunque eso no es una excusa por haberte tratado tan mal, al menos es un motivo. 0 una explicación. Pero no creo que sea un error tan atroz, como para desterrarme de este reino para siempre.

—Te estoy escuchando —dijo ella y apoyó los codos en la ventana.

—De acuerdo —tomó aire—. Te amo y quiero casarme contigo. ¡Maldita sea! Me casaría aquí mismo, sobre este caballo blanco, si esa fuera tu decisión. Pero quiero casarme, no por Tyler, no para poder ser el tipo de padre que él necesita y que solo puedo ser si estoy a su lado. Quiero casarme por ti, porque te quiero —se detuvo un instante y bajó los ojos—. Solamente, porque te quiero.

Aquellas últimas palabras fueron dichas con toda la emoción.

Abby se quitó las lágrimas, cerró la ventana y corrió escaleras abajo.

Cuando llegó al porche, vio que Tyler había desmontado y atado

el caballo, así que corrió a su encuentro. Él la acogió en sus brazos y la besó.

—Tú sabes que no necesitabas el caballo para creerte. Solo necesitaba escuchar en tu voz que realmente me querías.

—Te quiero —le aseguró enfáticamente—. Eres la única persona por la que sería capaz de hacer algo tan loco como esto.

Sin decir nada más, la tomó en sus brazos y la subió al caballo, montándose él detrás.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Abby con una risita.

—Shh, nada —susurró Hunter—. Buenas noches, señora McClosky.

Abby vio que la directora de la escuela los estaba espiando desde la ventana del comedor.

—¿Por qué no cuida de Tyler durante una hora? La puerta trasera está abierta, y le puedo dar este rollo de papel de aluminio, por las molestias.

Tras decir eso se puso a cabalgar hacia el corazón del bosque.

—¿Y si no lo hace? —preguntó Abby con una carcajada.

—No va a dejar que Tyler se quede solo. Además, date cuenta del cotilleo que va a poder contar mañana.

Abby sabía que tenía razón.

Cabalgaron a través del bosque, bajo la luz de la luna, en aquel maravilloso caballo blanco. El camisón vaporoso de Abby podría haber sido el vestido de una princesa. Los rizos esponjosos enmarcaban su rostro. Su caballero la tenía firmemente sujeta entre sus brazos.

Sí, la señora McClosky iba a tener una estupenda historia que contar. Pero Abby presentía que ella tendría una mejor.

Solo que no pensaba compartirla con nadie, ni entonces, ni nunca. Ni siquiera con sus amigas, la Brewster. Aquel era el tipo de final feliz que una se guardaba solo para sí, en el corazón.